

NUEVAS HISTORIAS DEL CAMPO DE ELCHE

Baltasar Brotóns García

PUÇOL

MUSEO ESCOLAR

sig - TE 340
R 1840

Para la biblioteca del
Museo del Pueblo

PUCOL
MUSEO ESCOLAR

Lima 17-1-02

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

© Baltasar Brotóns García
D. L.: A-112-1997
I.S.B.N. 84–920854–3–6
Segarra Sánchez, S.L.
O. Winibal, 39 - Elche
Portada: Antonia Soler Vicente

Baltasar Brotóns García
De la Asociación Alicantina de Periodistas y Escritores de Turismo

Nuevas historias del campo de Elche

PUCOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

ÍNDICE

Prólogo 7
Olivos y almazares 11
Bandolerismo 21
Un llaurador il·lustrat 31
Vicente Sansano Fenoll 41
Y al fondo, la Guerra Civil 51
Cara y cruz de la ganadería ilicitana 63
Cuando el campo de Elche cambió de aspecto 75
La fábrica del Pinyol 83
El cultivo del cáñamo en Elche 89
Espíritu asociativo 97
Pasado, presente y futuro del campo de Elche 107

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PRÓLOGO

En primer lugar recordar que existen unas "Historias del campo de Elche", como libro previo al presente, aunque totalmente independiente, que fue escrito por el mismo autor y prologado por una servidora.

En "Nuevas historias del campo de Elche", continua el autor narrando hechos históricos notables, a través de historias anecdóticas y cotidianas vividas en el campo de Elche, sin perder por ello, un ápice de seriedad y de rigor en los temas tratados, contados con la sensibilidad y la habilidad que tanto caracteriza a Baltasar Brotóns.

Se distribuye esta obra en once capítulos, con un color típico e individual cada uno, lo que nos permite seleccionar en cada momento, la parte que nos apetece leer.

Empieza el autor con el capítulo titulado "Olivos y Almazaras", resaltando la importancia que este cultivo y esta industria tuvieron en el campo ilicitano, como principal fuente de riqueza, nos da las utilidades del aceite, nos habla de la plaga del "Negrillo", del ocaso de este cultivo en las décadas de los regadíos y de los motivos que propiciaron el que en la actualidad, este cultivo vaya en alza otra

vez. Todo ello, son recuerdos que nos hacen revivir con anécdotas pueblerinas y a la vez llenas de hermosas historias.

Continua con el capítulo "Bandolerismo", y nos habla de las causas que lo motivaron y de los principales bandoleros, como fueron Luis Candelas, José María "El Tempranillo" y "Jaime el Barbudo", conocido popularmente como "Jaume el de la Serra".

Mención especial, por lo que de particular tiene, el capítulo titulado "Un llauraor il·lustrat," donde el autor nos habla de Xeroni Brotóns Martínez, personaje altamente querido por sus vecinos y destacado en su época por su gran afición a la lectura y por el enorme interés por los sucesos y acontecimientos, tanto locales como nacionales, lo que hicieron de él un hombre de grandes conocimientos. Aquí podemos saborear los aires de una novela de época con un detalle cuidadosísimo de sus costumbres, y para más sorpresa, descubrir al final del capítulo que Xeroni Brotóns fue el abuelo paterno de Baltasar Brotóns.

Otro capítulo, "Vicente Sansano Fenoll", nos cuenta la vida y las obras de este polifacético personaje, destacando entre ellas la traída de las aguas potables de la Fuente del Romero y la fundación, en 1912, de la "Agrícola Ilicitana", primera organización de carácter reivindicativo que se implantó en el campo de Elche.

"Y al fondo, la Guerra Civil", con los problemas y angustias que muchas familias vivieron durante casi los tres años que duró esta tragedia.

En "Cara y cruz de la ganadería ilicitana", se reflejan las vicisitudes y enfrentamientos entre agricultores y ganaderos, nos habla también el autor de la creación de la Comunidad de Labradores el 24 de junio de 1900 y de las fábricas de piensos compuestos de Lepsa y Agrupor.

El 9 de enero de 1910, fue cuando "El campo de Elche cambió de aspecto", con la llegada de las primeras aguas dulces, distribuidas por la Sociedad Nuevos Riegos El Progreso. Esta fecha marca un antes y un después en la agricultura ilicitana, surgió una nueva cultura campesina y la proliferación de una gran variedad de cultivos hortícolas y frutales. Se refleja aquí las alegrías de unas personas que de la noche a la mañana, vieron convertirse en fértiles unas tierras casi improductivas.

En otros capítulos nos habla el autor de la aparición y desaparición de "La fábrica del Pinyol" y de "El cultivo del cáñamo en el campo de Elche", como hechos históricos, que marcaron la economía de una época determinada.

Después nos obsequia Baltasar Brotóns con el capítulo "Espíritu asociativo", un auténtico manual histórico sobre asociaciones. Entre ellas, la Comunidad de Labradores, la Caja Rural de Préstamos y Ahorros, de Nuevos Riegos El Progreso, del Grupo Sindical de San Vicente Ferrer, (El grupo de Maitino, como se le conocía), de Agrodelx, de la Comunidad de Agricultores y Ganaderos de las Jupaves y un largo etc.

El último capítulo del libro consiste en una ponencia que escribió el autor sobre temas agrarios, titulada "Pasado, presente y futuro del campo de Elche", para ser leída en las Jornadas que sobre La Economía Ilicitana, organizó la Concejalía de Fomento del Ayuntamiento de Elche y que tenían que celebrarse los días 20 y 21 de noviembre de 1996 y que fueron aplazadas para unas fechas posteriores. En esta ponencia, realiza un estudio bastante detallado de lo que fue el campo de Elche y la agricultura ilicitana, desde la centuriación romana hasta nuestros días, en su constante evolución, haciendo hincapié en la llegada de las aguas dulces, como factor determinante y decisivo de esta evolución histórica.

Habla también, por supuesto, de ese porvenir un tanto incierto que tiene la agricultura ilicitana, por diferentes razones, en el umbral del siglo XXI.

Como resumen diré que "Nuevas historias del campo de Elche", es una obra sencilla y entretenida, y a la vez peculiar y brillante, por la gran cantidad de hechos históricos que el autor nos narra de una forma novelesca, que consigue tan hábilmente captar nuestra atención y donde se puede sutilmente entrever el gran amor que profesa el autor a éstas sus tierras.

Margarita Martínez Esclapez
Ingeniero Técnico Agrícola
Elche, noviembre de 1996

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

OLIVOS Y ALMAZARES

La agricultura de cualquier comarca o país, se desarrolla siempre en función de la climatología de cada lugar y del agua que se disponga para cubrir sus necesidades más fundamentales. Si lo que prevalece en un lugar determinado es un clima caluroso y con pocos recursos hídricos, se desarrollarán las plantas crasas, más resistentes a la sequedad. Si por el contrario, lo que impera es una climatología templada, complementada por una humedad abundante, lo que habrá serán plantas y árboles muy lozanos y de crecimiento rápido, que producirán abundantes frutas y hortalizas. Con tan solo observar la vegetación que hay en un determinado lugar, ya podemos tener una idea exacta de las características climatológicas del mismo.

Partiendo de esa base, la agricultura ilicitana siempre se desarrolló en función de esas primisas, y ajustándose a las características generales de la agricultura mediterránea.

Por lo tanto, uno de los árboles más importantes de la agricultura mediterránea, desde los pueblos más primitivos, fueron los oli-

vos, cuyos orígenes se pierden en la noche de los tiempos. Pero que como en otras muchas cosas, los que lo propagaron e impulsaron su cultivo, fueron los romanos, a medida que iban expandiendo sus dominios.

Desde que se tienen referencias escritas, en el campo de Elche hubo olivos siempre, en mayor o menor cantidad, según las épocas. El olivo, el viñedo y los cereales, son el trípode sobre el que se sostiene la agricultura mediterránea, y también, por supuesto, la ilicitana de los tiempos pasados. Tanto abundaban los olivos en el campo de Elche, a principios del siglo XVII, cuando se expulsaron los moriscos, que el Señorío de Elche, en 1611, cuando ofreció las propiedades rústicas abandonadas por los árabes, por el sistema de enfiteusis, en el contrato marco que redactó para formalizar estas cuestiones, solo figuraban tierras de sembradíos y olivares. De la misma manera, cuando a mediados del siglo XVIII, el Duque de Arcos colonizó Balsa Llarguera o Carrisals, en las cláusulas de la Pragmática Real por la que el Rey Fernando VI autorizaba esta colonización, solo se permitía plantar dos clases de árboles en las tierras colonizadas: moreras y olivos. Las primeras para alimentar con sus hojas los gusanos de la seda y los segundos para la producción de aceite, que ha sido, en todos los tiempos, la base fundamental de la gastronomía mediterránea. Y lógicamente, donde hay olivos tienen que haber almazaras para molturar su fruto y extraerle el aceite que contiene, aceite que no solo se utilizaba como comestible, si no también se emplearía para alumbrar las viviendas por las noches, antes de la aparición de la electricidad, el petróleo y el carburo, que les sustituyeron en estos menesteres.

Ya Cristóbal Sanz, en 1621, en su libro EXCELENCIAS DE LA VILA DE ELCHE, página 96, nos dice: *"lógrase, de dos en dos años, mucho aceite en abundancia, tanto en cuanto lugar de España. Por que si de él no se fabricara jabón de losa, que vende a toda España y se embarca para esas partes del mar, como para Italia, Flandes, Bretaña e Inglaterra, no se pudiera gastar ni consumir y no se sacaría de él ni un real"*. Estas palabras las escribió Cristóbal Sanz diez años después de redactar el Señor de Elche los contratos marco a que hemos hecho referencia anteriormente,

lo que nos induce a pensar, que la mayor parte de las tierras de regadío de entonces, estaban plantadas de olivos, desde los "tiempos de moros", y que por consiguiente, ya formaban parte de la cultura árabe, que tan enraizada quedó en estas comarcas, incluso, después de su expulsión.

Vicente González Pérez, en su libro EL BAJO VINALOPÓ, GEOGRAFÍA AGRARIA, nos dice en la página 94: *"En 1794, aparecieron en los olivares ilicitanos, la plaga del «negrillo», desconocida hasta entonces, teniendo que arrancar, como consecuencia, casi una mitad de olivares". "Reflejo de la extensión dedicada al olivar, en el campo de Elche, es el número de almazaras: de éstas, se cuentan 130 en 1762, 210 en 1783 y 142 en 1802".*

Según el padrón de cultivos del Ayuntamiento de Elche, citado también por el mismo autor, en Elche había en 1783, 1.500 hectáreas de olivar, la mitad de lo que reseña Cavanilles, unos años después.

"En 1802, se producía en Elche 9.000 arrobas anuales de jabón duro y 2.000 de jabón blando, de las que solo se consumían en la localidad 200 arrobas del duro y la mitad del blando, exportándose el resto a Castilla, Andalucía, Murcia, Valencia y Galicia".

Cavanilles, cuando estuvo en Elche en el año 1788 y llevó a cabo una relación detallada de todos los cultivos agrícolas del campo ilicitano, dejó escrito... *"y últimamente, vienen los olivos, que ocupan 30.000 tahullas y sirven de corona o cerco al resto de las huertas", "si bien noté descuido en los olivares, que por el mes de Julio, estaban cubiertos de cardohuso, (es el cartamus lanatus de Linneo), los árboles mal podados y con las ramas principales poco abiertas. De este descuido procede, tal vez, lo poco que rinden las tahullas de olivares, valiendo cada una de arriendo, solo cuatro pesos, cuando las viñas valen ocho, trece las de alfalfa, catorce las de palmas y hasta veinte las de algodón. Estos olivares producen 85.500 arrobas de aceyte".*

Así vemos como en los siglos XVII y XVIII, había una gran extensión de tierras en el campo de Elche, dedicadas al cultivo del olivar, con mucha producción de aceite, que se exportaba en su mayor

parte, el de mejor calidad, y el de calidad inferior lo convertían en jabón, que también se exportaba, casi todo. Y que el número de almazaras y de fábricas de jabón, siempre estaban en función de la cantidad de aceitunas producidas y del aceite fabricado, llegando a finales del siglo XVIII, a contarse 210 de las primeras y catorce de las segundas.

Cuando se produjo la expulsión de los moriscos, a finales de 1609, Josep García, de 50 años de edad, casado y con dos hijos varones de 25 y de 20 años, vivía en una casa de campo propia en la partida de Asprillas, y era a la sazón uno de los mayores terratenientes de la comarca, ya que poseía más de doscientas tahullas de tierra, la mayor parte de ellas plantadas de olivar. Tenía asimismo, diez tahullas de huerto de palmeras y el resto de tierras de sembradío. Casi todas estas tierras, las había heredado de sus padres y algunas las había comprado él mismo, hacía poco tiempo. Era, por lo tanto, un agricultor acomodado, al que las cosas le iban relativamente bien. Tenía a su cargo varios hombres asalariados que le ayudaban todo el año a realizar los diferentes trabajos agrícolas, y durante los meses de Noviembre y Diciembre, empleaba a muchas mujeres para la recolección de la aceituna, recolección que se realizaba manualmente. Estas aceitunas, para su multuración, las llevaba a una almazara que había a dos kilómetros de su casa.

Como es bien sabido, en Enero de 1611, Jorge de Cárdenas Manrique, Duque de Maqueda, que era a la sazón Señor de Elche, empezó a ceder, por el sistema de enfiteusis, todas las propiedades rústicas y urbanas que habían dejado los árabes al ser expulsados de Elche en 1609, propiedades rústicas que comprendían el llamado Magram o Huerta de los Moros, en la margen derecha del Vinalopó, y las urbanas, la totalidad de lo que entonces se llamaba la Aljama y que después se conoció con el nombre de Raval de Sant Joan. Estas propiedades, cedidas de esta manera, tanto las rústicas como las urbanas, se valoraban en el momento de la cesión y el enfitueta pagaba, anualmente, un determinado porcentaje de su valor, en dos plazos semestrales, uno por Navidad y el otro por San Joan. Y este compromiso se adquiría "para siempre jamás", según consta en los documentos oficiales correspondientes. Después, cada treinta años, se llevaba a cabo lo que se llamaba "Cabreu", que era lo que hoy

llamaríamos una revisión catastral, que actualizaba las cantidades a pagar anualmente al Dominio Directo.

Pascual Madoz, cincuenta años después de la visita de Cavanilles, en su Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de Alicante, Castellón y Valencia, al reseñar las producciones agrarias del campo de Elche, es muy escueto al hablar de los olivos, ya que se limita a decir: *"En Elche, hay bosques de olivos que producen bastante aceite"*.

Respecto a estos dos últimos autores, tenemos que decir que Cavanilles estuvo personalmente en Elche, durante varios días, lo mismo que hizo en los demás lugares del Reino de Valencia, recogiendo datos *in situ*, mientras que Madoz se valió de corresponsales que desde cada uno de estos lugares le mandaban los datos que le sirvieron para componer su Diccionario. En la mayoría de los casos, los datos y las cifras de Cavanilles y Madoz son coincidentes, como si se hubieran copiado unos con otros.

También Pedro Ibarra se ocupó del cultivo de los olivos y de sus productos en su HISTORIA DE ELCHE. Así vemos como en la página 68 dice: "En *Elche se cosechaba mucho aceite, arriba de 100.000 arrobas, lo que nos permitía tener fábricas de jabón de losa, cuyo producto era exportado a Castilla y otros puntos, de los cuales traíamos diversas mercaderías para el surtido de Elche y venta a los pueblos comarcanos*".

De todo lo anteriormente dicho, se deduce que en los pasados siglos, el olivo fue el cultivo arbóreo más importante y numeroso del campo de Elche y su principal fuente de riqueza. Y esto tiene una explicación lógica, pues además de ser un árbol eminentemente mediterráneo, era también uno de los pocos cultivos arbóreos que admitían, sin deterioro, las aguas salitrosas que discurrían por el Vinalopó. Los olivos y las palmeras, por supuesto. De ahí el que proliferaran tanto, los unos como las otras, en los tiempos pasados, hasta el extremo de convertirse en los dos pilares más sólidos de la agricultura ilicitana.

En cuanto a la fabricación de jabón de losa, que como hemos visto se producía en grandes cantidades, esto fue posible porque en

el campo de Elche, también existía la materia prima complementaria del aceite, para fabricar jabón, como era la barrilla, el salidor y el aguazul, cuyas cenizas tenían las mismas propiedades que tiene la sosa cáustica en los tiempos modernos, y que cuando apareció en el mercado, desplazó la utilidad práctica de estas tres plantas, que a partir de esos momentos, ya no tuvieron ningun aprovechamiento y perdieron todo su valor comercial.

En el siglo XVIII, tenían tanto valor y tanta utilidad la barrilla, el salicor y el aguazul, que cuando se colonizaron los Carrizales, los enfiteutas tenían que entregar al Dominio Directo, la sexta parte de todos los productos agrarios que se cosechaban en las tierras colonizadas, excepto en la barrilla, el salicor y el aguazul, que tenían que entregar la cuarta parte, lo que eran una demostración que estaba mejor valoradas que todos los demás productos que se cosechaban en aquellas tierras.

Volviendo a los tiempos de la expulsion de los moriscos, tenemos que decir que Josep García adquirió en 1611, por el sistema de enfiteusis, una almazara y una vivienda en la calle de les Balsetes, del Raval. La vivienda estaba al principio de la calle y la almazara al final, junto al cauce del Vinalopó.

La calle de les Balsetes, (después le pusieron calle Lago, nombre que aun persiste). Parte de la Plaza Mayor del Raval y termina junto a la Rambla, en su discurrir de este a oeste.

La almazara, llevaba dos años inactiva, desde que expulsaron los árabes, pero permanecía en perfecto estado de funcionamiento, y la vivienda estaba, por supuesto, desocupada, desde que sus dueños fueron expulsados.

Lo primero que hizo Josep García, fue remozar la vivienda, que se encontraba un poco deteriorada y preparar la almazara, para ponerla de nuevo en funcionamiento, de cara a la próxima cosecha de aceitunas.

En Noviembre de 1611, el hijo mayor de Josep García, se desplazó a la casa del Raval, donde se alojaría por las noches y durante el día estaría en la almazara, que empezó a moltural la aceituna propia, que iba cosechando día a día y la de algunos vecinos, que la

llevaban allí también para su molturación. De esta manera, se trabajaba todos los días sin interrupción, incluso, domingos y festivos. En esta trabajo de almazarero, al hijo de Josep le ayudaban dos hombre de los que tenían asalariados. También tuvieron que llevar a la almazara una caballería para que moviera la peonza de piedra que molturaba las aceitunas.

Las aceitunas ajenas las molturaba aparte y una vez extraído el aceite correspondiente, a cada uno de los cosecheros se les entregaba la cantidad extraída, y el aceite de las aceitunas propias iba a parar a unos recipientes de cerámica que había bajo tierra, para su conservación, hasta que lo trasladaran a otros depósitos externos o lo vendiera a los comerciantes del ramo.

Por la molturación de la aceituna ajena, cobraba una cantidad determinada, cantidad que podía ser en metálico o en maquila.

Los desperdicios líquidos de la molturación, por un cauce subterráneo, iba a para al cauce del Vinalopó y las morcas las vendían a los fabricantes de jabón, que durante los meses de Invierno, trabajaban a pleno rendimiento, porque era la época que más aceite se vendía.

Josep García, al disponer de almazara propia y tener el aceite por aquellos tiempos, un precio bastante aceptable, plantó de olivar toda la tierra blanca que le quedaba, convirtiéndose de esa manera, en uno de los olivareros mas grande del campo de Elche. Al cabo de unos años, cuando ya las nuevas plantaciones de olivos estaban en plena producción, con la aceituna propia, ya tenía suficiente para que su almazara trabajara sin descanso, durante los días que duraba la campaña de recogida.

Primero los hijos y después los nietos, se fueron repartiendo por herencia, las propiedades de Josep García, que a medida que pasaba las generaciones, se iban fraccionando más y más, hasta convertirse en minifundios, como ocurría en todo el campo de Elche, ya que mientras las gentes campesinas iban aumentando en número, la superficie de las tierras ilicitanas era siempre la misma.

En cuanto a la almazara, estuvo en funcionamiento hasta la década de los años cuarenta del presente siglo, molturando las aceitu-

nas de la misma forma y por el mismo procedimiento que se había hecho desde tiempo inmemorial, primero por los árabes y después por Josep García y sus descendientes. Todo permanecía igual y nada había cambiado ni un ápice, a pesar del tiempo transcurrido.

En la década de los años sesenta, el Ayuntamiento de Elche, declaró en estado ruinoso la obra que albergaba esta almazara, que era una de las más antiguas de la comarca. Cuando los técnicos municipales fueron a la almazara, para certificar *in situ*, el estado ruinoso de la obra, le propusieron al dueño, que era descendiente directo de Josep García, que cediera al Ayuntamiento, la totalidad de los componentes de la almazara, para que los pusiera a buen recaudo y se pudieran conservar en las debidas condiciones, pues aquello eran unas piezas de museo, que no deberían perderse en modo alguno, sino que deberían estar a la vista del pueblo de Elche, en perfecto estado de conservación, porque formaban parte del acervo cultural de la ciudad.

El dueño de la almazara lo comprendió así, y la cedió, graciosamente, al Ayuntamiento, sin ninguna compensación, y con el compromiso de que se conservaría en las debidas condiciones, como patrimonio cultural del pueblo de Elche, que era su destinatario.

Una vez retirada la almazara del lugar que ocupó siempre, el Ayuntamiento la colocó, al intemperie, en el jardín de la ladera este del Vinalopó, al sur del Puente de Altamira, donde puede contemplarse en estos momentos. Pero al estar al intemperie, las gruesas vigas de madera de pino, que se empleaban para hacer peso sobre la aceituna molturada, con el paso del tiempo, se deterioraron tanto que se desintegraron por completo. (Llegados a este punto, queremos hacer la siguiente reflexión: por aquellos tiempos, en las proximidades de esta almazara, habrían pinos gigantescos, cuyos troncos serían de gran tamaño y grosor, para poder hacer estas vigas de tanto peso que había en esta almazara).

Cuando se trasladó esta almazara al lugar que ocupa hoy, junto al cauce de la Rambla, publiqué un artículo en los periódicos, diciendo que debería ponerse bajo cubierto, para su mejor conservación, pero no se nos hizo ningún caso, y ya vemos en el lamentable estado en que se encuentra en el día de hoy.

Al principio de siglo, cuando llegaron al campo de Elche, las aguas dulces de los sobrantes de la Vega Baja del Segura, se arrancaron muchos olivares, para plantar otros frutales y hortalizas. De esta manera, los olivos fueron disminuyendo paulatinamente, al paso de los años, y de las 30.000 tahullas que había a finales del siglo XVIII, cuando estuvo aquí Cabanilles, hoy solo quedan unas 4.000, con la particularidad de que en su mayoría, son de unas variedades diferentes a las que había entonces. El fruto de los olivos de los pasados siglos, era de menor tamaño y contenía mayor porcentaje de aceite que lo que hay en la actualidad. En cambio, el fruto de los olivos de hoy, mayoritariamente, es más grueso y sirve, indistintamente, para el aceite o para aliñarlas.

Y, lógicamente, a menor cantidad de olivos, menor número de almazaras, hasta el extremo de que de las 210 que había hace dos siglo, hoy solo quedan dos, la de Vicente Candela Martínez y la de Joaquín Sempere Montenegro y las dos en la partida de Alzabaras Bajo. Pero estas dos almazaras modernas, con todos los adelantos técnicos incorporados a su funcionamiento, molturan más aceitunas y en mejores condiciones sanitarias, que cincuenta de las que había en el siglo XVIII.

Y para terminar diremos que de tres años a esta parte, se ha invertido la tendencia en cuanto a la disminución de olivos, que ahora va aumentando de año en año. Y esto ha ocurrido así por las tres razones siguientes:

1ª.- Durante los últimos cinco años, de pertinaz sequía que hemos padecido, las pocas aguas de que disponían los agricultores para regar sus sedientos campos, eran casi todas ellas de muy mala calidad, que no servían para los demás frutales, pero sí para los olivos.

2ª.- De unos años a esta parte, el precio del aceite casi se ha triplicado.

Y 3ª.- También de unos años a esta parte, la U.E. (Unión Europea), subvenciona la producción de aceite, lo que se puede considerar como un valor añadido a su precio de mercado. Estas tres razo-

nes han sido suficientes para que los agricultores ilicitanos se decanten por el cultivo de los olivos. Pero de todas formas, por muchos olivos que se planten ahora, no llegarán a alcanzar los que hubo en el siglo XVIII.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

BANDOLERISMO

El fenómeno del bandolerismo organizado en bandas dirigidas por líderes o caporales, se conoce en España desde la Edad Media y proliferaba más en épocas de depresión económica, cuando había más miseria y más injusticias. Se puede decir con razón, que una de las principales causas del bandolerismo fueron motivadas por la pobreza y las desigualdades sociales. En algunos casos, también se producía por motivos políticos o como consecuencia de guerras civiles.

Alrededor del bandolerismo, surgieron muchas obras literarias, cantando sus gestas, que en la mayoría de los casos, se mezclaba la realidad con la fantasía, la historia con la leyenda, sobre todo, cuando se relataban hechos de bandidos generosos y románticos. Estos casos, llenaron muchos miles de páginas en la novelística folletinesca española.

Uno de los prototipos más destacados de los bandoleros generosos y románticos españoles, que robaba a los ricos para dárselo a los pobres, fue Luis Candelas, que nació en Madrid en los primeros

años del siglo XIX y que se hizo muy popular entre las gentes sencillas del pueblo, por su altruismo. Las letrillas de las canciones que cantaba los ciegos de la epoca por las esquinas de la capital de España, ensalzaban sus hazañas y correrías por la Villa y Corte, donde tenía un campo de operaciones. Pero a pesar de su popularidad, (fue condecorado por el Ministerio de Agricultura, por los servicios prestados al país) cuando lo detuvieron lo condenaron a muerte, por el método mas denigrante que podían emplear, como fue el "garrote vil", ejecución que tuvo lugar en Madrid en 1837, "por ladrón". Tenía 31 años y su generosidad y su aureola de romanticismo, que, justificadamente se tejió a su alrededor, no le libraron de morir.

Otra partida de bandoleros que se hizo muy famosa, fue la de José María El Tempranillo, que desarrolló sus actividades en la comarca de Sierra Morena. Este bando se organizó en 1813, cuando al regresar de Francia el Rey Fernando VII, una vez desalojados los franceses de la Península Ibérica, con lo que se daba por finalizada la Guerra de la Independencia, que ensangrentó el territorio español durante cinco años, abolió la Constitución de Cádiz, que se había promulgado en su nombre, el año anterior y terminó con el Régimen Constitucional, implantando el absolutismo. Pues bien, José María El Tempranillo y su banda, se lanzaron al monte, para luchar clandestinamente, contra el Régimen Absolutista y a favor de los liberales, que desde el regreso de Fernando VII, estaban postergados y perseguidos.

Fue el pago que les dio aquel Rey funesto a los que habían luchado en su nombre contra los invasores, mientras él estaba confinado en un castillo francés, bajo la protección de Napoleón.

El Tempranillo era muy hábil escurridizo y al no poder detenerlo, el Rey le ofreció un cargo importante en la represión, precisamente del bandolerismo. Murió en 1833, a la edad de 28 años.

Por esa misma época, hubo también mucho bandolerismo en nuestra comarca, concretamente en la serranía de Crevillente y sus alrededores. Y personaje más destacado de esta actividad delictiva, durante aquellos años, fue el que pasó a la historia con el nombre de Jaime El Barbudo. También se le llamaba, en el lenguaje de las gentes de entonces, "Jaume el de la Serra". Este personaje mítico,

nació en Crevillente el 27 de Octubre de 1783 y murió en Murcia el 7 de Julio de 1814. Era hijo de una familia humilde y de joven había sido pastor de ovejas. Después de casado se dedicaba a guardar fincas rústicas de los terratenientes acomodados. Siempre fue un fiel cumplidor de sus obligaciones y honesto en sus comportamientos, según sus biógrafos.

El día uno de Septiembre de 1805, nuestro personaje, cuyo nombre completo era Jaime José Cayetano Alfonso Juan, que pasó a la historia con Jaime El Barbudo, estaba guardando una viña entre Crevillente y Catral, cuando las uvas ya estaban en plena maduración. Tenía fama de valiente y audaz, pero no de pendenciero. Por aquellos tiempos, entre Catral y Crevillente, había una gran rivalidad, sobre todo, entre los hombres jóvenes. Rivalidad que llegaba hasta el extremo del menosprecio.

En Catral vivía un hombre camorrista y pendenciero, llamado el Zurdo, que quería jactarse de Jaime, el guarda de la viña en cuestión e iba proclamando a los cuatro vientos que no le temía en absoluto y que además, comería uva de aquella viña quisiera o no quisiera el guarda, lo que suponía toda una provocación. Estas bravuconadas del Zurdo llegó a sus oídos y no se inmutó para nada. Así es que cuando el Zurdo llego a la viña, acompañado por otros paisanos suyos que jaleaban sus valentías, y le dijo a Jaime que iba a coger uvas para comer, éste le contestó que no lo consentiría mientras estuviera bajo su custodia. Discutieron acaloradamente, sacaron cada uno su navaja y Jaime, más ágil y experto en el manejo del arma blanca, hirió mortalmente al Zurdo. Los acompañantes de éste, partieron rápidamente hacia Catral, para poner en conocimiento de la justicia todo lo ocurrido. Jaime, consciente de que si lo detenían lo ahorcarían, por el delito de asesinato, a pesar de que lo había hecho en defensa propia, no le quedó otra opción que salir corriendo para esconderse en la serranía de Crevillente, que él conocía muy bien porque la había recorrido muchas veces cuando fue pastor.

Entonces, los entornos montañosos de Crevillente, estaban poblados de pinos y matorrales. Y en esas circunstancias, era muy fácil encontrar refugio seguro en estos abruptos parajes.

Los catraleros se movilizaron y armados salieron en persecución clamando venganza por lo que había ocurrido. Pero no lo encontraron.

A los pocos días, reanudaron su busca y dieron con él, disparándole varios tiros que le hirieron. No obstante, pudo huir, eludiendo el cerco que le tendieron, escondiéndose en un paraje de difícil acceso, suponiendo que moriría a causa de las heridas. Pero no fue así y dos días después la banda de los Mogicas lo encontraron hambriento y febril.

Como llevaba varios días sin afeitar, empezaron a llamarle Barbudo. Y a partir de esos momentos, todos le llamaron Jaime El Barbudo, que fue el nombre con que ha pasado a la historia. No obstante, después nunca llevó barba, sino unas largas patillas.

Los Mogicas, que eran tres hermanos, capitaneaban una partida de bandoleros que merodeaban por aquellos parajes montañosos. Eran crueles y desalmados y no reparaban en medios cuando trataban de robar a las gentes que se ponían a su alcance. Por este motivo, tenían aterrorizada a toda la comarca de Crevillente, que era su campo de operaciones. Perpetraban sus robos y sus atracos en los descampados y después se escondían en los parajes más abruptos de la sierra crevillentina.

Cuando encontraron a Jaime estaba en un estado lamentable, y al reconocerlo, lo curaron y lo cuidaron hasta que sanó de las heridas. La muerte del Zurdo había incrementado su fama de valiente y arrojado, y al saber que le perseguía la justicia, le ofrecieron que formara parte de la banda, ofrecimiento que aceptó, ya que así se sentía más seguro y arropado, para poder eludir la acción de la justicia que trataba de capturarle para que pagara sus culpas, por el asesinato que había cometido.

En la banda de los hermanos Mogicas, permaneció varios años, pero cada día que pasaba, se mostraba más disconforme por la crueldad que empleaban en sus actos delictivos, que también rechazaban algunos miembros de la banda. La tirantez llegó a tal extremo, que no se pudo evitar el enfrentamiento directo entre Jaime y los Mogicas. En este enfrentamiento mató a dos de los tres hermanos y el otro se

sometió a su autoridad. De esta manera impuso su voluntad a la banda, que a partir de esos momentos, le obedeció sin rechistar, a medida que aumentaba su popularidad, por su arrojo y su valentía y como bandido generoso, que robaba a los ricos para repartirlo entre los pobres y necesitados.

En aquellos años, el Rey Fernando VII, como hemos dicho anteriormente, al abolir la Constitución de Cádiz e implantar el absolutismo, dividió a los españoles en dos mitades. Unos a favor del Rey y sus métodos represivos, que aireaban aquella expresión de "¡Viva las caenas!" y otros a favor de los liberales que vivían postergados y perseguidos por los secuaces del Rey. Y en contra de lo que se podía pensar, Jaime El Barbudo se mostró partidario de la causa de los realistas. Hizo lo contrario de lo que estaba haciendo por aquellas mismas fechas José María El Tempranillo en Sierra Morena, que defendía a los liberales. Por eso no es de extrañar que los realistas no tuvieran demasiado interés en perseguirle, más bien todo lo contrario, al prestarle una cierta protección en sus fechorías.

Así pues, ya tenemos a Jaime El Barbudo y su banda, con el terreno libre par campar por sus respetos y con una cierta protección de los absolutistas que ostentaban entonces el poder político en todo el país, que empleaban métodos represivos para acallar todas las protestas que se pudieran originar por parte de los liberales.

Para poder mantenerse en la clandestinidad y comprar voluntades protectoras, por parte de sus confidentes, Jaime El Barbudo estableció una especie de impuesto para los más acomodados terratenientes de aquellas comarcas y también para los carreteros que circulaban por los caminos, como transportistas ordinarios, que los compinches de El Barbudo asaltaban cada dos por tres, en sus correrías habituales por aquella zona.

De este impuesto forzoso, no se libraron tampoco algunos agricultores del campo de Elche, de los más acomodados. Este fue el caso de Ramón Martínez Botella, que era el mayor terrateniente de la partida de Matola. Tenía una finca de trescientas tahullas de tierra plantadas de viña, almendros y algarrobos. Vivía, junto con su esposa y sus tres hijos, en una casa que construyó en la misma propie-

dad. Junto a la vivienda de planta baja, tenía la bodega y el almacén para guardar los productos que se cosechaban en sus tierras.

Como Jaime El Barbudo tenía espías y confidentes por todas partes, que le informaban de todo lo que ocurría por aquellos andurriales, estas visitas recaudatorias solían realizarlas en el momento más apropiado, cuando la familia a visitar había realizado alguna venta importante y disponía de dinero en efectivo.

La primera visita que recibió de los bandidos Ramón Martínez, la efectuó personalmente Jaime El Barbudo con dos acompañantes más. Era por el mes de Abril, y unos días antes había hecho un venta importante de vino.

Jaime el Barbudo y sus acompañantes se identificaron y con muy buenas palabras le exigieron a Ramón Martínez que les entregara una cantidad determinada de dinero. Ramón, un tanto asustado y nervioso, respondió que en aquel momento no disponía de aquella cantidad. Y Jaime El Barbudo con muy buenos modales, le dijo: "Bueno, es igual. Si no tienes ese dinero ahora, nos llevaremos al niño pequeño, (tenía seis años), hasta que lo recojas y nos lo entregues". Al comprobar Ramon que cumpliría la amenaza, no le quedó más remedio que entregarles el dinero pedido. Y con la misma tranquilidad y cortesía con que habían llegado unos momentos antes, se marcharon de la casa, como si nada hubiera ocurrido.

Al cabo de un tiempo, volvieron de nuevo, pero en esta ocasión ya no vino el jefe de la banda, sino tres lugartenientes suyos, que dijeron que venían en su nombre, para que les entregase la misma cantidad de dinero que le pidieron la vez anterior, cantidad que tuvo que entregarles sin rechistar, para evitar males mayores.

La noticia de la visita de Jaime El Barbudo a una vivienda de Matola, exigiendo el pago de aquella contribución, se corrió como la pólvora por todo el campo de Elche. Durante mucho tiempo, no se habló de otra cosa en los medios rurales. Y lo más sorprendente de todo era que aquellos bandoleros parecían actuar con plena impunidad, como la cosa más natural del mundo. Y entre el campesinado se generó una sicosis de inseguridad y de malestar, como no se había conocido nunca.

Jaime El Barbudo y su banda, actuaban sin rivales que les disputasen el terreno en sus acciones delictivas, no solo en la serranía crevillentina, sino también en los campos adyacentes. Eran los dueños absolutos de toda esta amplia zona, que esquilmaban a su libre albedrío, zona que iban agrandando a medida que aumentaba el temor de las gentes, que se encontraban desprotegidas ante la impunidad con que actuaban los bandoleros.

Unos meses después de la primera visita que le hicieron a Ramón Martínez en Matola, visitaron también la casa de Batiste Ferrández en Pusol, exigiéndole igualmente, una cantidad de dinero, como tenían costumbre.

Batiste Ferrández, igual que Ramón Martínez, tenía también muchas propiedades rústicas, pero éstas eran tierras campas, de sembradío, sin arbolados. Cuando le visitaron los bandoleros, él y dos hombres más que tenía asalariados, estaban trillando en la era una parva de cebada. Cuando los vieron llegar ataviados con las vestimentas características que solían usar los bandoleros y con sendos trabucos, pensó con buen criterio, que sería inútil resistirse a sus exigencias cuando le pidieran dinero, que era lo que solían hacer siempre en estos casos. Pero había una dificultad insalvable, y era que en realidad, en aquellos momentos no disponía en su domicilio de dinero en efectivo, sin bien esperaba tenerlo pronto, ya que había vendido una partida de cebada, pero aun no la habían retirado los compradores. Cuando les hizo saber todos estos extremos, no se lo creyeron y trataron de amenazarle con severas represalias. Pero Batiste juró y perjuró que decía la pura verdad y que estaba dispuesto a entregarles el dinero exigido, pero que esperaran unos días hasta que recogiera el importe de la cebada vendida. Al final transigieron y le dieron una semana de plazo, pero con la condición de que lo depositara en un hueco del tronco de un algarrobo viejo que había en un punto que le indicaron en el linde de Matola con el término de Crevillente. Fijaron fecha y hora de la entrega, con la advertencia de que si alguno de los tres decía algo de todo aquello, lo pasaría muy mal. Batiste cumplió lo prometido y un momento después de depositar el dinero en el punto convenido, aparecieron los bandoleros, que estaban escondidos entre los matorrales y se hicieron cargo de él. En este caso, ya no le molestaron más.

Pero lo cierto fue que entre los agricultores acomodados del campo de Elche, más cercanos a Crevillente, aumentó la sensación de temor que se había extendido desde hacía algún tiempo. Ya nadie se encontraba seguro de librarse de la visita de aquellos delincuentes, que a pesa de sus buenos modales y de su fama de generosos, practicaban el chantaje y la extorsión con tal de recaudar fondos de esta manera tan ilícita, y que tan poco podían hacer con tal de evitarlo.

Estos dos casos que hemos relatado, de incursiones en el campo de Elche, por parte de la banda de Jaume el de la Serra, no fueron únicos, pues hubo otros muchos de la misma naturaleza, en los tiempos en que el bandolerismo estuvo más arraigado en la comarca, y siempre tenían los mismos fines y perseguían los mismos objetivos: recoger dinero. Aquello fue una auténtica plaga, que padeció toda la zona.

En los relatos que después se escribieron sobre las actividades delictivas de la banda de Jaime El Barbudo, no constan las excursiones que llevaron a cabo por las pedanías ilicitanas, ya que al no haber ocurrido durante los mismos hechos sangrientos, como ocurrieron en otros lugares, tuvieron menos repercusión y trascendencia, aunque nunca se olvidaron en la memoria colectiva de las gentes de aquellos entornos. Gracias a esa memoria colectiva, no se perdieron en el olvido y llegaron hasta nosotros por transmisión oral, que fue pasando de generación en generación, a través de las referencias que los padres les contaban a sus hijos y los abuelos a sus nietos, en las largas noches de Invierno, cuando se reunían todos al calor del fuego que se encendía en la cocina. Por esa misma transmisión oral, se fueron propagando a lo largo de las generaciones, muchos hechos y tradiciones que forman una parte importante de la cultura campesina, que de otra forma, se hubieran perdido y olvidado.

La vida de Jaime El Barbudo, como bandolero con una aureola de gran popularidad, fue como una estrella fugaz, que se apagó muy pronto. Era el triste sino de todos los bandoleros famosos de la época: morir jóvenes. Así ocurrió en el caso de Luis Candelas y de José María El Tempranillo.

En cuanto a Jaime El Barbudo, los mismos que durante un tiempo lo apoyaron y fueron sus valedores, dejaron de hacerlo, has-

ta el extremo de que quisieron deshacerse de él de la manera más facil, mediante el engaño, ya que capturarlo a la fuerza resultaba muy arriesgado. Para ello, le indujeron a que se desplazase a Murcia, con toda su partida, donde las autoridades realistas querían compensarles por los servicios prestados a la causa. Una vez en Murcia, los desarmaron y los detuvieron, poniéndolos a buen recaudo. Pero como a pesar de todo, aun tenia muchos partidarios, una noche les facilitaron la huida de la cárcel. Esto facilitó la fuga de sus doce acompañantes, pero Jaime no pudo huir, por encontrarse gravemente enfermo. Su suerte estaba echada.

De esta manera, el 7 de Julio de 1814, Jaime el Barbudo fue ahorcado en la Plaza de Santo Domingo de Murcia, a la edad de cuarenta años, ochos meses y diez días. Aquella ejecución causó una gran conmoción entre los murcianos. Acto seguido fue descuartizado y sus miembros, después de pasarlos por aceite hirviendo. los esparcieron por las zonas donde se habían desarrollado sus actividades delictivas, actividades que habian durado seis años escasos.

Y a partir de ese momento, Jaime El Barbudo, se convirtió en un mito, en un personaje de leyenda, que iba de boca en boca entre las gentes sencillas del pueblo, cuyas gestas se cantaban en las letrillas de las canciones de los ciegos que recitaban en las ferias y mercados. De ahí que lo que se ha escrito después de este personaje singular, sea en parte historia verídica y en parte pura leyenda, como ocurrió en otros casos similares, a lo largo de la historia.

Lo único que es completamente cierto del todo, es que cuando murió Jaime El Barbudo, el Régimen represivo del nefasto Fernando VII, estaba en todo su apogeo.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

UN LLAURADOR IL·LUSTRAT

Xeroni Brotóns Martínez, nació en la partida de Pusol el 15 de Noviembre de 1852. Era hijo de Baltaro Brotóns y Ángeles Martínez. Los dos pertenecían a unas familias de las más acomodadas de aquella pedanía, y se casaron el uno de Abril de 1851. Ellos tenían pensado casarse antes, pero no lo hicieron hasta que finalizó la larga sequía que se padeció en esta comarca, y que se acentuó en los últimos cinco años de la década de los cuarenta. Fue aquellas una de esas sequías que de cuando en cuando azotan el sur de la provincia alicantina, y que causó verdaderos estragos en la agricultura ilicitana de secano, Esta sequía, fue tan calamitosa, que obligó a muchos ilicitanos a emigrar, (y no solo entre los agricultores que vivían en el campo, sino también entre las gentes de la población, pues en aquellos tiempos, casi la totalidad de los ilicitanos vivían más o menos directamente de la agricultura) ya que aquí resultaba muy difícil el poder subsistir, por la falta de productos y cosechas en el campo.

Tan masiva fue la emigración en aquellos años, que según se detalla en el acta del Ayuntamiento de fecha 13 de Septiembre de

1849, "no se pueden arreglar los caminos del término por falta de jornaleros, en razón de haber emigrado la mayoría de ellos, por la sequía, que duró diez años". Y añade a continuación: "Durante estos años, emigraron de Elche más de quinientas familias. Solo desde Mayo de 1849 a Junio de 1850, se expedieron 2.839 pasaportes para el interior y 143 para el extranjero. Tan grave llegó a ser la situación general en aquellos años, que se le mandó un largo escrito a la Reina Isabel II, pidiéndole ayuda.

De las familias Brotons y Martínez, no tuvo que emigrar ningún miembro, pues al disponer de más recursos, pudieron resistir mejor los efectos de la sequía, que fue tan perniciosa para el campo. No obstante, Baltaro y Angeles, no quisieron casarse hasta que la agricultura recobrase su normalidad y el campo recuperara la plena actividad perdida, como consecuencia de la prolongada sequía, y sus padres pudieran hacerles frente, con más desahogo, a los gastos que siempre supone preparar una nueva vivienda y un ajuar, para una pareja que proyecta casarse.

Cuando por fin se casaron, se fueron a vivir a una casa nueva que el padre de Baltaro los construyó en una de sus fincas rústicas, para que vivieran a su aire, independientemente de los padres y para que cultivaran aquellas tierras por su cuenta y riesgo.

Llevaban veinte meses de casados cuando nació su primer hijo, que le pusieron el nombre de Xeroni, como se llamaba su abuelo paterno, y siguiendo una costumbre inveterada, que se mantuvo vigente en el campo de Elche, hasta hace pocas décadas. El alumbramiento vino tan mal que Ángeles murió dos días después de nacer su hijo. Entonces, estos casos se daban con mucha frecuencia, pues al no haber hospitales bien preparados ni buenos ginecólogos, como hay ahora, y menos aun en un pequeño pueblo como era Elche, a mitad del siglo pasado, se morían muchas parturientas. Lo mismo ocurría con los niños recién nacidos, que también había un elevado porcentaje de fallecimientos, en los primeros meses de vida.

Lo primero que hicieron al morir Ángeles, fue buscarle una "dida" al niño para que lo amamantara. Tuvieron mucha suerte, ya que la encontraron muy cerca de su casa, una mujer joven y fuerte que se ofreció para estos menesteres. Entonces, a estas mujeres, se

las llamaban madres de leche, que siempre conservaban un gran cariño por aquellos niños ajenos que amamantaban en los primeros meses de su vida.

La muerte de Ángeles fue un golpe muy duro para toda la familia, particularmente, para su esposo, que de buenas a primeras, vio destrozado su matrimonio y con hijo recién nacido, que necesitaba unos cuidados y unas atenciones, q[illegible] no podía ofrecerle el solo. La "dida" lo amamantaba y lo cuidaba como si fuera su propio hijo, pero no era suficiente, y por lo tanto, había que buscarle una solución definitiva a aquella desagradable situación. Hubo de inmediato consultas y reuniones entre las dos familias, que estaban igualmente apenadas por la muerte prematura de Ángeles, y llegaron a la conclusión, de que la mejor solución para todos, sería que Baltaro se casase, en segundas nupcias, con una hermana soltera que tenía Angeles, dos años más joven que ella, llamada María. Esta dio su consentimiento, y se casaron tres meses después. El mismo mobiliario y el mismo ajuar de Ángeles sirvió para su hermana María, pues físicamente, tenían un gran parecido, tanto en las facciones como en la estatura. Así ganaban tiempo y ahorraban gastos.

Antiguamente, en el campo de Elche, se producían muchos matrimonios arreglados y concertados por los padres de los contrayentes, por motivos de herencia o por otras causas, sin apenas tener en cuenta las opiniones de los directamente afectados, que se plegaban fácilmente a lo que dispusieran sus progenitores, que siempre decían que todo aquello lo hacían por el bien de los hijos. Lo que mandaban los padres, apenas se discutía y solía aceptarse, ya que por los padres se sentía un gran respeto y obediencia, aunque lógicamente, los padres no siempre tenían razón en sus argumentaciones. En este caso concreto, María aceptó gustosa el casarse con su cuñado, para poder hacerse caso de su sobrino, que se había quedado un tanto desvalido, y también porque le gustaba como hombre, para compartir su vida con él. En cuanto a Baltaro, también sentía un gran afecto por María, por el gran parecido que tenía con la mujer que había sido su esposa, durante casi dos años. Esto atenuó, en parte, el dolor causado por la muerte de Ángeles, aunque no la olvidó fácilmente, pues la quiso mucho.

La "dida" continuo amamantando el niño, pero ahora María iba diariamente a su casa, para compartir los cuidados del bebé.

Este nuevo matrimonio, unió aun más de lo que estaban a las dos familias, y soluciono el problema del niño que tanto preocupaba a todos.

Al cumplir el niño un año, María se lo llevó a su casa y ya quedó, exclusivamente, bajo su cuidado y custodia, custodia y cuidado que, lógicamente, compartía con su esposo y padre del niño.

Cuando el niño tenía trece meses, concretamente, en la noche del seis al siete de Diciembre de 1853, en Elche llovió a cántaros. Fue aquella la lluvia más fuerte y torrencial de las que se tienen referencias escritas, en los anales de la historia de nuestra ciudad. Aquello fue un auténtico diluvio, que duró toda la noche.

Emigdio Augusto Santamaría, testigo presencial de aquel acontecimiento, escribió un opusculo relatando, detalladamente, todo lo que ocurrió en aquella noche infernal y los cuantiosos daños ocasionados por la tempestad. En la población, se derrumbaron muchas viviendas y en el campo, se produjeron muchas inundaciones en las hondonadas, ya que todos los barrancos sacaron gran cantidad de agua de aluvión. La vivienda de Baltaro Brotóns también sufrió muchos desperfectos por la inundación , pues toda la partida de Pusol, esta en la desembocadura de los barrancos de los Arcos y de Barbacena, que recogen las aguas de las montañas del norte del término municipal de Elche.

Tuvieron que pasar varios meses hasta que las tierras de labor pudieran cultivarse de nuevo, por el exceso de humedad que acumularon.

Aquello fue la otra cara de la moneda de las irregularidades meteorológicas, en su aspecto más negativo, ya que un poco antes, la prolongada sequía que acarreó tan fatales consecuencias, y ahora la tempestad, igualmente perniciosa. En esta zona costera de la provincia alicantina, en lo que a la meteorología se refiere, vamos dando bandazos de un extremo a otro, pasando de la sequía a las lluvias torrenciales, casi sin solución de continuidad. Y tan malo es una cosa como otra.

Al cabo de unos meses, cuando ya se pudo entrar en la tierra, se repararon los desperfectos producidos por las escorrentías en los caminos y demás estructuras agrarias.

El Gobernador Civil de Alicante abrió una suscripción para ayudar a reparar los daños ocasionados por la tempestad en la población y en el término municipal de Elche, suscripción que fue engrosada por las aportaciones de muchas personas particulares y entidades oficiales de la provincia alicantina, que se volcó, solidariamente, en estas ayudas.

Xeroni, que continuó su crecimiento y desarrollo con toda normalidad, se convirtió en un niño avispado y dicharachero, que irradiaba simpatía por todos los poros de su piel. Crecía sano y fuerte, aunque era de mediana estatura, bajo la atenta mirada de María, que se desvivía por él, hasta que cumplió la edad de seis años, en que tuvo su primer hijo. A partir de esos momentos, no es que lo abandonase, pero el afecto que sentía por él, ya era un cariño compartido con su propio hijo. María tuvo dos hijos más y los cuatro vivieron juntos, bajo el mismo techo, y todos se llevaban muy bien.

Xeroni, desde su más tierna edad, sentía curiosidad por todas las cosas, y una gran afición por la lectura, cosa no habitual en aquellos tiempos y en aquellos ambientes campesinos. Se enseñó a leer muy pronto y leía todo lo que caía en sus manos, aunque no tenía muchas oportunidades de saciar su afición y su curiosidad, pues a la sazón, en el medio rural, no había escuelas de ninguna clase y muy pocas posibilidades de adquirir libros u otros objetos de lectura. Por eso, en aquellos ambientes y en aquella época, Xeroni, era un caso excepcional, pues los otros chicos de su edad, solo pensaban en jugar y divertirse, sin otras inclinaciones y apetencias. Por supuesto, el también hacía las cosas propias de su edad, pero además, le gustaba leer y sentía curiosidad por todo aquello que ocurría a su alrededor.

No obstante, a partir de los 10 años, y como era normal en aquellos tiempos, empezó a realizar trabajos complementarios en la agricultura, ayudándole a su padre, como hacían todos los chicos de su entorno.

A pesar de que su familia gozaba de una posición económica desahogada, dentro de sus entornos, no cursó estudios, como a él le hubiera gustado, pues en aquellos tiempos, en que el 90% de las gentes campesinas eran analfabetas, estudiar era una opción que los padres no contemplaban en modo alguno. El ideal de los padres era transferir a los hijos, la cultura ancestral que les habían legado sus antepasados, cultura relacionada con el buen hacer en el cultivo de la tierra, y también en cuanto a las costumbres y tradiciones antiguas. Una cultura que se iba transmitiendo de generación en generación, sin apenas modificarse un ápice.

Los ambientes rurales siempre fueron conservadores, y en ese conservadurismo, creció y se desarrolló Xeroni. Por eso, cuando a la edad de veinte años, estalló la Segunda Guerra Carlista, (la primera [illegible] en 1833 a raíz de la muerte del Rey Fernando VII, quien había derogado la Ley Sálica, para que pudiera heredar el Trono su hija la Infanta Isabel, guerra que duró seis años y que terminó con el Abrazo de Vergara, entre los Generales Moroto y Espartero), simpatizó desde un principio, con la causa de Don Carlos María de Borbón, que quiso disputarle el Trono a Amadeo de Saboya, propuesto por las Cortes como Rey de España.

Los carlistas publicaban una revista semanal titulada EL ESTANDARTE REAL, defensora acérrima de la causa, y Xeroni que se suscribió a este semanario, se alegraba leyendo las crónicas laudatorias y encomiásticas de las hazañas guerreras de Zumalacárregui y Cabrera, dos personajes carismáticos de la causa carlista, en las dos confrontaciones que hubo con el Gobierno Central, en dos épocas distintas. El semanario, que recibía puntualmente por correo, después lo encuaderno en un grueso tomo, que conservó siempre como oro en paño.

Xeroni se casó a la edad de veintiséis años, con Teresa Díez Fernández, dos años más joven que el y se fue a vivir a la partida de Algoda, muy cerca de la Ermita del Angel. Continuó trabajando en la agricultura, como había hecho siempre, aunque su afición por la lectura no le abandonó nunca.

Después de casados, como hacían casi todas las familias campesinas, él y su esposa iba a la población los Domingos, que era el

día de mercado. El medio de transporte que empleaban solía ser un pequeño carruaje entoldado arrastrado por una "somereta", que dejaban por unas horas en una casa que tenían en las afueras de la población. Después se iban los dos para el centro y mientras Teresa hacía "el recapte", Xeroni compraba alguna herramienta o apero que le hacía falta, se afeitaba en la barbería y acudía a "les cuatre esquines, per a fer la Xarraeta" con otros agricultores que se reunían allí todos los días de mercado, y cambiaban impresiones sobre todas aquellas cuestiones de común interés.

Además de hacer todas esas cosas, Xeroni solía comprar algún libro que leía durante la semana. De esta forma consiguió tener una buena colección de obras literarias, sobre todo de temática histórica, que eran las que más le gustaban, como el descubrimiento de América, la conquista de Méjico, etc. También solía comprar uno de los muchos semanarios que se publicaban en Elche por aquellos tiempos. Durante varios años compró todas las semanas EL BOU, periódico satírico, de tendencia liberal-conservadora, y después se pasó a EL PUEBLO DE ELCHE, semanario independiente, que tenía una sección dedicada al campo y la agricultura, ya que quería estar bien informado de lo que ocurría a escala local y de lo que pasaba fuera de Elche. De esta forma se convirtió en lo que podría llamarse "un llauraor il·lustrat", de aquella época , en que el nivel cultural de las gentes campesinas, era sumamente bajo, hasta el extremo de que en su inmensa mayoría eran analfabetos.

Ni que decir tiene que Xeroni Brotóns era querido y respetado por todos sus convecinos. Era como un punto de referencia en la partida, a quien se admiraba, por ser una persona que se destacaba por encima de las demás, por su mayor cultura y también por su comprensión y objetividad en sus razonamientos, cuando se le pedía opinión sobre cualquier asunto conflictivo.

Los Domingos por las tardes, un grupo de amigos más cercanos, se solía reunir en su casa, para jugar una partida de cartas, o sencillamente, para conversar amigablemente, sobre el tiempo meteorológico, el estado de las cosechas u otros asuntos de común interés. También le instaban a que les informase de lo que ocurría en la población, puesto que él leía los periódicos locales todas las

semanas o del acontecer político español, puesto que también poseía información nacional. Todas estas informaciones que les facilitaba, se comentaban en la partida toda la semana, sobre todo, el desarrollo de las campañas de Cuba y Filipinas, de triste final para España y que condicionaron la política nacional de los últimos años del pasado siglo. Estas referencias, tenían un gran impacto entre el vecindario, puesto que algunos jóvenes de esta zona, estaban prestando servicio militar, tanto en Cuba como en Filipinas y sus familiares se pasaban grandes temporadas sin tener noticias de ellos, por las deficiencias que había entonces en las comunicaciones. Algunos de estos jóvenes murieron luchando en Cuba y Filipinas y otros permanecieron varios años en aquellas colonias de ultramar, que se perdieron en 1898, y que tanto traumatizaron a la sociedad española en los primeros años del presente siglo.

Durante la Cuaresma, sus convecinos, instaban a Xeroni Brotons para que los Domingos por la tarde, acudiera a la Ermita del Angel, para que les leyera el Libro de la Meditación y algunos pasajes de los Evangelios (relacionados con la vida y Pasión de Cristo, que todos escuchaban con mucha atención), pues no podemos olvidar que en aquellos tiempos, las gentes sencillas del campo de Elche, hacían gala de una gran fe religiosa. Esta fe llegaba al extremo de que durante la Cuaresma, se suprimían todas las actividades lúdicas, como los bailes que se celebraban en las casas vecinales, particularmente, en las que había chicas casaderas, al no haber locales públicos donde celebrar actos de esta naturaleza, actos que se reanudaban a partir del Domingo de Pascua.

El Jueves Santo, es uno de los pocos días festivos que las familias campesinas iban a la población y lo hacían para "resar les estacions" en alusión al Vía Crucis, de la Pasión del Señor. La costumbre era recorrer las cuatro Iglesias que entonces había en Elche, (Santa María, El Salvador, San Juan y San José), para rezar el rosario, delante del Cristo expuesto. Y así de una Iglesia a otra.

Al día siguiente, por la tarde, volvían a Elche para presenciar la procesión del Viernes Santo, incluso algunos agricultores pertenecían a alguna cofradía y tomaban parte activa en la procesión. Pero la asistencia ya no era tan numerosa como el día anterior. Se-

gún el dicho popular, el Jueves Santo siempre fue uno de los tres jueves del año que brillaban más que el Sol. Los otros dos eran el del Corpus Christi y el de la Ascención. Y los tres se celebraban con el mismo esplendor.

Xeroni Brotóns y Teresa Diez, tuvieron cinco hijos, tres chicos y dos chicas y ninguno de los cinco heredaron la aficion que tenía su padre por la lectura y su afán por adquirir conocimientos. El nombre de los hijos, por orden de edad fue Baltaro, Ángeles, Manuel, Xeroni y Teresa. Y todos tuvieron la agricultura como ocupación profesional.

Cuando en Mayo del año 1900, vino a Elche Camilo Flamarión para observar el eclipse total de sol, que tuvo a nuestra ciudad como epicentro, Xeroni Brotóns tuvo la oportunidad de saludarle e intercambiar unas breves palabras con él, pues aquel famoso astrónomo francés, era una persona muy asequible y receptiva. En cuanto al eclipse lo contempló desde su casa de campo, con un cierto asombro, por la magnitud del fenómeno astronomico, que fue motivo de amplios comentarios en la reunión de amigos que se celebró en su casa el Domingo siguiente por la tarde. Xeroni trató de explicarles en que consistía este fenómeno tan singular, que tanto les había maravillado, aunque eso de la rotación de los astros, cada uno en su órbita, no lo comprendían muy bien.

En 1903, Xeroni Brotóns se construyó una casa nueva, en la partida de Algorós, en una finca que tenía allí de setenta tahullas de tierra y la familia se fue a vivir allí, tan pronto terminaron las obras. Esta casa estaba a dos kilómetros de Elche y junto al Camino Viejo de Orihuela.

Este traslado de residencia, coincidió con la famosa "huelga dels costurers", que duró nueve meses. Durante aquel tiempo, los semanarios de Elche no hablaban de otra cosa, por la gran trascendencia que tuvo.

El protagonista de esta historia verídica, pudo gozar poco tiempo de la nueva vivienda, ya que murió de una afección cardíaca, el día diez de Agosto de 1905, a la edad de cincuenta y tres años.

Cuando falleció era un hombre relativamente joven, pero llevaba ya algún tiempo fallándole el corazón.

Su esposa, Teresa Diez Ferrández, le sobrevivió durante treinta años, ya que murió el 28 de Febrero de 1935, a la edad de ochenta y un año.

Para finalizar este relato diremos que Xeroni Brotons Martínez, fue mi abuelo paterno y todos los detalles y referencias de esta historia, me las contaba mi padre cuando yo era aun un niño de pocos años.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

VICENTE SANSANO FENOLL

Vicente Sansano Fenoll, nació en Elche el 12 de Julio de 1866 y murió en su ciudad natal el 24 de Octubre de 1944, a la edad de 78 años. Se casó a los 22 años con Manuele Mora Ruiz, que solo tenía 18, y que era una mujer activa, emprendedora y trabajadora hasta la exageración. De este matrimonio nacieron siete hijos, que por orden de edad fueron José, Manuela, Vicente, Antonio, Guillermo, Pascual y Rosario. De los siete solo vive Rosario, que tiene noventa y cinco años.

Ambos pertenecían a dos familias ilicitanas de la clase media-baja.

Vicente, desde muy joven, se mostró como un hombre inquieto, activo y emprendedor. En un principio, trabajó como "costurer", en la fábrica de alpargatas de Matías Guillén (Masianet). De recién casados, con la ayuda inestimable de su esposa, a quien él siempre llamó El Ama, inició su actividad industrial, en la rama del calzado. Como no disponían de fondos, su esposa empeño una cadena de oro que había heredado de su madre, por trescientas pesetas, que le sirvie-

ron como capital inicial para empezar a fabricar alpargatas. De esta manera tan humilde empezó su actividad empresarial, que con el paso del tiempo y con una gran dosis de tenacidad, le convirtió en el industrial del calzado más importante de la provincia de Alicante, con sus cinco fábricas de alpargatas de todas las variedades.

Este hombre superactivo, como industrial fue un adelantado de su época, un previsor y tuvo un comportamiento completamente diferente a la de los demás industriales del ramo de aquellos tiempos, en que el caciquismo era el pan nuestro de cada día, donde los económicamente más fuertes, trataban con un cierto desdén a las capas sociales más desposeídas. Un ejemplo nos ilustra sobre esta cuestión: cuando se declaró la huelga general de "els costurers", en 1903, que duró nueve meses, la clase obrera en Elche, de la rama del calzado, a causa de la completa paralización en su actividad, se las veía y se las deseaba para poder sobrevivir. Tan difícil era la situación, que el Comité de Huelga tomó el acuerdo de nombrar una comisión de trabajadores para que fuera a hablar con "Don Vicent", como le llamaban todos, con el fin de pedirle alguna ayuda económica que les atenuase la precaria situación por la que estaban atravesando. "Don Vicent" los recibió y al conocer sus pretensiones, les preguntó cuantos trabajadores habían en paro por la huelga y al decirle la cifra les adelantó el jornal completo de una semana de todos ellos. Cuando el Comité de Huelga tuvo conocimiento de este rasgo de generosidad, mandó de nuevo a una porción de trabajadores de sus empresas, con el ofrecimiento de reintegrarse de nuevo al trabajo, ofrecimiento que fue aceptado de inmediato.

Este rasgo de generosidad y desprendimiento, le creó entre los trabajadores una aureola de popularidad que quedó patente en el manifiesto que publicó el Gremio de Costureros en el mes de Septiembre de 1903, en plena Huelga General, que entre otras cosas decía: "El Gremio de Costureros no puede olvidar y no olvidará nunca, los beneficios y bondades de que es acreedor el Señor Sansano y tiene como honor señaladísimo poder hacer público, desde aquí, la firme creencia que este gremio alimenta en que si todos los fabricantes hubieran sido como el Señor Sansano, seguramente que no hubiera llegado nunca la tirantez de relaciones y la enemiga que hoy existe entre patrones y trabajadores".

De la misma manera, en el "lock-out" del 1921, cuando los fabricantes de calzado de Elche cerraron sus empresas por diferencias salariales con sus empleados, Vicente Sansano Fenoll no secundó el comportamiento seguido por los demás patrones, y por consiguiente, mantuvo abiertas sus fábricas en contra de la opinión general del colectivo empresarial, por considerar que este comportamiento del Señor Sansano era insolidario y carente de toda lógica. No obstante, sus industrias marchaban viento en popa, lo que generaba una cierta envidia entre los demás industriales.

Como Vicente Sansano Fenoll era una persona superactiva, además de ser un próspero industrial, también se dedicaba a comerciar con productos agrarios, como semillas, entre otras cosas. Pero no finalizaban ahí sus actividades, ya que también se dedicaba al periodismo y a la política. Como político fue Concejal en varias legislaturas, Diputado provincial en el año 1920 y Alcalde de Elche durante nueve meses, es decir, desde el 16 de Marzo al 5 de Diciembre de 1910. Su paso por la Alcaldía marcó un nuevo estilo de hacer política, ya que practicó la norma de puertas abiertas para que todos los ciudadanos pudieran acceder hasta el Alcalde para hacerle llegar sus quejas o sus reinvidicaciones. Pero lo que más impacto causó en el pueblo fue la traida del agua potable de la Fuente del Romero y en el campo el saneamiento del cobro del impuesto de consumos donde se cometían muchas irregularidades. Todas estas medidas de buen gobierno municipal, le granjearon un gran aprecio y simpatía entre todos los ilicitanos, convirtiéndose en el Alcalde más popular que había tenido Elche hasta entonces. Esta popularidad y este aprecio quedó demostrado sin ninguna duda, en la multitudinaria manifestación que tuvo lugar en Elche unos días después de haberlo cesado como Alcalde de la ciudad, protestando por esta destitución, a cargo del Ministro de la Gobernación. En esta manifestación masiva (de la que existen testimonios gráficos), tomaron parte activa tanto los habitantes de la población como las gentes de todas las partidas rurales con sus correspondientes pancartas.

Otra muestra de aprecio y estima de los ilicitanos, se mostró con motivo de su entierro el 24 de Octubre de 1944, con una asistencia masiva, como seña inequívoca de condolencia.

Desde muy joven, la política fue una de sus grandes inclinaciones y se dedicó a ella con gran intensidad, militando siempre en los partidos progresistas. Primero fue canalejista, y como tal lo nombraron Alcalde en 1910. A raíz de su destitución por sus mismos correligionarios, dejó de ser canalejista y se pasó a los republicanos de Melquiadez Alvarez. Más tarde, fue reformista, pero siempre en la línea más avanzada y liberal de aquella época, propugnando el progreso de la sociedad y la justicia social ante todo.

Tanto en su actividad industrial como en la política, caminó por derroteros diferentes a lo que era la norma general de aquellos tiempos. Por eso despertaba envidias y susceptibilidades en todos aquellos que pensaban y se comportaban de una manera distinta. Por tal motivo, tenía partidarios acérrimos por una parte y detractores viscerales por otra. Una cosa era evidente: su forma de ser y de comportarse, no dejaba indiferente a nadie.

Uno de estos detractores, y exclusivamente, por motivos de intereses, le pegó dos tiros en el puerto de Alicante y acto seguido, volvió el arma sobre sí mismo y se suicidió. Las heridas que le produjeron estos dos disparos, no fueron graves y se recuperó prontamente. Las ropas ensangrentadas que llevaba cuando le agredieron, las hizo un envoltorio y las conservó durante mucho tiempo en el sótano de una de sus fábricas, para mostrarlas a los trabajadores y a los visitantes.

Si por la traída de las aguas potables de la Fuente del Romero se hizo muy popular entre las gentes de la población, con el saneamiento de la recaudación del impuesto municipal de consumos, se ganó el aprecio de los campesinos, que eran los más perjudicados por aquellas irregularidades. Este impuesto era la mayor fuente de ingresos que tenía el Ayuntamiento en aquellos tiempos.

Después de ser destituido como Alcalde, de una manera tan injusta, se generó a su alrededor un movimiento social y político de los agricultores ilicitanos más relevantes y significativos, que lo consideraban el defensor más acérrimo de los intereses agrarios, en unos tiempos en que la crispación y el enfrentamiento político en Elche alcanzaba cotas muy elevadas, más entre las personas que entre partidos. Entonces, en Elche, más que partidos políticos, ha-

bía personajes políticos de diferente signo. A escala local, más que conservadores, liberales, republicanos, socialistas, etc. había "tarinistas" (del conservador Tarí), "llopistas, (de Alfredo Llopis, que por cierto, también le pegaron un tiro por motivos políticos), "sansanistas" (de Vicente Sansano), "vivistas" (del socialista Vives), etc. Por lo tanto, la política giraba más alrededor de unas personas que alrededor de unos partidos y de unas ideas. De ahí las luchas personales y el enconamiento feroz que existía entre los personajes que lideraban las diferentes corrientes políticas de la época.

Por este motivo, el "sansanismo" arraigó profundamente en el campo de Elche, donde tenía muchos partidarios.

Por otra parte, al socaire de este movimiento renovador, surgieron entre los campesinos ilicitanos, algunos hombres que se destacaron notablemente, hecho que no había ocurrido hasta entonces. Y esto tenía su lógica y su razón de ser, ya que los intereses del sector agrario, estaban durante aquellos años, mejor defendidos y representados que lo habían estado nunca, gracias a la labor de Vicente Sansano Fenoll.

Al dejar Vicente Sansano la Alcaldía a finales de 1910, encabezó un movimiento anticaciquil de gran calado, que despertó muchas simpatías entre el campesinado ilicitano de la clase media y baja. De ahí que la mayor parte de ellos se hicieran "sansanistas". Este movimiento se incrementó mucho más aun cuando en Mayo de 1912, fundó La Agrícola Ilicitana, Organización Agraria de carácter reinvidicativo y defensora de los intereses de los agricultores pequeños y medianos del campo de Elche. Esta defensa quedaba reflejada en las páginas del semanario La Libertad, que él mismo promocionaba, donde escribían muchos campesinos en prosa y en verso. El mismo Sansano escribía también artículos y editoriales en este semanario, que tenía una gran difusión en las partidas rurales.

La Agrícola Ilicitana, que tenía implantación en todo el término municipal, la regían un Presidente, un Secretario, un Tesorero y treinta vocales, uno por cada una de las principales partidas del campo de Elche. Fue la primera organización agraria de carácter reivindicativo que se implantó en el campo de Elche, precursora de las que existen en la actualidad.

Según las normas legales que existían en aquellos tiempos, que regulaban las elecciones municipales de entonces, esta clase de organizaciones podían presentar candidaturas para concejales. Y eso es lo que hizo La Agrícola Ilicitana en varias legislaturas. Por este procedimiento, fueron elegidos concejales del Ayuntamiento de Elche, varios agricultores ilicitanos, como por ejemplo, Antonio García Sánchez, (el Tío Toni Escorina) en varias legislaturas, a partir de 1913. Roberto Martínez Fuentes, (el Tío Rebeltet) concejal en 1922, siendo pedáneo de Matola. Carlos Agulló Amorós, concejal por las mismas fechas, siendo Presidente de La Agrícola Ilicitana y José Antón Soriano, (el Tío Roxet, el del Hort de Sant Antoni) que también fue Presidente de La Agrícola Ilicitana y llegó a ser Alcalde de Elche desde el 27 de Febrero al 24 de Abril de 1930, al finalizar la Dictadura de Primo de Rivera, en que ocuparon todas las Alcaldías de España los concejales de mayor edad. Además de éstos, se destacaron otros hombres del campo, que sin llegar a ser consejales, alcanzaron una cierta relevancia, como fue el caso de Joaquín López Blasco, hombre muy influyente en los medios agrarios, Tomás Boix Campello, pedáneo de Asprillas y varios años Presidente de la Sociedad Caja Rural de Préstamos y Ahorros del campo de Elche, creada en 1903 y también Presidente de La Agrícola Ilicitana, durante un tiempo. Diego Oliver Campello y Baltasar Díez Ferrán-dez, ambos muy respetados por el colectivo campesino. Carlos Soler Sansano, hombre muy activo y de ideas políticas muy avanzadas, que murió en el exilio, después de la Guerra Civil Española, y que vivía en Perleta.

Todos aquellos hombres, formaron un plantel de personas con grandes inquietudes sociales y políticas, que rayaron a gran altura dentro de su modestia y sencillez, en el medio en que se desenvolvieron y en la época en que vivieron, bastante obscura y deprimente.

Hubo también otra serie de hombres campesinos de aquellos tiempos, con ciertas cualidades literarias y que colaboraban todos, en prosa o en verso en La Libertad. Citaremos en primer lugar a Vicente Alarcón Maciá, (se firmaba Un Home Flac, sobrenombre que le venía como anillo al dedo, ya que era alto y delgado), que vivía en Las Bayas, poeta popular de fácil musa que escribió el juguete cómico en verso valenciano, titulado EL TENORIO DE

ALSABARES, que se representó muchas veces con gran éxito, de crítica y público. Pascual Pastor Maciá, inspirado poeta y brillante prosista, que vivía en el Huerto de Vuzcarra, y que publicó un poemario titulado LOS PRIMEROS PASOS. Tomás García Ruiz, que primero vivía en Las Bayas y después en Asprillas y algunos más. Todos ellos colaboraron en LA LIBERTAD.

En aquellos tiempos, los Domingos era el día de mercado en Elche, y ese día acudían muchos agricultores a la población, acompañados por sus esposas, para comprar todos aquellos objetos y artículos que les hacían falta para cubrir las necesidades familiares durante la semana. Pues bien. Los "sansanistas" más destacados, acudían al domicilio de Vicente Sansano, con el mismo respeto y la misma veneración con que acudían los griegos al Oráculo de Delfos. En esas reuniones domingueras, se comentaba la labor que estaba llevando a cabo LA AGRÍCOLA ILICITANA en las partidas rurales, las intervenciones de los concejales campesinos en los Plenos del Ayuntamiento, las listas que podían presentar para los próximos comicios, el comportamiento de los guardas rurales, dependientes de la Comunidad de Labradores y de otros muchos temas de palpitante interés para el sector agrario. De esas reuniones salían directrices, se marcaban pautas, se trataba de aglutinar a todo el colectivo campesino, alrededor de un proyecto común que defendiera sus propios intereses. Jamás los agricultores ilicitanos tuvieron tanta influencia y tanto poder en Elche, a través de sus organizaciones creadas por ellos mismos y de la labor personal de algunos de ellos. Funcionaba a las mil maravillas la Comunidad de Labradores, con su Guardería Rural que vigilaba todo el término municipal de Elche, para atajar los desmanes de los ganaderos y evitar, en la medida de los posible, los robos de las cosechas. Habían creado ellos mismos y puesto en funcionamiento Nuevos Riegos El Progreso, que regaban diez mil hectáreas de las mejores tierras del campo de Elche. Tenían LA AGRÍCOLA ILICITANA, la primera organización agraria de carácter reinvindicativo que se creó en el campo de Elche. Y tenían también sus propios representantes en la Corporación Municipal, para que pudieran defender sus intereses profesionales desde el Ayuntamiento. Fue aquella una época en que "les brusetes", (en alusión a la prenda de vestir tan característica de los

campesinos ilicitanos en los pasados tiempos) tenían una gran influencia en la marcha y desarrollo del conjunto de las actividades de nuestra ciudad. Y todos estos logros se consiguieron, en gran medida, gracias a la labor impulsora y organizativa de Vicente Sansano Fenoll, aquel hombre polifacético que supo movilizar el campo con su gran poder de convocatoria. Jamás los campesinos ilicitanos estuvieron tan unidos y fueron tan activos en la defensa de sus propios intereses, movidos e impulsados por este personaje tan carismático, que se mantuvo muchos años en la cresta de la ola en cuanto a sus actividades industriales, comerciales, políticas y periodísticas en nuestra ciudad, a principios de siglo.

Y si por los Domingos por la mañana reunía en su casa a los "sansanistas" más notables del campesinado ilicitano, por las tardes de esos mismos Domingos, acompañado de algunos correligionarios de la población, cogía una tartana y se iban a visitar alguna partida rural, en los lugares donde solían reunirse los agricultores, para pasar el rato con ellos e informarles de todas aquellas cuestiones que tuvieran interés para ellos, de los que recibía también sus quejas y sus reinvindicaciones. Estos contactos frecuentes, con los hombres del campo, le iban granjeando el aprecio y la consideración de los mismos, que veían en Vicente Sansano Fenoll a un hombre que a pesar de ser un importante industrial que vivía en la población, también se preocupaba por los problemas del campo y de los agricultores.

Y esta preocupación le llevó a ocupar cargos destacados en las entidades agrarias más representativas del campo de Elche, como la presidencia de la Comunidad de Labradores, en 1917, así como ser síndico de la misma. Fue también Secretario de Nuevos Riegos El Progreso en 1911. Presidente de la Cooperativa del Campo de Elche en 1925 y Presidente Honorífico de LA AGRÍCOLA ILICITANA, de la que había sido promotor y fundador en Mayo de 1912.

Durante todos estos años, fue el artífice y el impulsor del campo de Elche y de sus gentes, de las que él también formaba parte, pues a pesar de ser un político y un industrial que vivía en la población, tenía intereses agrarios en su calidad de terrateniente, ya que tenía varias fincas rústicas que cultivaba por su cuenta y riesgo. Por

lo tanto, la problemática de la agricultura la conocía muy bien, porque la vivía día a día.

Pero más que la labor que hacía por si mismo, que tenía una gran relevancia, lo más importante de todo, era que consiguió impulsar un gran movimiento campesino alrededor de su persona, como no se había conocido hasta entonces, despertando su espíritu colectivo, que siempre estuvo un tanto aletargado y fomentando la conciencia de su propia estima, como sector productivo, un tanto desvalido y marginado por parte de las fuerzas vivas de la población. Ahora ya estaban más organizados y habían tomado conciencia de su propia fuerza a la hora de reivindicar sus propios intereses profesionales, como agricultores del campo de Elche.

Jamás un solo hombre había hecho tanto por el campesinado ilicitano desde la población.

Vicente Sansano Fenoll, por su manera de ser y de actuar, tenía partidarios acérrimos y detractores viscerales, aunque más de los primeros que de los segundos. Más que renovador, fue casi un revolucionario, nadando siempre contracorriente, pero en una dirección correcta y acertada. Tanto fue así, que el común de las gentes, e incluso sus detractores, al final, todos reconocieron sus méritos y sus iniciativas laudables y sus valores humanos, que puso de manifiesto en multitud de ocasiones. Y en el campo de Elche dejó profundas huellas en la memoria colectiva de sus gentes, por su meritoria labor, a lo largo de muchos años, en defensa de los intereses del sector, que tanto le preocupaba.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

Y AL FONDO LA GUERRA CIVIL*

Cuando empieza esta historia, estábamos en el verano del año 1936. Entonces , Toni Boix Maciá tenía cincuenta y dos años y vivía en la partida del Derramador. A la edad de veintisiete años, se casó con Isabel Pomares Irles y tuvieron tres hijos varones, Pepe, Vicent y Andreu. El mayor tenía 23 años y estaba haciendo el servicio militar en Ceuta, desde que entró en quintas, ya que pertenecía al reemplazo de 1935. Vicent tenía veinte años y Andreu dieciocho y ambos estaban en su casa, ayudándoles a los padres en los trabajos agrícolas, ya que formaban parte de una familia de agricultores ilicitanos de la clase media. Cultivaban tierras propias, como la mayor parte de los agricultores del campo de Elche.

Estas tierras, en su mayor parte, eran de sembradío, aunque también tenían algunos arbolados y estaban situadas en las partidas del Derramador y de Carrizales.

* Hemos querido escribir esta historia ficticia, como un homenaje a todos los jóvenes del campo de Elche, que murieron en los frentes de combate de uno y otro bando, en aquella guerra fratricida, que debió evitarse a toda costa, y que ensangrentó el territorio español, durante cerca de tres años. Y también como un alegato en contra de la propia guerra.

La familia vivía con un cierto desahogo, aunque tampoco nadaba en la abundancia. Casi la totalidad de los trabajos agrícolas, que llevaban a cabo en el cultivo de sus tierras, los hacían ellos mismos, sin necesidad de emplear gente asalariada, lo que suponía una disminución substancial en los costos de cultivo, si bien es cierto que en aquellos tiempos, los agricultores ilicitanos trabajaban muchas horas diarias, sobre todo, en los meses veraniegos, que era cuando se recolectaban las cosechas y había más trabajo.

La vivienda familiar donde habitaban, tenía las mismas líneas arquitectónicas tradicionales y características que habían tenido siempre las casas de campo ilicitanas, con los complementos necesarios para cubrir las necesidades de una explotación agraria familiar, que parecían estar todas cortadas por el mismo patrón: orientadas hacia el sur, techumbre de teja plana a dos aguas, "porxiá" delante, con un rincón a poniente, donde se ponía el carro y otros aperos, corral en la parte trasera, donde estaba la cuadra para las caballerías de labor y las dependencias para las gallinas y los conejos y dos aljibes, uno dentro de la casa y el otro fuera. El primero era para el agua de usos domésticos y el segundo para beber las caballerías y otros usos complementarios. El interior recogía las aguas de lluvia del tejado entre los meses de Octubre y Abril y el de fuera la de las sobras del tejado, de las escorrentías de la era, cuando llovía, y desde hacía unos años, de las aguas de riego de El Progreso y de Riegos de Levante.

De que la Familia Boix se desenvolvía con un cierto desahogo, lo demostraba el hecho de que los tres hijos y el padre tenían una bicicleta a cada uno y de que se habían comprado unos meses antes un aparato de radio de aquellos de caja grande, que se colocaban sobre una mesilla y se enchufaban a la red eléctrica. Lo de la radio, entonces, era una auténtica novedad, pues en el campo había muy pocos y todos se había adquirido después de que Radio Elche, E.A.J. 53 empezó a funcionar dos años antes.

Cuando el día 17 de Julio, los boletines informativos de la radio difundieron la noticia de que las tropas desplazadas en el Protectorado Marroquí, se habían sublevado contra la República, a todos los miembros de la familia Boix, les dio un vuelco el corazón,

ya que tenían allí al hijo mayor "haciendo la mili". En los primeros momentos, la confusión y el nerviosismo era la tónica general, confusión y nerviosismo que iba en aumento a medida que pasaban las horas, ya que las noticias que iban apareciendo a medida que pasaba el tiempo, eran un tanto contradictorias y confusas, y por lo tanto, no se sabía muy bien lo que estaba ocurriendo allí. La sorpresa y la confusión aumentaron mucho más aun al día siguiente, cuando la radio daba noticias a cada momento, anunciando que en la mayor parte de las capitales provinciales de la peninsula, las guarniciones militares se habían sublevado también, así como las de Canarias y Baleares. Había empezado la Guerra Civil más feroz y cruenta que ha padecido España en toda su historia.

Por aquellos días, la Familia Boix, como la mayoría de los agricultores ilicitanos, estaban realizando las labores de trilla, que siempre se llevaba a cabo en el mes de Julio. Entonces, la trilla se hacía en la era y excepto el trabajo de las caballerías, todas las labores se hacían manualmente por los hombres.

El estallido de la sublevación militar, prácticamente, no afectó para nada la continuidad y el desarrollo de los trabajos agrícolas en el campo de Elche. Y en los primeros días, las familias que no tenían ningún miembro en el servicio militar, apenas vieron alterado su ritmo normal de vida. Seguían haciendo los mismos trabajos que hicieron en años anteriores por estas mismas fechas, con la lógica preocupación, por supuesto, por lo que estaba ocurriendo en el país, pero sin tanta crispación y enfrentamiento como estaba ocurriendo en la población, en que desde el primer momento, empezaron las detenciones y los encarcelamientos de aquellas personas más significativas, cuyos ideales políticos eran, manifiestamente contrarios a la República. En el campo también se produjeron algunas detenciones en las mismas fechas, pero eran minoritarias, comparadas con lo que estaba ocurriendo en Elche.

A medida que pasaba el tiempo y no se tenían noticias del hijo que estaba militarizado en Marruecos, en la familia Boix aumentaba el malestar y la preocupación, por lo que le pudiera ocurrir. Trataron de ponerse en contacto con él por todos los medios a su alcance, pero fue inútil, ya que desde el momento de la sublevación, en-

tre el Protectorado Marroquí y la Península, se cortaron completamente las comunicaciones. Así estuvieron tres meses, hasta que a finales de Octubre, recibieron una carta a través de los cauces de la Cruz Roja, y en ella solo se decía que estaba bien de salud y que se encontraba en la Península, sin dar más detalles, pues las cartas se censuraban rigurosamente.

En contra de lo que se pensó en un principio, la guerra se iba alargando más de lo esperado. Tanto el Gobierno de la República como los militares sublevados, pensaban que iba a decantarse a su favor y que finalizaría en un plazo de días, o como máximo de semanas. Pero no fue así. En vista de ello, los militares sublevados, que en un principio, formaron una Junta Militar, presidida por Cabanillas, para dirigir las operaciones de campaña, el uno de Octubre de 1936, nombraron a Franco Jefe del Estado y Caudillo de los Ejércitos sublevados, concentrando en sus manos todo el poder civil y militar.

Como la mayor parte del Ejército se había sublevado, la República, para defenderse, no le quedó más opción, que formar apresuradamente, unidades de milicianos voluntarios, que armados con fusiles, partían hacia los diferentes frentes de combate, sin apenas preparación militar alguna. Gracias a este voluntariado, la República pudo resistir los primeros golpes de las fuerzas militares sublevadas.

Del campo de Elche también salieron algunos de estos milicianos que partieron inmediatamente para el frente, sobre todo, en el Batallón completo que se formó aquí y que llevaba el nombre de la ciudad. Este Batallón lo destinaron al frente de Madrid, en el sector de Carabanchel.

Cada día que pasaba, la lucha se hacía más feroz y visceral, no solo en los frentes de batalla, sino también en ambas retaguardias. Todos los métodos eran válidos con tal de eliminar al contrario o al menos a ponerlo a buen recaudo. Y empezaron las atrocidades, tanto en la zona republicana como en la llamada "zona nacional". A las sangrientas barbaridades de unos, contestaban los otros con barbaridades mayores, en una escalada interminable y macabra. Concretamente en Elche, empezaron a ejecutar a muchos detenidos por

medio de "paseos", a través de unos grupos de ejecutores llamados "los hijos de la noche", que se encargaban de llevar a cabo estos asesinados por las orillas de las carreteras. Aquello fue una orgía de sangre que perjudicó mucho, internacionalmente el prestigio de la República, aunque se justificara en objetiva correspondencia a lo que hacían los "nacionales" en la zona que dominaban, como lo ocurrido en Badajoz y otras localidades.

Como el conflicto se alargaba y no se preveía un final inmediato, todo el esfuerzo humano y material se dedicaba a resistir los embates del contrario. Ciñiéndonos a lo que ocurrió en Elche, el Ayuntamiento se incautó de las propiedades rústicas más grandes del campo de Elche que pertenecían a terratenientes de la población de ideología política contraria a los postulados de la República, que pasaron a cultivarlas por su cuenta y riesgo de la Corporación Municipal, en lo que se denominó el "Control". Los productos alimenticios que se cosechaban en estas propiedades incautadas, se destinaban para abastecer las fuerzas combatientes en los frentes de batalla. En cuanto a los productos que cosechaban los agricultores en sus propiedades, los vendían en los canales de comercialización que existían en aquellos tiempos.

Por otra parte, tanto El Progreso como Riegos de Levante, continuaron suministrando agua de riego sin ninguna dificultad, como antes de empezar la guerra. También funcionaba normalmente la Comunidad de Labradores cuya Guardería Rural salía, con su armamento, a vigilar el campo todos los días. Todo seguía exactamente igual que antes, excepto que a medida que pasaba el tiempo, iban disminuyendo los brazos disponibles para cultivar la tierra, ya que muchos jóvenes agricultores se iban marchando a los frentes, según se iban movilizando sus quintas o voluntariamente, en los primeros meses de la guerra, ya que el Gobierno Republicano tenía que ir cubriendo las bajas producidas en la guerra y reforzando sus defensas, con nuevas unidades de combatientes y con nuevo armamento.

En la familia de Toni Boix, la angustia y la preocupación iba en aumento, a medida que pasaba el tiempo y la guerra continuaba con más encarnizamiento y ferocidad, no solo por el hijo mayor que tenían luchando en el Ejército Franquista, del que recibían muy

pocas noticias y siempre por los cauces de la Cruz Roja, sino también por que tal como se iban desarrollando los acontecimientos, los otros dos hijos, no tardarían mucho tiempo en ser movilizados, como así ocurrió en el mes de Agosto de 1937, que llamaron al reemplazo del 37, al que pertenecía Vicent y unos meses después la del 39, a la que pertenecía Andreu. A Vicent lo destinaron al frente del Centro y a Andreu al frente de Aragón, después de un breve periodo de instrucción militar que se llevaba a cabo en la retaguardia. De esta manera, Toni Boix y su esposa, de la noche a la mañana, se quedaron solos en la casa de campo, sin nadie que les ayudara a realizar los trabajos agrícolas que tenían que hacer en sus tierras todos los días, al estar los tres hijos en los frentes de batalla, uno en la "zona nacional" y los otros dos en la zona republicana, es decir, luchando y matándose unos hermanos contra otros.

De los dos menores recibían noticias con frecuencia, pero del mayor muy de tarde en tarde, y siempre noticias breves y escuetas, sin el menor detalle de la unidad a que pertenecía, ni el lugar exacto donde se encontraba, ni tampoco la menor referencia a combates en los que tomaba parte, ya que esta correspondencia estaba severamente censurada por los militares, que no dejaban pasar el menor indicio que hablase de la guerra.

En un principio, la contienda empezó como una Guerra Civil entre españoles, pero pronto se internacionalizó, primero por la ayuda en hombres y material de guerra que Italia y Alemania le prestaba al Ejército de Franco, en grandes cantidades, y un poco después por las Brigadas Internacionales de Voluntarios que acudieron a España en defensa de la República. En vista de esta internacionalización de la guerra en suelo español, el Comité de No Intervención que se creó bajo los auspicios de la Sociedad de Naciones, dictaminó que todas las fuerzas extranjeras que combatían en España, en uno y otro bando, se retiraran de la lucha, para que ésta se dilucidara solamente entre españoles. La República aceptó este mandato disolviendo las Brigadas Internacionales, pero no lo hizo Franco, que continuó recibiendo una ayuda masiva por parte de Italia y Alemania. Desde ese momento, quedaba meridianamente claro, que más pronto o más tarde, la guerra la ganarían los "nacionales" que luchaban en condiciones ventajosas, respecto a los republicanos. La

única posibilidad que tenía la República de ganar la guerra, era que antes de que fuera demasiado tarde, empezase la Guerra Europea que se estaba gestando y que los aliados occidentales se volcaran en la ayuda de su causa, ya que estaba luchando contra sus potenciales enemigos.

Toni Boix y su esposa vivían siempre con el alma en vilo, por tener los tres hijos expuestos a graves peligros. Todos los días se acercaban al pueblo y pasaban por la oficina de correos, que entonces estaba en lo que hoy se llama calle Hospital, para ver si había carta de alguno de sus hijos. También escuchaban la radio todos los días, para poder seguir el curso de la contienda, aunque los partes de guerra siempre hablaban de victorias militares, lo mismo los que emita el Cuartel General de las tropas franquistas que estaba ubicado en Burgos, que los que emitía el Gobierno Republicano desde Valencia, donde tuvo su sede durante bastantes meses. Pero un observador imparcial, no podía menos que reconocer que las tropas franquistas iban ganando posiciones, y de continuar así las cosas, al final ganarían la guerra, por muchos esfuerzos que hiciera la República en una defensa numantina, que resultaría inútil si las circunstancias internacionales no daban un vuelco radical.

Y mientras, en el campo de Elche, la actividad agrícola estaba semiparalizada, ya que solo quedaban para trabajar mujeres, hombres mayores y niños.

Pero lo peor de todo, más que la semiparalización de la agricultura, era que con demasiada frecuencia se recibían tristes noticias de jóvenes campesinos que morían en los frentes de combate, lo cual acentuaba más aun la zozobra de Toni Boix y su esposa, que siempre estaban esperando lo peor. Y lo peor llegó en Abril de 1938, al recibir un telegrama de la Cruz Roja comunicándoles que su hijo mayor había muerto luchando en el asedio de Madrid. Aquello fue un golpe terrible para los dos que se quedaron anonadados. A partir de esos momentos, después de acusar el golpe tan brutal que habían recibido, aumentó aun más su desesperación, al tener dos hijos más en el frente, que podían correr la misma suerte.

En Diciembre de 1937, las fuerzas republicanas reconquistaron Teruel, después de encarnizados combates, en medio de la nie-

ve y con unas temperaturas bajísimas, hasta el extremo de que muchos soldados sufrieron congelaciones en sus extremidades. La lucha fue feroz y se produjeron muchas bajas en uno y otro bando.

Pero al cabo de pocos días, Franco concentró en aquel sector grandes cantidades de tropas y material de guerra, y en una fuerte batalla de desgaste, entró en Teruel de nuevo, iniciando un avance espectacular hacia el sur que no terminó hasta que alcanzó el Mediterráneo, en las proximidades de Vinaroz, dividiendo la zona republicana en dos mitades. Andreu, el hijo más pequeño de Toni Boix, se quedó en Cataluña, separado del resto del territorio que aun dominaba la República.

Unos meses después, concretamente, a finales de Julio de 1938, el Ejército de la República de la zona catalana, quiso restablecer la situación y concentró las mejores tropas y el mejor material que le quedaba allí y cruzó el Ebro, a la altura de Tortosa, estableciendo una cabeza de puente de poca profundidad. Prosiguieron el avance durante dos días, hasta que las tropas franquistas contraatacaron para recuperar el terreno perdido, en una de las batallas más sangrientas de toda la guerra, batalla que duró tres meses de encarnizados combates. Hubo lomas y montículos que pasaban de unas manos a otras en unas horas. Se conquistaban, se perdían, se volvían a conquistar, se volvían a perder, y así sucesivamente, con una ferocidad inaudita, con multitud de bajas por los dos bandos contendientes, que derrocharon valor y heroísmo a raudales. Y entre las bajas del bando republicano estaba Andreu, el hijo menor de Toni Boix, que figuraba como desaparecido.

Cuando el Ayuntamiento de Elche le comunicó, oficialmente, la desaparición de su hijo en la Batalla del Ebro, fue como un mazazo del que tardaron mucho tiempo en recuperarse, ya que lo sintieron mucho más aun que cuando se enteraron de la muerte del mayor, pues se trataba del benjamín, y como tal, el más querido y mimado por sus padres. Aquello ya era demasiado, perder dos hijos en el espacio de pocos meses, en aquella guerra maldita, que tantas vidas estaba costando ya, entre la juventud española.

Toni Boix y su esposa estaban entristecidos y desconsolados por la pérdida de sus dos hijos. El mundo parecía habérseles caído

encima y perdieron la ilusión y hasta los deseos de vivir. Tantos trabajos y tantos esfuerzos para sacar adelante a su familia, para que no les faltara de nada a sus tres hijos, y dos de ellos murieran de aquella manera tan absurda, en aquella guerra maldita, en plena juventud. Ciertamente, les quedaba el consuelo de que vivía aun uno de sus tres hijos, pero tal como estaban las cosas, no tenían la seguridad de que no le pasara lo mismo que a los otros dos hermanos.

Ahora, lo que deseaban fervientemente era que terminara de una vez aquella locura bélica, sin importarles, un ápice quien la ganara o quien la perdiera, pues al fin y al cabo, ellos después tendrían que continuar cultivando la tierra, como habían hecho siempre, ya que pasaban de la política y lo único que querían era poder vivir tranquilos y en paz.

La victoria de las tropas de Franco en la encarnizada Batalla del Ebro, supuso el principio del fin de la guerra, a favor de las facciones. A partir de esos momentos, se aceleró la conquista de la totalidad de Cataluña, y con la pérdida de Barcelona, donde estaba el Gobierno Republicano, la desbandada hacia la frontera francesa, de los restos del ejército vencido y diezmado, así como la de los responsables políticos, fue general. Y una vez perdida la totalidad de Cataluña, el Gobierno Republicano, (Azaña, el Presidente de la República, se había exiliado en Francia, al abandonar Barcelona, donde murió unos meses después de terminarse la guerra), trató de conseguir de Franco un armisticio pactado, lo más honroso posible, a lo que Franco contestó que lo único que aceptaba era una rendición incondicional, hecho que ocurrió el 1 de Abril de 1939, después de publicar en Burgos aquel célebre parte de guerra, lacónico y escueto, que comunicaba el final de la contienda. Por fin, la pesadilla había terminado.

Cuando el día antes, las tropas italianas entraron en Elche, camino de Alicante, en plan triunfal, con el regocijo y la inmensa alegría de los partidarios del Régimen Franquista, una gran tristeza invadió a Toni Boix, su esposa y su hijo Vicent, que unas horas antes había llegado a Elche, procedente de Guadalajara, al haber abandonado su unidad dos días antes, cuando los mandos militares huyeron, ante el inminente final de la Guerra. Tuvo mucha suerte al

poder coger un camión militar que le condujo hasta Alicante, donde llegó a media noche. Desde Alicante hasta el Derramador caminó a pie, por la vía del ferrocarril, en cuyo trayecto invirtió cinco horas. Llevaba más de treinta horas sin comer nada.

Cuando llegó a su casa, eran las seis de la mañana del día 31 de Marzo. Sus padres quedaron gratamente sorprendidos por su llegada, que no esperaban tan pronto. Hacía seis meses que no les veía, ya que el último permiso de solo tres días que le concedieron, fue a mediados del mes de Octubre de 1938. Había estado en el frente de Guadalajara diecinueve meses seguidos, un frente relativamente tranquilo desde la Primavera del 37, cuando el descalabro de las tropas italianas, que intentaron completar el cerco de Madrid por la parte del este.

Con el final de la Guerra, y con España empobrecida y depauperada, la mitad de los españoles se mostraban exultantes y la otra mitad entristecidos, unos por que la habían ganado y otros porque la habían perdido, aunque la realidad, la perdieron todos, porque en las guerras civiles, como aquella, todos salieron derrotados y vencidos, pues en los dos bandos hubo centenares de miles de muertos y heridos, además de los cuantiosos daños materiales que se produjeron. Pero lo peor de todo, fue el desgarro social y el odio que se había generado entre unos y otros, a causa de la contienda y de sus consecuencias.

Pero en el caso concreto de Toni Boix y su familia, sin ninguna militancia política, que se llevaban bien con todo el mundo, que respetaban todas las ideologías y que solo se dedicaban a trabajar todos los días en el cultivo de sus tierras, habían pagado un precio muy alto a consecuencia de aquella locura colectiva, que se apoderó de España, durante unos años. Por aquel fanatismo y aquella radicalidad, que llegó al extremo de dividir a los españoles en dos bandos enfrentados e irreconciliables, matándose como perros en una guerra absurda.

Desde que terminó la guerra, Toni Boix, valiéndose de unas amistades que tenían una cierta influencia en las autoridades del nuevo Régimen, incidió las gestiones con el fin de conseguir traerse a Elche los restos mortales de su hijo mayor, que luchó con las

tropas franquistas. la cuestión era muy complicada y tuvo que esperar más de seis meses para conseguirlo. Pero por fin lo logró, después de muchas gestiones y muchos trámites burocráticos, llevados a cabo por medio del Ayuntamiento, que se interesó mucho por esta cuestión. De esta manera, los restos de su hijo Pepe, pudieron ser trasladados al cementerio de Elche, donde estaban enterrados otros familiares. Esto, al menos, sirvió de consuelo a sus padres.

Intentaron también recuperar los restos de su hijo Andreu, que murió en la Batalla del Ebro, pero les fue imposible, ya que resultaron infructuosas las gestiones llevadas a cabo en este sentido. En los archivos del Ejército, figuraba como "desaparecido en combate", sin más detalles. Con tan pocos datos, no se pudo sacar nada en claro. Con el desbarajuste de la retirada, se extraviaron los documentos de la unidad en la que estaba encuadrado, perdiéndose la pista de Andreu.

Tuvieron que rendirse a la evidencia, aunque les costó mucho aceptar esta nueva contrariedad que les traumatizó durante muchos años y aceptarlo como un daño irreparable, que no olvidarían nunca.

MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

CARA Y CRUZ DE LA GANADERÍA ILICITANA

En el campo de Elche, hubo ganaderos desde tiempo inmemorial, que se dedicaban a cuidar rebaños de pastoreo, particularmente, en la variedad de ovino, que es tanto como decir que existían algunas zonas donde habían pastos abundantes para alimentar esta clase de rebaños. Tanto fue esto así, que existen muchas referencias escritas en las actas municipales de los siglos XIV y XV, en las que se dice que algunos ganaderos ilicitanos se quejaban de que los ganaderos foráneos que traían sus rebaños a pastar en las praderas de Elche, cometían muchos abusos y no respetaban las normas municipales establecidas para regular estas actividades.

Cuando se comprobaba fehacientemente que se cometían irregularidades en este sentido, el Concejo les imponía las sanciones correspondientes.

Hay que tener en cuenta, que desde el siglo XIII en que el Rey de Castilla Alfonso X, el Sabio, estableció los Concejos de la Mesta, los ganaderos españoles gozaban de muchos privilegios, hasta el

extremo de que eran prácticamente intocables. De ahí los muchos abusos que cometían con sus rebaños. Fue aquella la época en que se trazaron por todo el territorio nacional, una tupida red de vías pecuarias, tales como cañadas, veredas y cordeles, para que los rebaños trashumantes pudieran trasladarse de unas comarcas a otras, en busca de pastos frescos y de climas más templados en los fríos meses invernales. Por esas circunstancias, el campo de Elche también era receptor, en invierno, de algunos rebaños de La Mancha y del Bajo Aragón que venían a invernar en los meses más fríos, por unas veredas que han sido visibles hasta tiempos recientes.

En aquella época, donde más abundaban los pastos en el campo de Elche, era en Balsallarguera, (lo que hoy se conoce como Carrizales, que fueron terrenos comunales hasta su colonización, a mediados del siglo XVII), en los Saladares y en lo que es hoy la Partida de San José, que durante mucho tiempo fueron praderíos.

Los abusos de los ganaderos llegaron a tales extremos, que el Gobierno se vio obligado a publicar una Ley con fecha del 8 de Julio de 1898, en virtud de la cual, podían crearse Comunidades de Labradores, cuya principal finalidad consistía en la organización de Guarderías Rurales, que tenían como principal misión el custodiar las propiedades y cosechas de los agricultores, ante los desmanes de los ganaderos. En virtud de esa Ley, los propietarios de fincas rústicas del campo de Elche, crearon la Comunidad de Labradores, con fecha de 24 de Junio de 1900. Acto seguido, pusieron en pie una Guardería Rural compuesta de veinte guardas y un cabo, para evitar, en la medida de los posible, tales abusos y desmanes.

Los ganaderos protestaron airadamente, la creación de esta guardería, incluso, trataron de suspender en sus funciones a la comunidad recién instituida, pero no lo consiguieron, y después de un breve paréntesis de inactividad, los guardas rurales continuaron vigilando el campo, después de dos meses de suspensión cautelar.

A partir de entonces, los ganaderos ya tuvieron que ser más respetuosos con las propiedades y cosechas de los agricultores, ya que de lo contrario, los guardias los sancionaban con arreglo a lo que establecían las Ordenanzas de la Comunidad.

En el campo de Elche, durante mucho tiempo, los ganaderos profesionalmente, lo eran a dedicación exclusiva y había muy pocos que tenían la doble condición de agricultores y ganaderos. No obstante, en la mayoría de las casas de campo, solía haber varias ovejas y una cabra. De las ovejas aprovechaban la lana para rellenar los colchones y las almohadas y de la cabra aprovechaban la leche para consumo doméstico. También solía haber algunas gallinas y conejos para aprovechar la carne y los huevos en el consumo familiar y no en plan de negocio. Los conejos los alimentaban con las malas hierbas de los bancales y las gallinas con la cebada y el maíz de la propia cosecha. Del cuidado de estos animales domésticos, solían encargarse los chicos y las chicas, hasta que tuvieran edad para ayudar a los padres en los trabajos agrícolas, ya que hasta hace pocas décadas, no estaban escolarizados, por la sencilla razón de que no había colegios de ninguna clase en el medio rural, y por consiguiente, los jóvenes de uno y de otro sexo, desde la más temprana edad, se ocupaban realizando trabajos complementarios en el propio hogar familiar. Había que aprovechar todas las energías y capacidades de la totalidad de los miembros de la familia, para asegurarse la subsistencia, en unas épocas en que los ingresos eran escasos y provenían exclusivamente de los productos cosechados en las tierras que cultivaban, cosechas que no siempre fueron abundantes y generosas, sino todo lo contrario.

La ganadería en el campo de Elche, siguió por esos derroteros hasta mediados del presente siglo. Pero a partir de esos momentos, dio un giro de ciento ochenta grados, siguiendo la dinámica del conjunto de la ganadería nacional. Todo empezó a raíz del convenio de ayuda y colaboración que firmó el Gobierno Español con Estados Unidos, en el año 1953, después de varios años de ostracismo y marginación a que fue sometido nuestro país en el concierto internacional, por motivos políticos.

España, que aun no había restañado del todo las heridas producidas por la Guerra Civil, se vio aislada internacionalmente y desabastecida de casi todos los productos básicos para un desarrollo normal, este convenio le sirvió para reponerse de su precaria situación, aunque tuvo la contrapartida negativa de tener que aceptar la instalación en nuestro territorio de varias bases militares ameri-

canas, que aunque se decían de utilización conjunta, en realidad, eran estrictamente americanas y servían para defender sus propios intereses estratégicos, frente a Rusia durante la época de la Guerra Fría. Pero lo cierto fue que a partir de la firma de este tratado, los americanos empezaron a mandarnos trigo, leche en polvo y otros alimentos básicos que nos hacían mucha falta. Y nos mandaron también las fórmulas de los piensos compuestos, que revolucionaron por completo la nutrición de la cabaña nacional, que se hizo más variada y extensiva en todo el país, incluido el campo de Elche, que acogió con entusiasmo el nacimiento de una ganadería nueva y variada, alimentada por otros procedimientos muy diferentes a los tradicionales.

Como primera medida de buena acogida a esta trascendental renovación ganadera, se montaron en el campo de Elche dos fábricas de piensos compuestos, LEPSA y AGRUPOR. La primera, que estaba situada en Algorós, era de capital privado y la segunda, ubicada en el Llano de San José, era Cooperativa y distribuía piensos a sus asociados.

Una nueva época histórica nacía para la ganadería ilicitana, con grandes posibilidades de futuro. Era aquel un campo nuevo sin explotar aun y un tanto desconocido para los agricultores ilicitanos, futuros ganaderos, que se embarcaban en una aventura incierta.

Miquel Tarí Gómez, tenía cuarenta años y vivía en la partida de Matola y había sido pastor toda la vida. Tenía un rebaño de ovejas, que sacaba a pastar todos los días por las proximidades de su casa, en aquellas propiedades que contaba con la autorización de sus dueños, que le cedían estos pastos, generalmente, a cambio de estiércol. Durante el Verano, se proveía de alfalfa seca y otros piensos similares, para alimentar el rebaño los días en que por la lluvia u otras causas, las ovejas no podían salir del corral.

Con los ingresos que le proporcionaba su rebaño, no podía hacer una gran fortuna, pero al menos podía mantener a su familia. No obstante, se cansó de ser pastor quiso cambiar de modalidad de ganado, pues le parecía una obligación muy esclavisante el tener que estar pendiente de las ovejas todos los días del año y se dejó arrastrar por la corriente de la nueva modalidad ganadera. Así es

que vendió las ovejas y montó una granja de patos para producir huevos. Por aquellos tiempos de escaseces y privaciones, los huevos de pato tenían bastante aceptación, pues se vendían más baratos que los de gallina. Por supuesto, que los huevos de gallina eran más apetecibles que los de pato, pero en aquella época, la gente con pocos recursos económicos, miraba más el precio que la calidad de los productos que consumía.

Lo primero que hizo Miquel Tarí, al montar la granja de patos, fue hacerse socio de AGRUPOR, y empezar a gastar piensos compuestos para alimentarlos. Esto le resultaba mucho más cómodo que sacar todos los días las ovejas a pastar, pero también más caro. Esta comodidad tenía su contrapartida en un incremento de costos en el mantenimiento de la granja.

Los huevos que ponían los patos, se los vendía a unos recoveros que se dedicaban a este negocio, y que pasaban a recogerlos tres veces por semana.

Con el paso del tiempo, al incrementarse un poco el nivel de vida de las gentes, el consumo de huevos de pato fue disminuyendo rápidamente, hasta desaparecer por completo, al mismo tiempo que aumentaba el consumo de huevos de gallina, que eran un poco más caros pero de un sabor más agradable. Y en consecuencia, al perder mercado y precio, esta clase de huevos, las granjas de patos dejaron de ser rentables, y por lo tanto, poco a poco desaparecieron del campo de Elche.

Ante esta circunstancia negativa, Miquel Tarí hizo lo mismo que hicieron otros muchos que estaban en sus mismas circunstancias: vendió los patos y compró gallinas ponedoras y pollos para carne, que era la moda de aquel momento. Como tenían que estar separados unos de otros, tuvo que ampliar sus instalaciones y comprar jaulas apropiadas para que las gallinas ponedoras tuvieran las condiciones de habitabilidad apropiadas y no desperdiciaran los huevos. Continuó consumiendo piensos compuestos suministrados por AGRUPOR, de dos clases distintas, ya que las gallinas ponedoras se alimentan de un pienso diferente al de los pollos de carne.

Al principio, el negocio iba viento en popa y se ganaba dinero con la crianza de esta clase de animales, pues tanto los huevos de

gallina como la carne de pollo, se vendían a buenos precios y había mucha demanda para ambos productos. Por eso no era de extrañar que esta clase de pequeñas granjas de aves de corral, se multiplicaran por toda la geografía agraria del campo de Elche a un ritmo acelerado. Fue la época en que se popularizó tanto el consumo de carne de pollo, que se puso al alcance de todas las mesas y de todos los bolsillos. Hasta entonces, el comer carne de pollo había sido todo un lujo, pero en la década de los años sesenta, la carne de pollo, guisada de diferentes maneras, se convirtió en el plato del día de casi todos los hogares españoles. Pero con la llegada de los piensos compuestos, los pollos se producían en cantidades industriales y su carne se abarató mucho, de ahí el que se incrementase su demanda.

Así las cosas, surgieron unas grandes empresas que montaron granjas de grandes dimensiones en Cataluña, particularmente en la comarca de Reus, que abarcaban todo el proceso de producción de carne de pollo y huevos de gallina. Tenían fábricas de piensos compuestos propias, cuyos elementos, al comprarlos en grandes cantidades, los adquirían más baratos. Tenían también sus incubadoras que abastecían de pollitos los departamentos de pollos para la matanza, que sacrificaban en sus propios mataderos y los ponían en los mercados consumidores a través de su red de vehículos distribuidores. Y lo mismo hacían con los huevos de gallina que producían. Así, de estas granjas monstruosas, salían diariamente, para los mercados consumidores muchos miles de pollos y de docenas de huevos de gallina, que saturaban el mercado nacional, a unos precios tan baratos que resultaba imposible competir por las granjas pequeñas, como las de Miquel Tarí, que solo abarcaban una parte de la producción, con la particularidad de que los costos de crianza eran mucho más elevados. También tenían más bajas, al no disponer de unas condiciones sanitarias tan estrictas como las que tenían las granjas mayores, con su red de veterinarios especializados que estaban a su servicio, para inspeccionar, en todo momento, tanto la fabricación de piensos como la crianza de las aves.

Como suele ocurrir siempre en esta lucha desigual, el pez grande se come al chico, y en este caso, las granjas pequeñas, al ir perdiendo poco a poco la rentabilidad, que tuvieron en un princi-

pio, fueron desapareciendo del campo de Elche en el espacio de pocos años, entre ellas, la de Miquel Tarí, que se vió obligado a desmantelarla.

En los primeros años de la década de los sesenta, una vez que la crianza de pollos de carne y de gallinas ponedoras entró en franca decadencia, al disminuir su rentabilidad, se puso de moda en el campo de Elche y en otras comarcas, la crianza de ganado porcino, hasta el extremo de que en la mayoría de las viviendas rurales ilicitanas, había algunas cerdas reproductoras o cerdos de engorde. De esta manera, un gran porcentaje de campesinos ilicitanos de la clase media, tenían la doble condición de agricultores y ganaderos al mismo tiempo, cosa que no había ocurrido hasta entonces. En consecuencia, el consumo de piensos compuestos se incrementó tanto, que las dos fábricas de Cartagena y de la provincia de Valencia, también tenían un distribuidor aquí que suministraba pienso en franca competencia con las fábricas locales. Y en el plazo de pocos años, toda la geografía agraria ilicitana se llenó de establos y cochiqueras, de mayor o menor tamaño, según las necesidades de cada ganadero. Y lo que ocurrió en el campo de Elche ocurrió también en la provincia de Murcia y en algunas comarcas de Cataluña, en las mismas que había también granjas de pollos y gallinas ponedoras.

Miquel Tarí, dejándose llevar por lo que entonces era una tendencia generalizada, se hizó también ganadero de porcino, jugando cada vez más fuerte y haciendo nuevas inversiones, al ampliar sus instalaciones. Así modificó las naves donde había tenido la volatería y las convirtió en cochiqueras, donde colocó trescientos lechones de dos meses de edad, que adquirió para iniciar el proceso de engorde.

Como el consumo de piensos compuestos iba aumentando de día en día, creyó que lo más conveniente era montarse un pequeño molino, ya que así le resultaría más barato que el que le suministraba AGRUPOR. Compró la maquinaria necesaria para la instalación del molino y montó también dos silos pequeños para ir almacenando las dos variedades de pienso que necesitaba, a medida que lo fabricaba. Y con el asesoramiento de un veterinario, mezclaba los elementos precisos, incluidos los correctores, con los porcentajes apropiados, para obtener la variedad de pienso que precisaba a cada

momento del proceso de engorde, proceso que duraba alrededor de los cuatro meses.

En los primeros meses de su nueva actividad, Miquel Tarí gastó mucho dinero para poner en marcha su nueva empresa ganadera, que ya iba adquiriendo un gran volumen, y no tuvo ingresos hasta que empezó a vender los primeros cerdos cebados. A partir de entonces, los gastos y los ingresos se fueron equilibrando, aunque siempre tenía unas cantidades inmovilizadas que no se convertían en dinero en efectivo hasta que realizase las ventas.

La carne de cerdo, en aquellos tiempos, sufría muchas oscilaciones en su precio, con períodos de unos dos años en más y en menos. Pero en su conjunto, abarcando temporadas largas, la ganadería porcina fue rentable, tanto en el engorde como en las cerdas reproductoras.

Otra circunstancia digna de reseñar, es que hubo algunos problemas sanitarios que ocasionó algunas bajas a causa de la glosopeda, que era muy difícil de combatir. En algunas ocasiones llegó a causar estragos en el ganado porcino, con grandes pérdidas económicas.

No obstante, la crianza de los cerdos dejaba algunos beneficios, hasta que las cosas empezaron a cambiar, cuando la producción de carne de cerdo aumentó mucho y los precios se vinieron abajo, al ser superior la oferta a la demanda. Ocurrió exactamente lo mismo que había ocurrido unos años antes con la carne de pollo. De esa manera, lo que durante veinte años fue un negocio rentable, se convirtió en un negocio ruinoso.

Y para más inri, la depreciación de la carne de cerdo coincidió con el encarecimiento de los piensos compuestos, lo que aun hacía más difícil mantener esta actividad ganadera, que iba entrando en una decadencia irreversible, hasta el extremo de que toda aquella euforia que hubo en el campo de Elche durante unos años, por la ganadería de estabulación, como complemento de la agricultura, se vino abajo por completo en poco tiempo.

Y consecuentemente, Miquel Tarí, como otros muchos ganaderos ilicitanos, tuvo que abandonar la actividad y abandonar las instalaciones que con tanto esfuerzo había levantado.

Pero a sus sesenta años, no iba a cambiar de profesión, y como siempre había sido ganadero y no sabía hacer otra cosa, quiso continuar siéndolo hasta que se jubilase, aunque en otra clase de ganado diferente. Y pensó montar una vaquería para producir leche, que a la sazón se pagaba a unos precios bastante aceptables.

Para poner en práctica este nuevo proyecto ganadero, tuvo que modificar otra vez sus instalaciones, para adaptarlas a las necesidades de una granja de estas características. Y después de llevar a cabo las obras de reforma necesarias, se desplazó a Cantabria donde adquirió veinte vacas lecheras que ya estaban en producción, con un coste bastante elevado, por ser de excelente calidad, y se las trajo a Elche en unos camiones acondicionados para estos fines. De esta manera, dió comienzo su nueva aventura ganadera, pero esta vez orientada a la producción de leche.

Lo primero que hizo fue ponerse en contacto con una central lechera ubicada en la provincia de Valencia, que ya estaba introducida en el campo de Elche, para que pasara todos los días a recoger la leche que producían sus vacas, como recogía la de otras vaquerías cercanas.

Por aquellos tiempos, en el campo de Elche había unas treinta vaquerías idénticas a la de Miquel Tarí, con una producción de leche aproximada de quince mil litros diarios.

Las vacas lecheras, al contrario de lo que ocurre con los cerdos, consumen pocos piensos compuestos y muchos piensos naturales y frescos a base de alfalfa y otras variedades de forrajes, muchos de los cuales, tenía que ir a buscarlos a cierta distancia de su casa, donde se producían, con el consiguiente costo de transportes. Como él ya tenía bastante con cuidar las vacas y ordeñarlas, (en aquellos tiempos se ordeñaban manualmente, al contrario de lo que ocurre hoy, que disponen de ordeñadores mecánicos) tuvo que buscar un hombre a sueldo, para que le ayudara en estos trabajos complementarios, lo que suponía otro gasto añadido a la explotación ganadera, No obstante, los primeros años, la vaquería fue rentable y aunque no le reportaba grandes ingresos, al menos, le producía para mantener la familia y seguir viviendo con un cierto desahogo, pero trabajando doce o catorce horas diarias, todos los días del año, incluidos domin-

gos y festivos, lo que le suponía una cierta esclavitud, muy superior a la que sufrió en su juventud, cuando tenía rebaño de ovejas.

Pero al cabo de unos años, se llegó a la conclusión de que las vacas lecheras en el campo de Elche, estabuladas y alimentadas con forrajes de acarreo, no podían competir con las vacas de Asturias o de Cantabria, que pastaban sueltas en los praderíos verdes y jugosos, con un coste inferior en su alimentación. Estaba claro, que en la Cornisa Cantábrica, producir un litro de leche costaba mucho menos que la producida en el campo de Elche, con la particularidad de que todos la vendían al mismo precio a las centrales lecheras. En la época en que habían grandes beneficios, esto se podía tolerar, pero cuando los beneficios se redujeron al mínimo, se llegó a un momento en que las vaquerías en el campo de Elche se hizo insoportable, se hizo insostenible, hasta el extremo de que a final de la década de los ochenta, desaparecieron todas de la comarca de Elche.

Miquel Tarí, muy a su pesar, tuvo que rendirse a la evidencia y desmanteló la vaquería. Resistió mientras pudo, pero se cansó de luchar contra corriente, como hicieron todos los demás que estaban en sus mismas circunstancias.

Para sacarle algún rendimiento a las instalaciones que había construido, primero para albergar los cerdos y después las vacas lecheras, hizo algunas reformas y las convirtió en dos locales de unos trescientos metros cuadrados cada uno. Tan pronto los tuvo acondicionados, los alquiló a un industrial de Elche que montó allí unos talleres de calzado, mediante el pago de una alquiler de cien mil pesetas mensuales. Con este dinero y con la pensión que ya cobraba de la Rama Agraria de la Seguridad Social, se mantuvo los últimos años de su vida.

Lo que le ocurrió a Miquel Tarí, le ocurrió a otros muchos ganaderos del campo de Elche, que conocieron la cara y la cruz de la ganadería ilicitana, en su florecimiento y decadencia.

La ganadería intensiva, en el campo de Elche, en sus distintas modalidades, duró treinta años, (del 1955 al 1985). Después de esas fechas, quedó reducida a lo que había sido siempre, desde tiempo inmemorial: a los rebaños de pastoreo, de ovino y caprino. Y esta

modalidad de ganadería, no ha desaparecido también del todo, por la sencilla razón de que la U. E. desde hace unos años, concede una subvención anual para esta clase de ganadería. De no ser por estas ayudas, hubieran desaparecido también, como desapareció la ganadería intensiva.

De esos años florecientes de la ganadería ilicitana, solo quedan en pie algunas cuadras y cochiqueras, como mudos testigos de una actividad complementaria de la agricultura y que marcó toda una época que duró tres décadas y que ya es historia.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

CUANDO EL CAMPO DE ELCHE, CAMBIO DE ASPECTO

Cuando el día nueve de Enero de 1910, se regaron las primeras aguas dulces en la Marina, de los sobrantes de la Vega Baja del Segura, y distribuidas por la Sociedad Nuevos Riegos El Progreso, que se fundó exprofeso para estos fines, cuatro años antes, se inició una nueva etapa más próspera para la agricultura ilicitana, ya que esta fecha, marca la divisoria entre lo que siempre habían sido tierras de secano, que se iban a convertir en regadío, aunque estas nuevas aguas que a partir de entonces se iban a utilizar para riego, fueran aguas de sobrantes, y por consiguiente, no existía la seguridad de que se pudiese disponer de ellas en todo momento.

No obstante, fue un salto cualitativo muy importante para el campo de Elche y su desarrollo agrícola. Esa fecha marcó un antes y un después. Un antes siempre pendientes de las nubes, que aquí se mostraron siempre un tanto reacias a prodigarse con las lluvias benéficas, y un después en que ya no estaban acondicionados por los caprichos de la meteorología y se podía regar con una cierta regularidad las resecas tierras de estos campos.

El Progreso, en esta primera fase, solo disponía de una concesión de agua de ochenta litros por segundo de los sobrantes de las Pías Fundaciones del Cardenal Belluga, para poner en regadío quinientas hectáreas de tierra de las pedanías de La Marina y el Molar. Pero en vista del éxito obtenido en esta operación inicial, (que coincidió precisamente, en la época central de aquella terrible sequía que castigó a toda esta zona de 1907 a 19149, El Progreso amplió su capital, solicitó nuevas concesiones de agua de la misma procedencia, hasta un total de mil litros por segundo, e hizo nuevas canalizaciones hacia el norte, por la parte central del término municipal, hasta alcanzar una zona regable de unas diez mil hectareas, de las mejores tierras del campo de Elche, tierras que empezaron a regarse, en todo su conjunto, en 1915. Aquellos nuevos regadíos y el método empleado para elevar las aguas por el sistema de bombeo, tuvieron una resonancia nacional, por lo novedoso del procedimiento.

Nuevos Riegos El Progreso, fue una entidad estrictamente ilicitana en cuanto a su financiación, proyección, gestión y zona regable en su totalidad, comprendida en tierras del campo de Elche.

En vista de que la traída de agua por El Progreso había sido todo un éxito, y por consiguiente, una gran resonancia, unos años después se creó en Madrid la Real Compañía de Riegos de Levante, con el propósito de poner en regadío cuarenta mil hectáreas de tierras de diez términos municipales del sur de la provincia de Alicante, de las cuales, la mitad pertenecían al campo de Elche. Para estos fines, la Administración le otorgó tres concesiones de agua, con un total de 7.700 litros por segundo, de los sobrantes de la Vega Baja del Segura. Esta importante obra duró cuatro años y el 31 de Enero de 1923, se inauguraron por el Rey Alfonso XIII y acto seguido empezaron la distribución de estas aguas.

Hasta entonces, de las 33.576 hectáreas de tierra que componen el término municipal de Elche, solo se regaban una décima parte alrededor de la población, a uno y otro lado de la Rambla, con las aguas salitrosas que discurren por la misma, en la margen derecha a través de la Marchena y en la margen izquierda por la Acequia Mayor del Pantano. Y en esta zona regable solo había olivos, palmeras y granados y también algo de cereales, que eran los únicos cultivos

que admitían las aguas saladas, que eran las únicas de que se disponía, hasta aquellos momentos.

El otro 90% del término municipal, era tierra de secano, que se dedicaba, preferentemente al cultivo de los cereales, y muy en particular a la cebada, que era más resistente a la sequía.

Pero al llegar las aguas dulces procedentes de los sobrantes de las Pías Fundaciones del Cardenal Belluga, empezaron a plantarse en el campo de Elche, otros muchos cultivos arbóreos y hortícolas que antes no existían, o al menos los había de una manera minoritaria. Y muchos bancales, hasta entonces tierra de sembradíos, se plantaron de almendros, de higueras, de naranjos, de limoneros y otras variedades de frutales. Y donde antes solo se sembraba cebada, ahora se plantaban ñoras, para el pimentón, melones, sandías, habas, guisantes, tomates, pimientos y otras hortalizas. Y como consecuencia de ello, el campo de Elche, en el transcurso de pocos años, cambió de aspecto, ya que donde antes solo había cereales, (en los años que llovía), ahora había una gran variedad de cultivos arbóreos y de hortalizas, en una agricultura más próspera y diversa, pues se recogían cosechas todos los meses del año, ya que se plantaban hortalizas y verduras que se cosechaban en Invierno, en Primavera, en Verano y en Otoño. Y los agricultores ilicitanos, al disponer de agua de riego de buena calidad, (excepto en algunos breves períodos de escasez), ya no tenían que estar siempre pendientes de las nubes y de la lluvia, para poder sacar sus cosechas adelante, como había ocurrido hasta entonces.

Y al haber más plantaciones y más cosechas, había también más ingresos y más trabajo para todos, iniciándose una época de mayor riqueza y bienestar para el conjunto del campesinado ilicitano, que cambió como de la noche al día, con la llegada de las nuevas aguas dulces, pues a pesar de que tenían que pagarlas a unos precios relativamente caros, habían traído al campo de Elche una eclosión de ocupación, de riqueza y de prosperidad, como no se había conocido nunca, con lo que el nivel de vida del campesinado subió muchos enteros.

Por otra parte, con la llegada de estas aguas, surgió una nueva cultura campesina, la cultura del regadío, contraponiéndose a la

cultura ancestral del secano y de la sed, que estaba tan arraigada en el campo de Elche. Y esta nueva cultura, que surgió de la noche a la mañana, se incrustó en el lenguaje coloquial de los agricultores, enriqueciéndose su reducido vocabulario, al que se iban añadiendo nuevas palabras y vocablos, no empleados hasta entonces, como turno, canal, repartidor, fiel, talla, aforo, elevación, "Companyia de Rees de Levant, El Progrés", comporta y otras muchas relacionadas con el agua y con el riego.

Y sobre todo, la geografía agraria ilicitana, ya tenía más arbolados, más vegetación, más espacios verdes y más prosperidad para los agricultores, que en parte, se habían liberado de esa incertidumbre que supone la agricultura de secano, que nunca tiene la certeza de que las cosechas puedan llegar a buen fin, por falta de agua. Y mucho más aun en una comarca como ésta, que desde siempre, lo normal es que llueva poco y a destiempo.

Y esas fueron, precisamente, las razones que movieron a la Real Compañía de Riegos de Levante, a llevar a cabo las cuantiosas inversiones que tuvieron que hacer para traer a estos resecos campos, las aguas sobrantes de la Vega Baja del Segura, sabiendo que aquí había tierras fértiles y una climatología benigna, pero no llovía casi nunca. La cuestión es que con la llegada de estas aguas, el campo de Elche cambió de fisonomía y los agricultores ilicitanos mejoraron mucho en sus condiciones de vida.

Cuando llegaron las aguas de El Progreso en 1915, la familia de Sempere Antón, vivía en la Algoda, en una casa y unas tierras que habían heredado de sus padres. Eran tres hermanos varones que se llamaban Ramón, Toni y Paco, de 50, 47 y 45 años de edad. El mayor era casado con Rosa Mateu y tenían un hijo. Toni y Paco eran solteros y no llegaron a casarse nunca. Todos vivían en la misma casa y trabajaban juntos, aunque las tierras heredadas de sus mayores, las que le correspondían a cada uno de ellos, las tenían escrituradas a sus respectivos nombres.

La mayor parte de estas tierras, eran de sembradío y los años anteriores apenas habían cosechado nada, ya que de 1907 a 1914, se padedió aquí una de esas frecuentes y prolongadas sequías, que

ocasionan tantos daños y quebrantos en la agricultura. Así es que los hermanos Sempere Antón, como el resto de los agricultores ilicitanos, se estaban reponiendo aun de las calamidades sufridas por efectos de la sequía. Y aunque ese año ya llovió mucho más que los anteriores, acogieron con inmensa alegría la llegada de estas aguas dulces, como una bendición del cielo.

Y pensaron, con buen criterio, que con la llegada de estas aguas, se abría un amplio abanico de posibilidades para la agricultura del campo de Elche, que podía adquirir una mayor diversidad de cultivos, tanto arbóreos como hortícolas, además de los cereales, que habían sido hasta entonces, el cultivo tradicional y mayoritario de estas tierras, desde tiempo inmemorial.

Y plantaron ñoras para pimentón, un cultivo muy abundante en la Vega Baja del Segura, pero desconocido hasta entonces en el campo de Elche.

Las ñoras son un cultivo de Verano, que se plantan en el mes de Abril y empiezan a cosecharse en el mes de Julio. Esta planta enraiza a poca profundidad, y por lo tanto, necesita regarse con mucha frecuencia, hasta el extremo de que para un cultivo correcto, hay que darle nueve o diez riegos, para completar su ciclo vegetativo.

Para la pequeña que es la planta, que apenas levanta cuarenta centímetros del suelo, produce mucho fruto, que cuando está maduro, adquiere un color rojo intenso, que contrasta, acusadamente, con el verde de las hojas de la planta. Como aquellos años había agua abundante, le dieron a las ñoras los riegos necesarios y un abonado suficiente y obtuvieron una espléndida cosecha.

Como por aquel entonces el cultivo de las ñoras era nuevo en el campo de Elche y llamaba la atención a todos, los vecinos de los hermanos Sempere Antón, acudían con frecuencia para ver la plantación, interesándose para conocer las características de esta planta y la manera de cultivarla.

Los hermanos Sempere Antón, cuando terminaron la trilla de los cereales, prepararon la era para dejarla en las debidas condiciones, para tender las ñoras al sol para su secado natural.

El trabajo de coger las ñoras de las matas, lo hacían las mujeres y los hombres las ponían en sacos, que iban sacando a las orillas de los bancales, para transportarlas a la era. En la era tenían que estar al sol tres o cuatro días para que ese mustieran, antes de abrirlas. Una vez pasado este tiempo, las mismas mujeres que las habían cogido de las matas, las abrían una a una, en un trabajo que más que fatigoso, era incómodo, por la postura en que lo realizaban. Después de abrirlas, estaban dos y tres días más al sol, para que terminaran de secarse. Una vez secas del todo, se colocaban en sacos, y ya estaban en condiciones de venderlas, junto con la semilla, que también se recogía y se aprovechaba.

La cosecha de las ñoras, se recogía en dos o tres veces, pero la primera cogida era la mejor y la más abundante.

Ese año las ñoras secas se pagaron a buenos precios y los hermanos Sempere Antón las vendieron tan pronto las recogieron, quedándose muy satisfechos de su rentabilidad, ya que les habían reportando unos buenos ingresos y unos saneados beneficios.

Del rastrojo de ñoras sembraron trigo, y del rastrojo del trigo, plantaron habas que cosecharon verdes, en los meses de Marzo y Abril. De esta manera, en veinticuatro meses, sacaron tres cosechas en la misma tierra, el mismo tiempo que empleaban antes para sacar una sola cosecha de cereales. Esa era una muestra significativa, de lo mucho que había mejorado la agricultura ilicitana, con la llegada de las nuevas aguas.

Los hermanos Sempere Antón, continuaron plantando ñoras varios años seguidos, además de otros cultivos horticolas, tanto de Verano como de Invierno, con lo que las cosechas se hicieron más frecuentes y variadas, rompiendo la dinámica del monocultivo, que era lo que había imperado hasta entonces, representado en los cereales.

Plantaron también dos tahullas de algodón, otro cultivo nuevo en el campo de Elche, aunque abundaba mucho en la Vega Baja. Lo plantaron como probatura, para ver como resultaba aquí, y como era otro cultivo novedoso, lo mismo que hicieron antes con las ñoras, muchos agricultores, acudían para ver estas nuevas plantas y su

desarrollo vegetativo. Recolectaron una buena cosecha de fibra, pero tuvieron dificultades para venderla, pues al ser poca cantidad, quedó un tanto alejada de los circuitos comerciales ordinarios, al no haber entonces cooperativas algodoneras, como hay ahora, que se dedican exclusivamente, a comercializar la fibra y a suministrar la semilla para su siembra.

Otros cultivos hortícolas que se empezaron a plantar por aquellos años, fueron los melones, las sandías, los tomates de conserva y de mercado, las berengenas, los pimientos verdes, los guisantes, las habas, las patatas de Invierno y de Verano, y otras hortalizas y verduras. De esta forma, se recogían cosechas todos los meses del año.

Y, simultáneamente, con la proliferación de una gran variedad de cultivos agrícolas, empezaron a plantarse también muchos arbolados, como almendros, higueras, algarrobos, limoneros, naranjos, etc. Todo esto trajo consigo un cambio radical en el aspecto de la geografía agraria ilicitana ya que se veía más vegetación y lozanía en unas tierras en años alternos, con lo que esos bancales estaban seis meses con la cosecha y dieciocho meses de rastrojo o de barbecho.

Como los hermanos Sempere Antón iban marcando la pauta como pioneros, fueron también los primeros en plantar almendros en aquella zona. Plantaron así mismo granados, aunque estos arbolados abundaban un tanto en toda la zona regable con las aguas de la Marchena y la Acequia Mayor. De esta forma, la mayor parte de los agricultores ilicitanos siguieron por el mismo camino que habían abierto los hermanos Sempere Antón, y unos antes y otros después, todos plantaron cultivos hortícolas y arbóreos nuevos, al socaire de la posibilidad que les ofrecían la venida de las aguas dulces.

Y entonces surgió una nueva necesidad, que hasta esos momentos no habían tenido en el campo de Elche: un centro comercializador para todos aquellos productos hortofruticolas que fueron apareciendo por todas partes. Y en función de esta necesidad, el Ayuntamiento creó la Lonja de Frutas y Verduras que instaló en la margen derecha del Vinalopó, en las afueras de la población, en el mismo lugar que ocupa ahora la Iglesia del Sagrado Corazón de

Jesús, a donde acudían todos los días laborables, en las primeras horas de la mañana, muchos agricultores, con sus carros repletos de tomates, de habas, de patatas, de melones, etc., según la época, para que los asentadores se los vendieran, cobrando una comisión por su trabajo. A partir de la venta de estos productos, los asentadores hacían las facturas correspondientes y los agricultores ya podían cobrar su importe, previa la deducción de los gastos correspondientes.

La Lonja de Frutas y Verduras estuvo situada en este lugar hasta la Guerra Civil, en que fue trasladada al Barrio de Altabix, donde aun permanece aunque en estos momentos se está estudiando la posibilidad de su traslado a otro lugar de las afueras de la población, donde haya más ensanches y mejores accesos.

Los agricultores que cosechaban frutas y hortalizas y las comercializaban a través de la Lonja, recogían dinero fresco frecuentemente, para ir cubriendo los gastos que originaban el cultivo de sus tierras.

Los hermanos Sempere Anton, en los veinte años siguientes a la llegada de las aguas dulces, es decir, hasta el estallido de la Guerra Civil, mejoraron mucho su situación económica, hasta el extremo de que aumentaron un tanto su patrimonio, al comprar varias propiedades rústicas y urbanas. Y esa mejoría económica, en mayor o menor medida, afectó a todo el colectivo campesino, pues la bonanza y prosperidad que trajeron las nuevas aguas dulces, beneficiaron a todos, en general, como se podía comprobar a simple vista.

La Guerra Civil lo transformó todo por completo, aunque la época de la posguerra, también fue muy próspera para la agricultura ilicitana, por otros motivos diferentes y otras circunstancias, como se especifica en otros capítulos de este libro.

Aunque durante la Guerra Civil se movilizaron muchos reemplazos, los hermanos Sempere Antón no fueron movilizados por razón de su edad, y aunque eran personas ya mayores, continuaron trabajando la tierra hasta que murieron unos años después.

LA FABRICA DEL PINYOL

Como hemos dicho en un capítulo anterior de este libro, en el campo de Elche, hubo siempre, en mayor o menor cantidad, olivos, almazaras y fábricas de jabón, para aprovechar los aceites de mala calidad y las morcas. Pero lo que no hubo hasta el primer tercio del presente siglo, fueron fábricas para la extracción de aceites del orujo de las aceitunas molturadas y prensadas en las almazaras. Estos aceites que se extraían del orujo, son de peor calidad que los aceites vírgenes y no se emplean para comestible de las personas, sino para usos industriales y otras aplicaciones similares.

La primera y única empresa industrial de estas características, fue en el año 1934, en la periferia de la población, junto a la carretera de Matola y estuvo en funcionamiento veintinueve años, es decir, hasta 1963, con una actividad continuada, exceptuando el paréntesis de tres años que duró la Guerra Civil.

El promotor de esta empresa industrial fue Miguel Oliva, un catalán muy activo, procedente de Reus, que junto con Falcó y Gassó,

formaron la empresa Miguel Oliva y Compañía, S.L., que empezó su actividad tan pronto las obras estuvieron terminadas.

La característica arquitectónica más notable de la fábrica del Pinyol, fue la alta chimenea que construyeron para que los humos que producía salieran lo más alto posible hacia el exterior. Aquella fue la única chimenea industrial de esa altura, que ha tenido Elche en toda su historia, y se convirtió en toda una referencia visual.

Como entonces el pueblo de Elche no tenía puntos referenciales urbanísticos superiores a los veinte metros de altura, si exceptuamos los campanarios de las iglesias, esta chimenea era todo un símbolo de la ciudad, un punto de referencia que se divisaba desde dos kilómetros de distancia, con su penacho de humo blanco.

Desde el primer momento, a esta fábrica se le llamó, popularmente, la fábrica del Pinyol, porque el orujo de las aceitunas, como el de la uva, en Elche siempre se le llamó pinyol.

En plena campaña, la fábrica trabajaba día noche, en dos turnos de doce horas cada uno, con una intensa actividad.

Para que la fábrica tuviera materia prima suficiente, para un trabajo continuado, no solamente recogían todo el orujo de las almazaras de Elche, sino también el de otros pueblos más o menos lejanos, orujo que transportaban en sus propios camiones, desde las almazaras hasta la fábrica, para extraerle el aceite residual.

Hasta entonces, el pinyol solo servía para pienso de determinados animales domésticos o como material combustible, para calentar cocinas y otras dependencias. Y a partir de esos momentos, el pinyol, en esta comarca, ya tenía una aplicación industrial, y por consiguiente, mayor valor comercial. Era, en definitiva, el aprovechamiento integral de las aceitunas y sus derivados.

Cuando terminaron las obras de la fábrica, montaron también una báscula, para poder pesar toda clase de vehículos, no solo para servicio propio de la empresa, sino también para servicio público. En esto también fueron pioreros, ya que fue la primera báscula pública de estas características que se instaló en Elche.

La fábrica del Pinyol, cuando se montó, en la década de los años treinta, fue una de las industrias más importantes que tuvo Elche, que no perteneciera al sector del tejido o del calzado, si exceptuamos la fábrica de harinas de Andrés Serrano, que se inauguró dos años antes, junto a la estación del ferrocarril de Elche. Hasta entonces, la industria ilicitana, estaba concentrada, casi exclusivamente, en la industria del calzado, preferentemente, en la fabricación de alpargatas.

Pero la fábrica del Pinyol cuando se montó era una empresa rentable que trabajaba a pleno rendimiento, a medida que pasaban los años, dejó de serlo, por la sencilla razón de que los olivos, en esta zona, iban disminuyendo a pasos agigantados, por diversas razones. Unos simples datos nos ilustrarán sobre este particular: cuando se inauguró la fábrica del Pinyol, a mediados de la década de los años treinta, había en el campo de Elche, mil trescientos hectáreas de olivares y cuando se desmanteló, en 1963, apenas superaban las quinientas hectáreas. Y lo mismo que pasó en Elche, ocurrió también en los pueblos limítrofes o cercanos.

Este arranque masivo de olivos, se produjo en mayor medida, durante los años de la postguerra civil, ya que en aquellos años, se arrancaban los olivos para sembrar cereales panificables en el espacio que dejaban libre, que era lo que más falta hacía en aquellos tiempos de escaseces y penurias, y por consiguiente, lo que más valor comercial tenía, (eran los años del "estraperlo"). Al arrancar los olivos, se podía sembrar trigo, que era lo que interesaba en aquellos momentos y además, se podía hacer carbón de su madera, que también valía dinero.

Y a menos olivos, menor cantidad de aceitunas. Y a menos aceitunas, menos orujo, y por consiguiente, menos cantidad de materia prima, para que pudiera trabajar la fábrica del Pinyol. Claro está que pudieron haber traído orujo de las almazaras de Andalucía, pero desde tan lejos, los portes se hubieran encarecido mucho, con la consiguiente disminución de la rentabilidad de la empresa.

Así las cosas, llegaron a la conclusión que la empresa, tal como estaba montada, no tenía ningún futuro, y por lo tanto, acordaron el

desmantelamiento de la maquinaria que habían empleado hasta entonces y adecuaron la fábrica, para emprender una nueva actividad, que también fue pionera en Elche: un secadero artificial de ñoras, para el pimentón.

Para legalizar esta nueva actividad industrial, que se inauguró el 6 de Mayo de 1964, por los mismos socios que componían la empresa Miguel Oliva y Compañía, crearon la sociedad IPTA, S.A. que estuvo en funcionamiento unos seis años, en su nueva actividad.

Esta nueva actividad industrial solo duraba unos cuatro meses (de Julio a Octubre) que era lo que solía durar la recolección de la cosecha de ñoras, y tuvo mucha aceptación entre los agricultores, ya que hasta entonces, tenían que abrir las ñoras una a una, manualmente y las secaban con calor natural en las eras. Pero este sistema de secado, entrañaba un cierto riesgo de mojaduras, por estar a la intemperie durante los días que duraba el secado y, además, tenía que emplearse mucha mano de obra para abrir las ñoras una a una, trabajo que se realizaba en una postura muy incómoda, (en cuclillas o sentados en tierra). Esta clase de trabajos, solían hacerlo las mujeres, que cobraban jornales más baratos que los hombres, por hacer el mismo trabajo.

Con el secado artificial de las ñoras, se ganaba tiempo y seguridad y, además, liberaba a los cosecheros de la servidumbre de tener que proveerse de mano de obra ajena, que no siempre se encontraba en las debidas condiciones. De ahí el que se acogiera con mucho agrado, por parte de los agricultores que solían plantar esta clase de cultivo, la puesta en funcionamiento de la empresa IPTA, S.A., que un camino por el que otros transitaron después, pues al ver el negocio que suponía esta actividad, otras personas particulares y entidades, montaron otros secadores artificiales de estas características, en una abierta competencia con IPTA, S.A. Entre las entidades que montaron también secadores de ñoras, estaba la Cooperativa del Campo de Elche, que llegó a tener dos, uno en Alzabaras Bajo y otro en La Marina.

El cultivo de ñoras en el campo de Elche, se inició en la segunda década del presente siglo, con la llegada de las aguas dulces de

los sobrantes de la Vega Baja del Segura y distribuidas, primero por Nuevos Riegos El Progreso y ocho años después por Riegos de Levante. En un primer momento, este cultivo se introdujo tímidamente, procedente de las vegas murcianas, donde se plantaban en grandes cantidades. Y en Murcia estaban también las fábricas de pimentón, donde se multuraban las ñoras secas.

En los primeros años, los agricultores ilicitanos que querían plantar ñoras, compraban la planta en los muchos viveros que había en el llamado Rincón de Bonanza, al oeste de Orihuela, pero después, esos viveros ya se plantaban aquí en el campo de Elche.

En las décadas de los años setenta y ochenta, que fueron los tiempos en que más ñoras se plantaron en el campo de Elche, llegaron a haber hasta mil doscientas hectáreas de tierra dedicadas a este cultivo, en los años que no había restricciones de agua de riego.

IPTA, S.A. continuaba en su actividad, pero de año en año, iban apareciendo más competidores, hasta el extremo de verse obligados a comprar ñoras en Talavera de la Reina y en la comarca de la Vera, para que el secadero no le faltara materia prima para su trabajo.

El comercio de las ñoras secas, estaba centralizado en Murcia, lo mismo que el comercio del pimentón, y los comerciantes del ramo, tenían en el campo de Elche, unos intermediarios llamados "correors", que compraban las ñoras secas, por encargo de los comerciantes murcianos, cobrando una comisión por su trabajo.

Pero este auge expansivo en el cultivo de las ñoras en el campo de Elche, duró pocos años, ya que por diferentes causas, fue declinando paulatinamente, hasta casi desaparecer por completo de la década de los años noventa. Y, lógicamente, al dejar de plantarse ñoras, tuvieron que desmantelarse todos los secadores que se habían montado unos años antes, entre ellos, los de la Cooperativa del campo de Elche.

Cuando en 1934 empezó a funcionar la fábrica del Pinyol, ésta estaba situada en pleno campo, al oeste de la población. Pero con la expansión urbanística de la ciudad, que fue tan acentuada en los años sesenta , setenta y ochenta, en esta dirección, ya se quedó den-

tro del casco urbano, y por consiguiente, la superficie que ocupaba, incrementó mucho su valor, como solar edificable. Por eso, cuando en 1970, IPTA, S.A. dejó de funcionar, derruyeron toda la obra y sobre el solar que ocupaba, construyeron una manzana completa de viviendas y locales comerciales de seis plantas, todas con las mismas características arquitectónicas, en el llamado sector quinto de la población.

Y de la fábrica del Pinyol y su simbólica chimenea, solo quedaba el recuerdo que guardan de ella las personas mayores que la conocieron desde un principio, con la particularidad de que apenas existen testimonios gráficos de la misma.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

EL CULTIVO DEL CAÑAMO EN EL CAMPO DE ELCHE

Aunque se tienen algunas referencias escritas en las que se hace mención a que el cáñamo se conocía en el campo de Elche, en los siglos pasados, debió de ser en muy pequeñas cantidades, que no tuvieron ninguna incidencia en el conjunto de la agricultura ilicitana. Y, lógicamente, eso debió de ser así, por la sencilla razón de que el cáñamo necesita agua abundante de buena calidad, para un desarrollo normal de la planta, que era, precisamente, de lo que carecía el campo de Elche, hasta las primeras décadas del presente siglo, que empezaron a regarse estas tierras con aguas elevadas por el sistema de bombeo, de los sobrantes de la Vega Baja del Segura, primero a través de Nuevos Riegos El Progreso y un poco después por la Real Compañía de Riegos de Levante. Hasta entonces, solo se disponia de las aguas salitrosas que han discurrido por el Vinalopó desde tiempos inmemorial. Y estas aguas de mala calidad, solo servían para regar cereales, granados, olivos y palmeras, que fueron los cultivos básicos de la agricultura ilicitana de los tiempos pasados.

Pero cuando llegaron estas aguas elevadas de mejor calidad, los agricultores del campo de Elche, dedicaron muchas tierras "blan-

cas" a plantar frutales y hortalizas, pero no cáñamo, ya que la cultura del cáñamo, aquí era prácticamente desconocida, y por consiguiente, les atraía poco este cultivo industrial.

Como es bien sabido, cuando terminó la Guerra Civil, España se quedó depauperada, y desabastida de los productos más fundamentales para su normal desarrollo y el abastecimiento de la población, que nadaba entre las escaseces y las penurias. No obstante, diez años después, cuando el abastecimiento de la población se iba normalizando, disminuyó el cultivo de cereales, al bajar los elevados precios que tuvieron durante la escasez, y hubo que buscar cultivos alternativos para plantar en esas tierras que en los años anteriores se habían dedicado a trigo y cebada, para poder saciar el hambre que padecía la mayor parte de la población, y se pensó en el cáñamo, como cultivo alternativo.

El cáñamo, desde un tiempo antes, se plantaba en grandes cantidades en le Vega Baja, particularmente, en los alrededores de Callosa del Segura, que era el epicentro regional del comercio de esta fibra.

Por entonces, la fibra del cáñamo estaba muy solicitada y se cotizaba a buenos precios, pues se gastaba mucho para la fabricación de redes para la pesca, hilos y cordelería, entre otras cosas.

El inicio del cultivo del cáñamo en el campo de Elche, tuvo lugar alrededor de 1950, con una superficie de apenas cincuenta hectáreas de tierra dedicadas a esta planta industrial. Pero en los años siguientes, se incrementó este cultivo de una manera espectacular, hasta llegar a las mil quinientas hectáreas en 1958, que fue cuando alcanzó el cenit de su expansión. A partir de esa fecha, ya fue disminuyendo paulatinamente, hasta desaparecer por completo en el año 1965. Fue como una estrella fugaz, como un meteorito, que aparece y desaparece con la misma rapidez. Este fenómeno no se dio en ningún otro cultivo en la época moderna, en lo que al campo de Elche se refiere, en función de unos condicionantes determinados.

El cáñamo, durante mucho tiempo, fue uno de los cultivos más importantes de la Vega Baja, por su extensión y por lo que signifi-

caba, económicamente, para este numeroso colectivo de huertanos. Además, ocupaba mucha mano de obra, no solamente, en el cultivo en si de la planta, sino después en todos los trabajos relacionados con la obtención de la fibra: puesta en remojo, "gramado", rastrillado, etc., creándose toda una cultura específica sobre este particular, que se iba transmitiendo de padres a hijos, de generación en generación. Pero todo este proceso cultural, se quebrantó a finales de la década de los sesenta, cuando aparecieron en el mercado los plásticos y las fibras sintéticas, que desplazaron por completo las fibras naturales, no solo del cáñamo, sino también del yute, del esparto, la pita y otras plantas similares.

A partir de esos momentos, muchos objetos de distintas aplicaciones, así como enseres domésticos, que siempre se había confeccionado a base de fibras naturales, empezaron a fabricarse de plástico y de fibras artificiales, con lo cual, las plantas que producían fibras naturales, perdieron toda su utilidad que habían tenido hasta entonces y dejaron de plantarse. Y eso mismo es lo que ocurrió con el cáñamo, no solo en el campo de Elche, sino también en las demás zonas productoras.

En 1950, Juan Verdú Esclapez, que vivía en la partida del Derramador y que era uno de los mayores terratenientes de la zona, fue el primer agricultor del campo de Elche que sembró cáñamo. Plantó solamente diez tahullas y lo hizo como prueba para ver como resultaba aquel cultivo, que tanto abundaba solo a diez kilómetros de su casa. Abonó bien la tierra y le dio cinco riegos de Abril a Junio y consiguió una espléndida cosecha, quedándose muy satisfecho de la nueva experiencia.

Como por los alrededores no había ninguna balsa, llevó el cáñamo a la de un amigo que tenía en el término municipal de Dolores, que plantaba todos los años. En la balsa lo tuvo ochos días bajo el agua, hasta que estuvo en las debidas condiciones, para que la piel, (es decir, la fibra), pudiera separarse de la "gramisa". En ese momento lo sacó del agua y lo puso a secar al sol y al viento. Una vez seco, lo ató en garbas y lo amontonó hasta que unos días después, una cuadrilla de "gramaors", que trabajaban a destajo, realizaron el pesado trabajo de "gramar", mediante una herramienta llamada "gramaora".

Una vez la fibra limpia de residuos de "gramisa", la embalaron en fardos de un quintal cada uno, (alrededor de 44 kilos), y lo dejaron en condiciones para la venta, venta que llevó a cabo de inmediato a un comerciante de Callosa, a un precio bastante aceptable, (el precio de venta se establecía a un tanto por quintal), obteniendo por esta cosecha, que producía por primera vez, una buena rentabilidad.

Tan contento se quedó Juan Verdú de esta nueva experiencia, que el año siguiente sembró sesenta tahullas de esta planta industrial, con la particularidad de que ya no estaba solo, pues muchos de sus vecinos sembraron también cáñamo, en mayor o menor cantidad.

Pero lo que hizo también fue construir una balsa para ponerlo en remojo una vez cosechado, y de esta manera no tener que desplazarse tan lejos como tuvo que hacer el año anterior para realizar ese trabajo que es imprescindible para la obtención de la fibra.

Estas balsas para poner el cáñamo a remojo, solían tener unos cuatro metros de anchas y unos dos metros y medio de profundidad y de diez a veinte metros de largas, según la capacidad que se le quisiera dar. Para su utilización, se semillenaba de agua previamente, y el cáñamo engarbado se iba colocando en el agua, siempre la parte trasera sobre las paredes laterales, y así una fila de garbas encima de la otra, presionando fuertemente, para que fueran hundiéndose por el peso y flotaran lo menos posible. De esta forma, se colocaban siete u ocho capas de garbas y después se colocaban sobre ellas piedras de bastante peso, que previamente se habían colocado alrededor de las balsa, hasta que el cáñamo quedase todo bajo la superficie del agua. Así tenía que estar de seis a ocho días, dependiendo de la temperatura ambiental, hasta que estuviera en condiciones de sacarlo. Había hombres expertos en estos menesteres, que se recurría a ellos para que indicaran el momento justo en que había que sacar el cáñamo del agua, ni antes ni después, para que la fibra tuviera buena calidad. Si se sacaba antes de tiempo, costaba mucho de "gramar" y si se tenía más tiempo del necesario, la fibra perdía fuerza y consistencia. De ahí lo importante que era sacarlo en el momento indicado. Cuando llegaba ese preciso instante, retiraban las piedras de encima de las garba, que al no sufrir presión, flotaban sobre el agua, ya que estas plantas tienen un peso específico infe-

rior al del agua. Después había que llevar a cabo el trabajo más pesado y desagradable del cultivo del cáñamo: retirar las garbas mojadas que pesaban mucho, desatarlas y poner el cáñamo a secar. Los hombres que llevaban a cabo estos trabajos, terminaban empapados como sopas. Si tenían que hacerse entre los meses de Octubre a Marzo, (estos trabajos solían hacerse durante todos los meses del año, si había bastante cosecha) además de ser muy pesados, resultaba peligroso por los enfriamientos a que se exponían por estas frías mojaduras.

La balsa que construyó Juan Verdú, no se empleó solamente para el cáñamo propio, sino también para el de sus vecinos, que se fueron turnando, unos detrás de otros, para poder hacer este trabajo.

Como el cáñamo sufría deterioro si se mojaba por la lluvia, antes de ponerlo en la balsa, todos los que pensaban utilizarla, hicieron garberas a su alrededor, para poder conservarlo sin mojaduras, hasta que les tocase el turno. Así, entre el cáñamo propio y el ajeno, la balsa de Juan Verdú estuvo mucho tiempo en plena actividad, para hacer todo el trabajo que se iba acumulando, Cada vez que se sacaba el cáñamo de la balsa, había que desaguarla y ponerle agua limpia.

Como ese año la fibra se pagó a buenos precios, la mayor parte de los cosecheros la fueron vendiendo a medida que la tenía limpia y en condiciones. Esta bonanza y rentabilidad en el cultivo del cáñamo, propició el que los agricultores ilicitanos fueran dedicándole de año en año, más atención y preferencia a esta planta, hasta llegar a las mil quinientas hectáreas de tierra dedicada a este cultivo, a finales de la década de los años sesenta, como hemos dicho al principio de este capítulo. Y, paralelamente, el incremento del cultivo del cáñamo, fueron aumentando también el número de balsas que iban surgiendo de la noche a la mañana, por la orillas de los caminos, particularmente, en la parte sur del término municipal. Concretamente, Juan Verdú construyó dos más en 1954, pues en toda aquella zona del Derramador, era donde más cáñamo se sembraba, sustituyendo a los cereales, que ya habían perdido interés para los agricultores, convirtiéndose en uno de los cultivos mayoritarios de Verano, (se sembraba en Abril y se segaba en Julio).

Como hemos dicho antes, la cultura del cáñamo, (nos referimos sobre todo, a los trabajos terminales, para la obtención de la fibra) no llegó a enraizarse en el campo de Elche, por falta de costumbre y tradición. Por tal motivo, cuando había que "gramar" se buscaban gentes expertas en estos menesteres, procedentes de la Vega Baja, que llevaban consigo su "gramadora" y demás herramientas y hacían estos trabajos a destajo, cobrando una cantidad determinada por cada quintal de fibra limpia y empaquetada. (Los hombres que hacían estos trabajos continuamente, casi todos enfermaban de los bronquios, al cabo de los años, pues el cáñamo, al gramarlo, despedía un polvillo que era muy perjudicial para la salud de las personas).

Y lo mismo ocurría con el comercio de la fibra, que estaba centralizado en Callosa del Segura, donde había muchas firmas comercializadoras de este producto industrial. (En la actualidad, en Callosa del Segura existe un Museo del Cáñamo, con toda clase de aperos, herramientas y otros datos relacionados con la cultura del cáñamo). Y estas firmas, mandaban al campo de Elche a unos intermediarios, que se desplazaban en bicicleta, generalmente de dos en dos, para tratar de adquirir este producto industrial. La mayor parte de estos intermediarios, solían ser unas personas no demasiado serias en sus actividades comerciales, llevados a cabo por encargo de los mayoristas, que si podían, engañaban a los vendedores a las primeras de cambio. Los agricultores ilicitanos solían decir de estos intermediarios: "Son una gent trencallosa que no pots fiarte d'ells, per que si poen t'enganyen".

En la casa de Juan Verdú había "gramaors" casi continuamente, para "gramar" el cáñamo propio y el de sus vecinos. Por eso, con mucha frecuencia venían estos intermediarios, tratando de adquirir las partidas que se ponían a la venta, al menor precio posible, pues siempre trataban de ponerle pegas y defectos, para conseguirlo más barato.

Como la fibra se podía guardar varios años sin menoscabo ni deterioro, cuando estaba barata, los cosecheros almacenaban dos y tres cosechas seguidas, en lugares secos, a la espera de que se revalorizara.

El cáñamo y las almendras, eran los dos productos menos perecederos que cosechaban los agricultores ilicitanos, por eso decían que eran productos de ricos, que podían resistir más tiempo sin vender sus cosechas.

Durante los quince años en que se cultivó el cáñamo en el campo de Elche, este producto supuso una buena fuente de ingresos para los agricultores ilicitanos, pero como hemos dicho antes, la aparición de las fibras sintéticas supuso un golpe mortal para todas las fibras naturales, cuyas plantas productoras, y en este caso concreto el cáñamo, dejaron de sembrarse, por haber perdido toda su rentabilidad económica, hasta desaparecer por completo de la geografía agraria ilicitana. Y en Primavera, ya no podían verse en nuestros campos aquellas extensiones de un verde intenso, que alcanzaban hasta dos metros de altura, que despedían un olor fuerte muy característico, que hasta resultaba un tanto agradable al olfato. El cultivo del cáñamo había pasado a la historia y solo se mantenía en la memoria colectiva del campesinado.

Durante unos años, la gran cantidad de balsas que se construyeron con la única finalidad de poner el cáñamo en remojo, permanecieron vacías por las orillas de los caminos, sin ninguna utilidad práctica, como mudos testigos de aquella eclosión del cultivo de una planta industrial que pasó por el campo de Elche con la fugacidad de un meteorito.

Pero al pasar unos años y comprobarse que la desaparición del cáñamo era irreversible, porque ya no tenía ninguna aplicación práctica, las balsas se fueron enterrando poco a poco, hasta desaparecer por completo dedicándose la tierra que ocupaban y sus alrededores, para plantar cualquier cultivo. Y las tres que construyó Juan Verdú, corrieron la misma suerte que todas las demás.

Con el cáñamo pasó lo mismo que ocurrió el siglo pasado con la barrilla el salicor y el aguazul, que durante un tiempo, tuvieron una gran utilidad y mucha aceptación, y por consiguiente, un gran valor comercial, cuando las cenizas de estas plantas se empleaban para la fabricación de jabón de losa. Pero con la aparición en el mercado de la sosa cáustica, la barrilla, el salicor y el aguazul, per-

dieron todas las aplicaciones que habían tenido en los tiempos anteriores, y dejaron de cultivarse por completo.

La conclusión que se puede sacar de estos dos ejemplos, es que el progreso siempre se abre camino, imponiendo su ley y arrumbando las culturas tradicionales, que van perdiendo toda su vigencia, ante el avance irreversible de las nuevas tecnologías, que van marcando las pautas a seguir en nuestra vida de cada día, orientada hacia el futuro.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

ESPIRITU ASOCIATIVO

El colectivo campesino ilicitano, fue en todo momento, dinámico y emprendedor, como lo demostró en múltiples ocasiones. Y una prueba evidente de ese dinamismo, lo encontramos en la gran cantidad de sociedades de todo tipo, que crearon a lo largo de los años, en defensa de sus intereses profesionales. Dudamos mucho de que haya existido otro campesinado similar que haya rayado a la altura del colectivo campesino ilicitano en ese sentido.

A finales del siglo pasado, las sociedades sectoriales que existieron en el campo de Elche, como era la tónica general de aquellos tiempos, fueron los gremios de los distintos sectores productivos. Así surgió el Gremio de Braceros del campo, en defensa de los intereses de los asalariados campesinados, como había gremios de carpinteros, de tejedores, etc. El primer Presidente del Gremio de Braceros del campo fue Carlos Brotóns. Este gremio, estaba íntimamente relacionado con el Círculo Obrero, como lo demostraba el hecho que las Asambleas las celebraban en los salones del mismo. El Gremio de los Braceros del campo no alcanzó un gran desarrollo

y tuvo una escasa incidencia en el campesinado ilicitano. No es de extrañar de que las cosas ocurrieran así, si tenemos en cuenta que en el campo de Elche, trabajadores asalariados había muy pocos, puesto que en su inmensa mayoría, los agricultores ilicitanos trabajaban por cuenta propia en su calidad de propietarios, de arrendatarios o da aparceros. De todas formas, queremos dejar constancia de que los asalariados campesinos, a pesar de ser una minoría, organizaron también su propio gremio, para poder defender mejor sus intereses específicos.

La seguridad en el campo fue antes, y sigue siendo aun en estos momentos, un problema de capital importancia. Y eso es lógico y normal si tenemos en cuenta que tiene una gran extensión el término municipal y por consiguiente, su vigilancia entraña muchas dificultades. Y esa inseguridad manifiesta que padecieron siempre los agricultores, en los tiempos pasados, no era solamente por los hurtos y los robos en sus propiedades y cosechas, sino también por los abusos y los desmanes de que eran objeto por parte de los ganaderos, que desde los tiempos de los Concejos de la Mesta, se sentían muy apoyados y protegidos por las autoridades, en detrimento de los propios agricultores. Tanto era esto así, que durante todo el siglo XIX, hubo varios intentos por parte del Ayuntamiento de Elche de crear un cuerpo de veinte celadores rurales, que cobrarían un sueldo de cuatro reales de vellón al día cada uno, (Cabildo del 30 de Marzo de 1808 y de uno de Junio de 1838) que pagarían los propios agricultores, mediante un impuesto especial, para sufragan los costos que originaría una guardería de esta naturaleza. Este impuesto consistía en el pago de cuarenta reales anuales por cada par de mulas que poseyeran, veinte por cada par de caballerías menores y cuarenta por cada veinte tahullas de tierra. Este impuesto, como suele ocurrir siempre, a la hora de pagar, les pareció excesivo a los agricultores y protestaron. En consecuencia, el Ayuntamiento redujo el número de celadores a cuatro, con los costos correspondientes a cargo del propio Ayuntamiento.

Estos celadores, prestaban sus servicios de una manera esporádica y no continuada, y tan pronto se les suspendía en sus funciones, como se les reponía de nuevo en sus cargos. Y mientras, iban pasando los años y la inseguridad en el campo de Elche era patente.

El campesinado ilicitano, cansado de soportar esta situación, se dispusieron a crear por ellos mismos, una guardería rural a su costa y en consecuencia, crearon la "Asociación de Labradores para la vigilancia de sus propiedades, por medio de Guardas Particulares Jurados".

El Reglamento por el que se regía esta Asociación, se legalizó en el Gobierno Civil de Alicante, el día 6 de Julio de 1890. Este Reglamento decía en su artículo primero: "Los propietarios asociados de este termino municipal, se comprometen al sostenimiento de los Guardas Jurados, para la vigilancia de sus fincas, además de estar sujetos a las leyes vigentes y al Reglamento de esta sociedad". Como la pertenencia a esta Asociación era voluntaria, los guardas solo vigilaban las propiedades de los terratenientes que pertenecían a la misma, que no eran todos, ni mucho menos, con lo que se creaba mucha confusión.

El primer Presidente de la Asociación de Labradores, fue D. Luis Cruz Pascual de Bonanza, uno de los mayores terratenientes de Elche, y por consiguiente, uno de los principales contribuyentes al sostenimiento de la misma. También fue uno de los principales impulsores y gestores de la creación de esta entidad.

Esta Asociación y su correspondiente guardería rural, estuvo en funcionamiento durante toda la última década del siglo XIX.

Así las cosas, el ocho de Julio de 1898, el Gobierno Español, ante las continuas peticiones de los agricultores del país, que se sentían desprotegidos, promulgó una Ley mediante la cual se podían crear comunidades de Labradores, cuyo principal cometido sería poner en pie, en todos los pueblos de más de seis mil habitantes, unos cuerpos de guardas rurales que se encargarían, entre otras cosas, de la vigilancia de los campos. Y haciendo gala de dinamismo que siempre había demostrado al sector campesino ilicitano, en otras ocasiones similares, en Elche se creó una de las primeras Comunidades de Labradores de la provincia de Alicante, aunque en este caso, sus promotores principales fueron los grandes terratenientes que vivían en la población, los mismos que crearon unos años antes la Asociación de Labradores, con los mismo fines, y que por con-

siguiente, eran los más directamente afectados por la indefensión en que se encontraban sus propiedades y cosechas que producían.

Después de muchas gestiones y de la elaboración de unas Ordenanzas, donde se detallaran los fines y competencias que iba a tener esta comunidad, ésta fue creada mediante una Asamblea General de terratenientes, que tuvo lugar el día 24 de Junio de 1900, en el salón de actos del Ayuntamiento, con una masiva asistencia de agricultores. Después, previo el informe del Alcalde de nuestra ciudad, el Gobernador Civil de Alicante, dio luz verde a la legalización de la Comunidad de Labradores de Elche el día 11 de Julio del mismo año.

Los 20 guardas jurados y el cabo que se nombraron para la vigilancia de los campos de Elche y de Santa Pola, que también estaba incluido en su jurisdicción, salieron por primera vez a prestar servicio el día 13 de Agosto, un mes después de su legalización. Aquello fue un verdadero acontecimiento en el campo de Elche, que de esta manera, se sentía más seguro.

Desde un principio, los ganaderos protestaron vivamente la creación de la Comunidad de Labradores y la organización de la guardería rural, por entender que les perjudicaba en sus propios intereses. Y por consiguiente, trató, por todos los medios a su alcance, que el Gobernador Civil la suspendiera en sus funciones, cautelarmente, y lo consiguió el día cuatro de Noviembre del mismo año, después de una visita a Elche del Gobernador Civil. Unos días después, los rectores de la Comunidad, que eran unos personajes muy influyentes, se desplazaron a Madrid y consiguieron que el Ministro de Agricultura revocara la suspensión cautelar que había dictado el Gobernador Civil de Alicante, y en su consecuencia, el día 16 de Diciembre el Ministro levantó la suspensión impuesta desde Alicante.

Los guardas rurales que llevaban inactivos casi tres meses, salieron de nuevo a prestar sus servicios de vigilancia el día uno de Enero de 1901, es decir, el primer día del siglo XX. El primer Presidente de la Comunidad de Labradores de Elche fue D. Manuel Campello Antón.

La Comunidad de Labradores de Elche tuvo una vigencia de cerca de medio siglo, ya que desapareció legalmente, el día 16 de Diciembre de 1945, siendo su último Presidente D. Diego Ripoll Ferrández.

A principios de siglo, el caciquismo estaba muy enraizado en toda España, y también por supuesto, en Elche. Y muy entroncado con el caciquismo, estaba la usura, que era una verdadera lacra para los más débiles económicamente, entre los que se encontraban la mayor parte de los agricultores del campo de Elche. Para poder liberarse mejor de las garras de los usureros, los agricultores ilicitanos, con la ayuda inestimable de D. Rafael Ramos Bascuñana, que en 1886 había sido uno de los promotores de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Elche, crearon la Caja Rural de Préstamos y Ahorros de Elche, cuya sede social fijaron en la Partida de Daimés. Los Estatutos que redactaron para el funcionamiento de esta entidad decían que la sociedad que se creaba tenía una vigencia de diez años. Pero al cumplirse este plazo se aprobó mediante una Asamblea General Extraordinario, la ampliación de este período de vigencia por tiempo indefinido.

Esta entidad de préstamos y ahorros, fue muy bien acogida por el campesinado ilicitano, al estar dirigida y gestionada por ellos mismos, y desempeño un importante papel protector de las débiles economías de los agricultores del campo de Elche, en aquellos tiempos tan difíciles.

Con el paso de los años, esta entidad paso por muchas transformaciones, pasando a ser Sindicato Agrícola en 1919 y Cooperativa Agrícola en 1942, teniendo en todo momento una Sección de Crédito y Ahorro, que fue su función primigenia. Y después de pasar por muchas vicisitudes, ha llegado hasta nuestros días en pleno funcionamiento, después de haber sido, durante muchos años, la sociedad agraria más importante y carismática del campo de Elche, hasta el extremo de haber aglutinado en la época de máximo esplendor, una masa social de varios miles de socios y un patrimonio muy considerable. En la actualidad, lo mismo que les viene ocurriendo al resto de las entidades agrícolas de estas características, por una serie de razo-

nes que sería muy largo de explicar, está atravesando por una situación muy difícil y por una acusada decadencia.

Como es bien sabido, Elche está situado en una zona de las más secas de la Península Ibérica, como lo demuestra el hecho de que la media pluviométrica de aquí (alrededor de 280 litros por metro cuadrado y año), apenas llega a la mitad de la media nacional, que oscila alrededor de los 600. De ahí la necesidad de conseguir aguas de riego de donde sea, para poder regar estos resecos campos.

Así las cosas, el 11 de Abril de 1906, Ernesto Martínez Riviere, (Ingeniero Técnico Industrial) y seis agricultores más de la Marina, crearon la Sociedad Mercantil Nuevos Riegos El Progreso, para poner en regadío 500 hectáreas de tierra de la Marina y el Molar. Para tal fin, la Administración les otorgó una concesión de agua de 80 litros por segundo, de los sobrantes de las Pías Fundaciones del Cardenal Belluga. Estas aguas, elevadas por el sistema de bombeo, empezaron a regarse el 9 de Enero de 1910. En vista de lo bien acogidas que fueron estas aguas, Nuevos Riegos El Progreso amplió su capital social e inició nuevas obras de canalización para poder regar diez mil hectáreas de las mejores tierras del campo de Elche. La segunda fase de estos regadíos, empezaron, en su totalidad, en 1915, Nuevos Riegos El Progreso, que fue desde su creación una de las sociedades agrarias más importantes del campo de Elche, fue también una sociedad estrictamente ilicitana, en cuanto a su proyección, gestión, capitalización y zona regable. Nuevos Riegos El Progreso aun permanece en funcionamiento, aunque está acusando una gran decadencia.

En los primeros seis años del siglo XX, se crearon en el campo de Elche, tres de las sociedades agrarias que más han influido en el desarrollo de la agricultura ilicitana, en todos los aspectos y sentidos: la Comunidad de Labradores, la Caja Rural de Préstamos y Ahorros y Nuevos Riegos El Progreso, en una época bastante penosa para el colectivo campesino ilicitano que estaba atravesando por una época difícil.

En los primeros años del presente siglo, se cometían en el campo de Elche muchas irregularidades en la puesta y distribución de

las escasas aguas de riego de que entonces se disponía para regar estos campos. Para poder combatir estas irregularidades, el 5 de Abril de 1911, se legalizó la Sociedad de Agricultores y Regantes del Término de Elche, cuyo primer Presidente fue D. Juan Peral, instalando su sede en calle Abadía, número 10. No obstante haber sido acogida esta sociedad con mucho agrado por la mayor parte de los regantes, desapareció a los pocos años de su creación.

En Mayo de 1912, los agricultores del campo de Elche, con la colaboración y el asesoramiento de Vicente Sansano Fenoll, hombre polifacético, crearon la Agrícola Ilicitana, que se implantó en la totalidad del término municipal, cosa que no había ocurrido hasta entonces.

A través de las candidaturas que presentó la Agrícola Ilicitana a las elecciones municipales, varios agricultores del campo de Elche, llegaron a ser Concejales del Ayuntamiento de nuestra ciudad.

El 28 de Enero de 1906, el Gobierno promulgó una Ley que propiciaba la creación de Sindicatos Agrarios, para poder defender mejor los intereses del campesinado español. Y como no podía ser menos, los agricultores ilicitanos se valieron de esta Ley para poner en pie varias de estas organizaciones, en defensa de sus propios intereses. De esta forma surgieron en el espacio de pocos años el Sindicato Agrícola Ilicitano, La Agricultora, el Sindicato Agrícola y Regantes de San Isidro del Campo de Elche, el Sindicato Agrícola El Progreso y algunos otros más. La mayor parte de estos Sindicatos, se convirtieron después en Cooperativas Agrarias del mismo nombre, con arreglo a la Ley de Cooperación del día 2 de Enero de 1942, promulgada por el nuevo régimen político salido de la Guerra Civil.

En los treinta y cinco años posteriores a la finalización de esta guerra, hubo una gran sequía en cuanto a la creación de nuevas organizaciones agrarias, que no estuvieran vinculadas a la Organización Sindical, que implantó el nuevo régimen que tenía una orientación verticalista y cerrada y poco participativa. Durante estos años, solo surgieron los Grupos de Colonización de San Pascual, en 1970 y por las mismas fechas el Grupo de Colonización San Enrique.

Ambas sociedades tenían los mismos fines: distribuir aguas de riego procedentes de Monforte y de Aspe, en el norte del término municipal de Elche, la primera en la margen izquierda y la segunda en la margen derecha del Vinalopó. Estos Grupos de Colonización, al cabo de unos años, se convirtieron en S.A.T. (Sociedad Agraria de Transformación), al cambiar la legislación sobre las sociedades agrarias de estas características.

En Octubre de 1973, se creó el Grupo Sindical de Colonización San Vicente Ferrer, que siempre se conoció como El Grupo de Maitino. El principal objetivo de esta entidad era comercializar los productos agrícolas de sus socios. En un principio, este Grupo lo componían 16 socios, con un capital social de 500.000 pesetas, representadas por cien acciones de 5.000 pesetas cada una. Seis años después, se convirtió en A.P.A. (Asociación de Productores Agrarios). Los primeros años fueron de gran crecimiento y esplendor, para entrar después en un período de decadencia y divisiones internas, hasta cesar en su actividad quince años después de su creación, coincidiendo con la decadencia generalizada de la agricultura, en la década de los años ochenta.

En Febrero de 1985, algunos de los fundadores del Grupo de Maitino, que se desvincularon del mismo, por no estar de acuerdo con su manera de actuar, fundaron a escasa distancia del mismo, AGRODELX, Sociedad Agraria de Transformación, de las mismas características del Grupo de Maitino, precisamente, en el momento en que se estaba agudizando la decadencia de la agricultura. No obstante, aun se mantiene en pie, aunque está atravesando por una situación bastante precaria.

El impulsor y *alma mater* del Grupo de Maitino y de AGRODELX, fue la misma persona: Leandro Brú Jaén, que fue también durante muchos años, Presidente de la Cámara Agraria Local y de Jóvenes Agricultores de Elche. Leandro, como popularmente se le conocía, fue un hombre muy respetado por todo el colectivo campesino, por su gran carisma.

A partir del uno de Abril de 1977, cuando en plena transición democrática, el Gobierno promulgó la Ley de Libertad Sindical,

Elche fue uno de los primeros pueblos de la provincia alicantina que creó un sindicato agrario de carácter reinvidicativo, como fue la Asociación de Agricultores y Ganaderos de Elche. Para tal fin, el 13 de Junio de ese año, un grupo numeroso de agricultores celebró una Asamblea en los locales de la Hermandad Sindical de Labradores y Ganaderos, en calle Puente Ortices número 13, para constituir dicha asociación, presentándose unos Estatutos para su aprobación. En esta Asamblea se eligió, provisionalmente, una Junta Rectora encabezada por D. Vicente Martínez Irles, al que acompañaban como Vicepresidente D. José María Berenguer Mateu, como Secretario D. Baltasar Brotóns García y como Tesorero D. Antonio Bonmatí Piñol. Se tomó también el acuerdo de encargar a D. Gaspar Martínez Oliver y a D. Baltasar Brotóns García, para que presentaran los mencionados Estatutos, para su legalización. Cumplido este trámite preceptivo, esta Asociación quedó legalizada a mediados de Agosto, adquiriendo la correspondiente personalidad jurídica, y unos días después se convocó otra Asamblea para dar cuenta de esta legalización y elegir una Rectora definitiva, o en su caso, ratificar la que se eligió provisionalmente en la Asamblea anterior, optándose por unanimidad, la segunda opción.

Esta Asociación Local, quedó vinculada a la Asociación Provincial de Agricultores y Ganaderos de Alicante. Pero unos años después, rompió esta vinculación y se integró en el Centro Provincial de Jóvenes Agricultores, pero sin perder su nombre ni su propia identidad.

En Mayo de 1978, tomó parte en las elecciones a Cámaras Agrarias Locales, de reciente creación. A estas elecciones, en Elche solo se presentaron dos candidaturas: la de la Asociación Local de Agricultores y Ganaderos y la de l'Unió de Llauradors i Ramaders del País Valencià. De los doce Vocales que había que elegir, en función de los votos obtenidos cada uno de estas dos candidaturas, nueve fueron para la primera y los tres restantes para la segunda.

Para las Elecciones Municipales de Abril de 1979, la Asociación Local de Agricultores y Ganaderos, hizo lo que nadie había hecho en Elche; presentar una candidatura de electores, al margen de los partidos políticos.

Para los gasto de campaña, solo tenían un presupuesto de sesenta mil pesetas, cuando algunos de los contrincantes emplearon varios millones de pesetas, con la particularidad de que aun sobró dinero de ese presupuesto. Para que la Junta Electoral admita candidaturas de estas características, se necesitaban muchos requisitos y trámites complementarios bastante engorrosos. No obstante, a pesar de la falta de medios y de experiencias en estas lides, todo se subsanó y la candidatura fue admitida, con el nombre de Candidatura Independiente del Campo (C.I.C.). La candidatura C.I.C. sacó 1.139 votos, a pesar de las fuertes discrepancias entre los componentes de la misma.

En 1985, por cuestiones personales, se produjo un cisma en el interior de la Asociación Local de Agricultores y Ganaderos, y los disidentes se separaron de la misma y crearon la Comunidad de Agricultores y Ganaderos, con el asesoramiento del abogado Manuel Ortuño Cerdá, que fue también el creador de las JUPAVES, (Juntas de Participación Vecinal), que después de algunos años de protagonismo, en la actualidad ni actúan, ni se habla de ellas para nada.

El Presidente de la Comunidad de Agricultores y Ganaderos, desde su fundación, ha sido y sigue siendo Antonio Valero Agulló.

En el mes de Marzo del año 1989, se creó la Asociación Local de Cultivadores de Palmeras Datileras de Elche, cuyo primer Presidente fue Ambrosio Agulló, que un tiempo después le pasó el testigo a Carlos Galiana Ferrández, que aun está al frente de la misma.

Como dijimos al principio , dudamos mucho de que haya otro campesinado en España que haya creado tantas organizaciones agrarias, a lo largo del siglo XX, en defensa de sus propios intereses, lo que es una prueba fehaciente de la iniciativa, la vitalidad y el dinamismo del colectivo campesino ilicitano de los últimos tiempos, a pesar de las muchas dificultades que ha tenido que vencer a lo largo de los años.

PASADO, PRESENTE Y FUTURO DEL CAMPO DE ELCHE

El campo de Elche, tiene una superficie territorial de 33.576 kilómetros cuadrados y está dividido en 32 partidas rurales, cuya relación nominal, por orden alfabético es la siguiente: Algoda, Algorós, Altabix, Altet, Alzabaras Alto, Alzabaras Bajo, Asprillas, Balsares, Baya Alta, Baya Bajo, Carrizales, Carrús, Daimés, Derramador, El Molar, Ferriol, Jubalcoy, La Hoya, La Marina, Llano de San José, Maitino, Matola, Peña de las Aguilas, Perleta, Pusol, Saladas, Santa Ana, Torrellano Alto, Torrellano Bajo, Valverde Alto, Valverde Bajo y Vallongas. Hasta hace unos años, había una partida más que se llamaba Huertos y Molinos, en la periferia de la población, pero la gran expansión urbanística de la ciudad, en los últimos tiempos, ha absorbido a Huertos y Molinos, que se ha quedado dentro del casco urbano.

El río Vinalopó, cruza el término municipal de Elche de norte a sur, y de éstas 32 partidas rurales, 22 están situadas en la margen izquierda y las 10 restantes en la margen derecha, que es tanto como decir que dos terceras partes del campo de Elche están en la margen

izquierda, hasta el límite del término municipal de Alicante y la margen derecha linda con Crevillente y con Dolores.

De las treinta y tres mil quinientas setenta y seis hectáreas de superficie que tiene el Campo de Elche, en su conjunto, unas veinticuatro mil son tierras cultivables y el resto son montañas, saladares, barrancos, caminos y los solares que ocupan el casco urbano de la población de Elche y de los caseríos de Torrellano, Altet, La Marina, La Hoya, las Bayas y otras urbanizaciones más pequeñas que existen a lo largo y ancho del término municipal, así como el Aeropuerto de El Altet, el estadio Martínez Valero, el Parque Industrial de Torrellano-Saladas, las instalaciones de I.F.A, etc.

El campo de Elche, casi en su totalidad, son tierras de regadío, aunque queremos hacer hincapié en que estas aguas son aguas de sobrantes, y por lo tanto, no siempre se dispone de ellas, ni hay una continuidad asegurada en su suministro, lo que supone un inconveniente para un desarrollo normal de la agricultura ilicitana, si tenemos en cuenta que estamos situados en una de las zonas más secas y áridas de la Península Ibérica. Unos simples datos nos ilustrarán sobre esta cuestión: La temperatura media en Elche, durante todo el año, oscila alrededor de los 18 grados y la pluviometría media está situada en los 280 litros de lluvia por metro cuadrado y año, que es menos de la mitad de la media pluviométrica nacional, con el agravante de los largos períodos de sequía que aquí se producen, como el padecido recientemente, entre los años 1990 y 1995, donde las lluvias brillaron por su ausencia. Con una temperatura tan alta y una pluviometría tan baja, el agua de riego aquí es fundamental, para un desarrollo agrario normal y continuado.

En estos momentos, hay en el campo de Elche, nueve entidades que se dedican a la distribución de las pocas aguas de riego de que se dispone, que son la Comunidad de Riegos de Levante, (margen izquierda del Segura), Nuevos Riegos El Progreso, S.A., la Comunidad de Regantes El Porvenir, (solo para La Marina y el Molar), las Sociedades Agrarias de Transformación (SATS), San Enrique y San Pascual, la Comunidad de Propietarios de la Acequia Mayor del Pantono, la Comunidad de Propietarios de la Marchena, la Comunidad de Regantes del Azud de los Moros, que riegan aguas

de la depuradora de Algorós. Todas estas aguas, proceden de los sobrantes de la Vega Baja del Segura y que se elevan por el sistema de bombeo, por medio de Riegos de Levante, El Progreso y El Porvenir, del trasvase Tajo-Segura, distribuidas por Riegos de Levante, de unos pozos situados en Aspe y Monforte, que distribuyen San Enrique y San Pascual, las salitrosas que discurren por el cauce del Vinalopó desde tiempo inmemorial y de la depuradora del Algorós, que distribuye la Marchena y el Azud de los Moros. En cuanto a la Comunidad de San Francisco de Asís, distribuye por gravedad aguas en Carrizales, procedentes de los sobrantes de lo que fueron las Pías Fundaciones del Cardenal Belluga, que lindan con esta partida rural ilicitana.

La agricultura ilicitana, en estos momentos, es muy variada , tanto en cultivos arbóreos como hortícolas. Esta gran variedad de cultivos, eminentemente mediterráneos, están en concordancia con la climatología de esta comarca y con las características morfológicas de la tierra cultivable, ya que por lo benigno y templado del clima que tenemos en estas zonas costeras mediterráneas, en el campo de Elche se pueden cosechar productos agrícolas de diferentes variedades, durante los doce meses del año, pues raramente descienden las temperaturas invernales por debajo de los tres grados sobre cero.

Esta es, a grandes rasgos, la panorámica general del campo de Elche en estos momentos, desde el punto de vista agrícola. Pero no siempre fue así, ni mucho menos, ya que esa evolución constante que experimentan todas las cosas, con el paso de los años, afectó también al desarrollo de la agricultura ilicitana, como no podía ser menos. Por lo tanto, para su análisis general, en su conjunto, debemos retrotraernos a la antigüedad, a partir de la época en que se tienen referencias y datos de lo que fue el campo de Elche en las diferentes épocas históricas, hasta llegar a la realidad de lo que es hoy, en un análisis somero, trazado a grandes rasgos. Partiremos de la época romana, puesto que las civilizaciones anteriores que pasaron por aquí, apenas dejaron huellas, en lo que a la agricultura se refiere.

Los romanos, que fueron un pueblo muy bien organizado y emprendedor, en todos los aspectos y sentidos, pronto se dieron cuenta de que estas tierras que hoy conocemos como el campo de

Elche, por su fertilidad, tenían una gran capacidad productiva. De ahí el que alrededor de Ilici, trazaron una de las pocas centuriaciones que llevaron a cabo en la Península Ibérica, hace ahora unos dos mil años.

Según nos cuenta Vicente Gonzálvez Pérez en la CENTURIATO DE ILICI, los romanos trazaron a ambos lados del Vinalopó y teniendo como epicentro el núcleo urbano de Ilici, 225 centurias que ocupaban una superficie total de 11.340 hectáreas, que eran el núcleo central de lo que es hoy el campo de Elche y sus tierras más fértiles y productivas. Estas centurias, de una superficie aproximada de cincuenta hectáreas, eran unos cuadriláteros de unos setecientos metros de lado. Por los lindes de estas centurias, trazaron los caminos para comunicarse entre ellas y los cauces de riego para regarlas, caminos y cauces de riego que han llegado hasta nuestros días. Incluso, cuando los árabes trasladaron la población dos kilómetros más hacia el norte, junto al cauce del Vinalopó, tuvieron en cuenta el trazado de estas centurias, para la ordenación urbanística de la nueva población, conservando los cauces de riego tal como los habían trazado los romanos y como han llegado hasta nuestros días, como se puede comprobar in situ.

Estas centurias que trazaron los romanos en el campo de Elche, se las cedían a los centuriones veteranos cuando dejaban el ejército, sobre todo, las que reunían mejores condiciones, para que las cultivaran , con el compromiso de que en el plazo de veinte años, no podían ni venderlas ni enajenarlas. Lo que sí que podían hacer es construirse una casa, para tener vivienda propia en la misma finca, donde tenían su trabajo. Aquellas fueron las llamadas villas romanas y los antecedentes históricos de las viviendas rurales del campo de Elche que han llegado hasta nuestros días. No existe ningún otro caso en todos los pueblos de nuestros entornos, donde los agricultores vivían en las poblaciones respectivas y todas las mañanas salían a trabajar al campo y regresaban por la tarde a la población, una vez finalizada la jornada laboral.

Esta costumbre, la continuaron los árabes a partir del siglo VIII, cuando ocuparon estas tierras, aunque la vivencia rural ya no se llamaba "villa" sino "raal", que era lo mismo en su idioma.

Es muy curioso que los árabes, en las huertas de Murcia y de Valencia, cuyas agriculturas respectivas desarrollaron mucho, los agricultores no vivían en casas rurales, como en el campo de Elche, aisladas unas de otras, sino en pequeños núcleos urbanos, llamados alquerías. Claro está que allí no tenían el precedente de la centuriación romana, que marcó aquí unas pautas urbanísticas, que ellos continuaron después, por inercia y por necesidad, al ser el campo de Elche demasiado extenso.

La ordenación territorial que hicieron los romanos en el campo de Elche, a través de la centuriación, no solo marcó unas directrices, en lo que a las comunicaciones y los regadíos se refiere, sino que también sentó las bases de unas normas catastrales que aun tienen plena vigencia después de transcurridos dos mil años. En lo de las normas catastrales ocurre lo mismo que en la judicatura, ya que los abogados actuales aun siguen estudiando Derecho Romano, que sigue manteniendo toda su vigencia en el día de hoy.

Las referencias que se tienen de la agricultura que había en el campo de Elche cuando los romanos llevaron a cabo la centuriación, nos hablan de cultivos tradicionales de la cuenca mediterránea, particularmente, cereales, viñedos y olivos. También existía una ganadería variada, tanto en animales para carne como para trabajo.

La centuriación del campo de Elche, fue el principio y la base fundamental de la agricultura ilicitana a partir de entonces, que siempre tuvo unas características diferentes a las agriculturas de los pueblos de nuestros entornos.

Entre los siglos IV de nuestra era, cuando se inició la decadencia del Imperio Romano, y principios del siglo VIII, cuando los árabes ocuparon estas tierras, después de la Batalla de Guadalete, se tienen muy pocas referencias de lo que fue el campo de Elche durante esos cuatro siglos. Pero a partir del año 713, cuando los árabes llegaron a Elche, ya existen referencias y documentación sobre la agricultura ilicitana, que nos demuestran el gran desarrollo que alcanzó a partir de entonces.

Los árabes introdujeron en nuestros campos nuevos cultivos arbóreos procedentes de sus lugares de origen, entre otros, los

granados. Por otra parte, fomentaron mucho el cultivo de las palmeras, que les recordaban las palmeras de los oasis del norte de Africa, de donde ellos procedían. Tanto fue esto así, que cuando ellos llegaron, plantaron a su alrededor un cinturón de huertos de palmeras que llegaban hasta las mismas murallas y que tanta admiración causaron en Jaime I cuando la reconquistó en el año 1265, dictando las primeras normas para la conservación y tutela de ese tesoro vegetal que era único en todos los territorios que dominaba la Corona de Aragón.

Los árabes, asimismo, perfeccionaron el sistema de riego que habían iniciado los romanos, cuando trazaron la centuriación.

Una vez consolidada la reconquista de Elche por Jaime I, éste puso al frente de este Señorío, que llegaba hasta Villena, a su yerno el Infante Don Manuel, que acto seguido, llevó a cabo la distribución de las propiedades ocupadas a los árabes. A este hecho se le llamó EL REPARTIMENT, que encargó de ejecutar a Gonzalo Ibáñez, Martín Martínez y Domingo Pérez, que asignaron a los árabes la margen derecha del Vinalopó, en pequeños trozos y a los principales personajes que acompañaron a Jaime I en la reconquista, todas las tierras de la margen izquierda, excepto unas diez mil tahullas al sur de la población, que se quedó para sí mismo el Infante Don Manuel, y que se llamó el Donatiu. Estas tierras se las dieron a los cristianos viejos unos años después.

Las tierras asignadas a los árabes se regaban con las aguas de la Marchena y las asignadas a los cristianos con las aguas de la Acequia Mayor.

Así continuaron las cosas durante 344 años, hasta 1609, en que el Rey Felipe III, más que nada por motivos religiosos, ordenó la expulsión de todos los árabes que había en España, alrededor de medio millón de personas. En esos momentos, la población de Elche era de unos dos mil habitantes, de los cuales, la mitad eran moriscos.

Esta expulsión fue un hecho traumático, no solo para Elche en particular, sino también para todo el Reino de Valencia, en general, pues al ser los moriscos las únicas gentes que se dedicaban a culti-

var la tierra, con su expulsión, los campos se quedaron incultos e improductivos, hasta el extremo de que hubo que importar trigo de Castilla, para que los valencianos pudieran comer pan.

En la Pragmática Real que publicó Felipe III ordenando la expulsión de los moriscos de toda España, se establecía que estos solo podían sacar del territorio las cosas que pudieran llevar consigo al ser expulsados , y que las propiedades rústicas y urbanas y demás pertenencias, que éstos abandonasen, pasarían a ser patrimonio de los Señoríos respectivos.

En el caso concreto de Elche, tanto las tierras de la Huerta de los Moros, como las viviendas que se construyeron en la Aljama, el Señor de Elche las cedió por el sistema de enfiteusis, a todas aquellas personas que quisieran adquirirlas, tanto si eran ilicitanas como si eran gentes foráneas. En los contratos que se establecían entre los enfiteutas y el Señorío, se establecía que esta cesión se hacía "para siempre jamás", pagando unas cantidades anuales, en dos plazos, equivalentes a un porcentaje determinado del valor catastral asignado a las propiedades en cuestión. Este valor catastral se actualizaba cada treinta años, en una acción que se llamaba "cabreus".

Esta servidumbre de los enfiteutas, respecto al Señorío, quedó abolida cuando desaparecieron éstos, como concecuencia de la Constitución de Cádiz de 1812, pasando en esos momentos a disfrutar del pleno dominio de las mismas, sin efectuar ningún desembolso.

Otro hecho muy significativo que tuvo una gran repercusión en la agricultura ilicitana, fue la colonización de los Carrizales a mediados del siglo XVIII, por parte del Duque de Arcos, Señor de Elche a la sazón. Esta colonización fue similar a la llevada a cabo unos años antes por el Cardenal Belluga, en la desembocadura del Segura, en lo que se llamaron las Pías Fundaciones. Las tierras colonizadas de los Carrizales, también fueron cedidas por el sistema de enfiteusis, como las abandonadas por los árabes, ciento cincuenta años antes, pero con la diferencia de que en este caso, los enfiteutas no pagaban cantidad alguna en metálico, por el disfrute de dichas tierras, sino un determinado porcentaje de los productos que cosechaban en ellas.

La colonización de los Carrizales llevó implícita la construcción del caserío de San Francisco de Asís, en la Sierra del Molar, para que allí habitasen los efiteutas, del cual solo quedan en pie, en estos momentos, las paredes de la Iglesia y de una casona señorial adosada.

Estas tierras colonizadas, eran las únicas del campo de Elche, que se regaban con aguas dulces, de los sobrantes de las Pías Fundaciones. De ahí el valor que tenían desde el punto de vista agrícola.

Los enfiteutas, al ser en su inmensa mayoría, agricultores ilicitanos, que tenían sus propias viviendas en las otras partidas rurales del campo de Elche, siempre se mostraron reacios a avecindarse en el caserío de San Francisco de Asís, como se especificaba en su contrato. De ahí que este pueblo nunca alcanzó el desarrollo urbanístico que en un principio se suponía. No obstante, en el año 1813, una vez aprobada la Constitución de Cádiz, San Francisco de Asís pidió la independencia jurisdiccional del Ayuntamiento de Elche, cuando este lugar había alcanzado su máximo esplendor y tenía cerca de cien viviendas.

A este respecto, en la reseña del Cabildo Ordinario de fecha 20 de Enero de 1813, se dice textualmente: "Se ha visto el expediente de las varias representaciones hechas por varios moradores del caserío y partido de San Francisco de Asís, dirigidas a la Diputación Provincial del Reino, relativas a los deseos de que se forme pueblo separado de la jurisdicción de esta Villa, fundados los solicitantes en lo prescrito en los artículos de la Constitución Española, y en su inteligencia, acuerda el Cabildo que este expediente pase para evacuar informe que pide su Excelencia a los Señores Alcaldes Don José María Perpiñan y Procurador Síndico Don Carlos Brú, y dicho lo devuelva al Cabildo, para conocimiento del mismo". (Relatamos este acontecimiento como un hecho anecdótico en la historia del campo de Elche, y que marcó un precedente de lo que después ocurrió en la partida de El Altet). Esta petición no prosperó y el caserío continuó su vida decadente hasta 1884 en que se despobló por completo, debido a una epidemia de fiebres palúdicas, originada por unas lluvias torrenciales que inundaron los Carrizales durante va-

rios meses. De San Francisco de Asis hoy solo quedan escasas huellas y testimonios, como dijimos en páginas anteriores.

Como dijimos al principio, uno de los mayores inconvenientes que padeció la agricultura ilicitana de todos los tiempos, ha sido la baja pluviometria de esta comarca y la escasez de recursos hídricos disponibles para regar estas tierras casi siempre sedientas. De ahí la perentoria necesidad que se tuvo siempre de conseguir aportes hídricos de otras cuencas excedentarias, para compensar las deficiencias de agua que fue aquí la tónica general desde tiempo inmemorial. Esta reivindicación se viene repitiendo desde hace más de quinientos años, ya que la primera vez que el Ayuntamiento de Elche pidió ayuda y colaboración a los otros Ayuntamientos del Vinalopó Medio, para trasvasar aguas del Júcar al Vinalopó fue en 1420. Esta reinvindicación, se repitió después varias veces, coincidiendo siempre en épocas de sequia.

En el año 1933, durante la Segunda República, y siendo Ministro de Obras Públicas Indalecio Prieto, se esbozó un proyecto para trasvasar agua de las lagunas de Ruidera a la provincia de Alicante. Los avatares politicos de la época y la Guerra Civil del año 36, impidieron la realización de aquel proyecto, hasta que por fin, en la década de los años setenta, y gracias a la iniciativa de Federico Silva Muñoz, impulsor y realizador de esa magna obra, se llevó a cabo el trasvase Tajo-Segura, cumpliéndose así aquel sueño centenario de los agricultores del campo de Elche. Estas aguas trasvasadas que llegaron aquí en 1976, no solo dieron un gran impulso a la agricultura del sur de la provincia de Alicante, sino que también propiciaron el desarrollo turistico de toda la costa mediterránea, desde Alicante hasta Cartagena, pues estas aguas trasvasadas, complementan los caudales del Taibilla que ya son insuficientes para abastecer estos pueblos costeros, que tienen en el turismo, su mayor fuente de ingresos, y que han incrementado mucho su demografía en los últimos años.

Pero en el capítulo de riegos, merece una mención especial Nuevos Riegos El Progreso y la Comunidad de Riegos de Levante, particularmente, el primero, ya que la Sociedad Mercantil Nuevos Riegos El Progreso, se creó en Elche en el año 1906. El *alma mater*

de esta sociedad fue el ingeniero técnico industrial ilicitano Ernesto Martínez Riviere, cuya acta constitucional la firmó él y seis agricultores de La Marina, con un capital social de 2.510 pesetas, representadas por 502 acciones de cinco pesetas cada una. Una vez constituida esta sociedad, pidieron a la Administración una dotación de agua de ochenta litros por segundo, para poner en regadío una zona de 500 hectáreas de tierra de La Marina y el Molar. Con tan exiguo capital, empezaron las obras de canalización para elevar estas aguas por el sistema de bombeo hasta las tierras regables. Estas aguas elevadas empezaron a distribuirse el día 9 de Enero de 1910, en plena época de sequía. Esta fecha marca un hito histórico en el campo de Elche, que empezaba a regarse con aguas dulces ya que hasta entonces, las únicas aguas disponibles eran las aguas salitrosas que discurren por el Vinalopó, desde tiempo inmemorial.

En vista del éxito obtenido, El Progreso, amplió su capital social y emprendió nuevas obras de canalización hacia el norte, para poner en regadío 10.000 hectáreas de las mejores tierras del campo de Elche, que empezaron a regarse en 1915. Para esta ampliación de regadíos, la Administración concedió a El Progreso nuevas donaciones de agua de la misma procedencia, hasta alcanzar 1.000 litros por segundo.

El principal mérito de El Progreso consiste en que fue una entidad estrictamente ilicitana, en todos los aspectos y sentidos, financiada peseta a peseta por los propios agricultores del campo de Elche y cuyas obras fueron proyectadas y dirigidas por Ernesto Martínez.

Aquellas fueron las primeras aguas elevadas por el sistema de bombeo en toda esta zona. De ahí que este hecho tuviera una resonancia nacional y diera un giro de 180 grados a la agricultura ilicitana, que había pasado de ser de secano a ser de regadío, en un corto espacio de tiempo, con todo lo que este hecho suponía.

La meritoria labor de El Progreso fue complementada y ampliada por la Real Compañía de Riegos de Levante, que unos años después, realizó unas canalizaciones mucho más extensas, para poner en regadío 40.000 hectáreas de tierras de diez términos municipales del sur de la provincia de Alicante, que van desde Orihuela

hasta Campello. De esas 40.000 hectáreas de tierras alicantinas que se ponían en regadío, el 50% eran tierras del campo de Elche, incluidas las 10.000 que ya regaba El Progreso, que de esta forma tenían duplicidad de riego. Las aguas que distribuía Riegos de Levante, gracias a las tres concesiones que le hizo la Administración, con un total de 7.700 litros por segundo, tenían la misma procedencia que las de El Progreso, es decir, procedían de los sobrantes de la Vega Baja del Segura, que se perdían en el mar.

Los canales y demás instalaciones de la Real Compañía de Riegos de Levante, fueron inauguradas por el Rey Alfonso XIII el día 31 de Enero de 1923, en una fecha memorable para el campo de Elche.

Con la llegada de estas aguas dulces, a través de El Progreso y de Riegos de Levante, la agricultura del campo de Elche, cambió para mejor, como de la noche al día. Hasta entonces, solo se disponía de las aguas saladas del Vinalopó, que solo eran aptas y aprovechables para regar palmeras, granados y olivos. Por eso, estas tres variedades arbóreas, fueron los cultivos mayoritarios de nuestros campos desde las épocas más antiguas y que tan entroncados están en nuestra cultura ancestral.

Pero con la llegada de las aguas dulces, las tierras de secano se convirtieron en tierras de regadío y empezaron a plantarse en ellas nuevos cultivos arbóreos y hortícolas, tales como almendros, limoneros, naranjos, manzanos, perales, pimientos, tomates, habas, alcachofas, melones, sandías, etc. Con tal variedad de cultivos, los agricultores ilicitanos cosechaban productos agrícolas durante todo el año, con lo cual, se incrementó mucho la riqueza general y los ingresos particulares de cada uno de ellos, iniciándose una época de prosperidad en el campo de Elche, como no se había conocido hasta entonces.

Al convertirse en regadío el 90% de su superficie, el campo de Elche se convirtió en un auténtico vergel, con una gran variedad de arbolados exultantes de verdor y lozanía y con la totalidad de sus tierras bien cultivadas. Y en las tierras de labrantío, que no había arbolados, se producían toda clase de hortalizas y verduras.

La máxima expresión productiva del campo de Elche, tenemos que situarla en 1985. En ese año había en el campo de Elche

5.900 hectáreas de almendros de regadío y 500 de secano, 1.450 hectáreas de limoneros, 570 de naranjos, 760 de parrales de uva de mesa, 650 de granados, 225 de perales, 240 de algarrobos, 230 de higueras, además de otros cultivos arbóreos minoritarios. Había también unas 1.000 hectáreas de olivos y unas 140.000 palmeras agrupadas en huertos y otras tantas diseminadas a lo largo y ancho de todo el campo de Elche.

En cuanto a cultivos hortícolas, que variaban mucho de un año a otro, en función de determinadas circunstancias, había un total de 3.000 hectáreas, siendo los mayoritarios el algodón y la alcachofa.

Para bien cultivar todas estas tierras, los agricultores del campo de Elche poseían 1.118 tractores de diferentes marcas y tamaños, además de una gran variedad de maquinaria agrícola complementaria, hasta tal punto de que en casi la totalidad de las viviendas rurales había un tractor para cultivar las tierras propias de la familia.

La época más próspera de la agricultura ilicitana, en toda su historia, fueron los años de la posguerra civil, ya que en aquel tiempo, todo lo que se cosechaba en el campo, que fuera comestible, se vendía pronto y a buenos precios, por la escasez de alimentos que había entonces, exceptuando algunos productos de exportación, como la almendra y los limones, que al estar España comercialmente aislada del resto del mundo, hasta 1953, el comercio exterior estaba prácticamente paralizado, y por lo tanto, esta clase de productos, perdieron casi todo su valor comercial. Esta situación anómala, duró catorce o quince años, hasta que nuestro país pudo de nuevo reintegrarse normalmente en el concierto internacional, después de suscribir el tratado hispano-norteamericano de 1953.

La mecanización de la agricultura, a partir de los años sesenta, la abundancia de fertilizantes químicos y la aparición en el mercado de una gran variedad de insecticidas y plagicidas para combatir las plagas y las enfermedades criptogámicas de toda clase de plantas y de árboles, propiciaron una superabundancia de productos agrícolas que saturaron los mercados consumidores nacionales y comunitarios, que no podían absorber todo lo que se cosechaba. Este exceso de producción, en función de la ley de la oferta y la demanda, originó

una caída alarmante de precios, hasta el extremo de perder la agricultura ilicitana casi toda su rentabilidad, a partir de los años ochenta.

Así las cosas, los agricultores del campo de Elche, cifraban sus esperanzas en que España consiguiera integrarse, de pleno derecho, en lo que entonces se llamaba la Comunidad Económica Europea o Mercado Común, creyendo que eso sería la panacea para que la agricultura recuperara la rentabilidad perdida, a través de una normalización de los precios de los productos agrarios, que entonces estaban por los suelos, a causa del exceso de producción.

Pero, cuando después de muchos años de anhelante espera, nos abrieron las puertas de la Europa Comunitaria, un tanto a regañadientes, para que pudiésemos entrar, el gozo de los agricultores se trocó en decepción, al comprobar que nuestra integración comunitaria, entrañaba más renuncias y limitaciones que ventajas, puesto que entramos en el peor momento y en muy malas condiciones, cuando la Comunidad Europea tenía grandes estoks de productos agrarios, lácteos y cárnicos, de difícil colocación, problema que se agravaría con la entrada de España y Portugal, dos países eminentemente agrícolas y ganaderos.

Y a partir de esos momentos, los órganos del Gobierno comunitarios, desde Bruselas, nos impuso restricciones en la producción de vino, de carne de vacuno y de leche, alegando que nos excedíamos en las cuotas que nos habían asignado de estos productos. Esto supuso una enorme regresión para la agricultura española en general, y en particular para la ilicitana. Y para compensar en parte estas restricciones, fijaron unos precios de retirada sumamente bajos, para algunos productos excedentarios, como los cítricos, que no tenían colocación en los mercados, para que los agricultores no lo perdieran todo. Estos productos, sencillamente, se destruían, sin ningún aprovechamiento.

Uno de los graves problemas que ha padecido el colectivo campesino ilicitano, de unas décadas a esta parte, ha sido el excesivo envejecimiento de la población activa, hasta tal punto, que la mayoría de los jóvenes hijos de agricultores, han desertado del medio rural, en busca de otros horizontes laborales, al margen de la agricultura o han cursado estudios medios o superiores, para poder ejer-

cer profesiones liberales. Y como consecuencia de todo ello, en la actualidad, más del 80% de los agricultores ilicitanos en activo, tienen una edad superior a los 50 años, e incluso, algunos de ellos están ya jubilados, aunque continúan cultivando la tierra diariamente, por no dejársela inculta.

Con unos agricultores en activo de estas edades, no se puede llevar a cabo la necesaria modernización de la agricultura ilicitana, para adecuarla a la que demanda las nuevas circunstancias del momento, ya en los umbrales del siglo XXI. Y aquí también se puede aplicar ese principio general de renovarse o morir.

Los cinco años seguidos de pertinaz sequía que se han padecido aquí entre los años 90 y 95, han supuesto unos daños muy cuantiosos para la agricultura ilicitana, hasta tal punto, que se han secado o están en trance se secarse, más del 50% de esa riqueza arbórea a que hacíamos referencia en páginas anteriores, por no haber llovido ni haberse podido regar normalmente, con aguas de buena calidad. El cultivo que ha sufrido más detrimento han sido los almendros, de los que solo quedan en estos momentos, una tercera parte de los que había en el año 85, y muchos de ellos, en una situación muy precaria. Todas las variedades de árboles del campo de Elche han disminuido mucho en los últimos años, excepto los granados que han aumentado un 20% en la última década, por ser más resistentes a la sequía y asimilar mejor las aguas de mala calidad.

En cuanto a los cultivos hortícolas al intemperie, que en las últimas décadas, hubo aquí una gran cantidad, en los últimos tres años se han reducido prácticamente a cero. Solo algunos invernaderos producen hortalizas y verduras bajo plástico, durante los seis o siete meses de más bajas temperaturas del año.

El árbol más emblemático del campo de Elche, desde tiempo inmemorial es la palmera datilera, cuyas características morfológicas, son muy distintas a las demás variedades de arbolados. Dentro del término municipal ilicitano, están protegidas y tuteladas por unas normas legales específicas, desde hace sesenta y tres años.

Los palmerales de Elche son los más importantes de Europa, y por su significado y relevancia, merecen tratarse en profundidad, en un capítulo aparte en estas mismas jornadas.

Y llegado este momento en el estudio de lo que es y ha sido el campo de Elche, a lo largo de los siglos, es obligado formularse las siguientes preguntas. ¿Tiene futuro la agricultura ilicitana de cara al siglo XXI? ¿Qué porvenir le espera al campo de Elche, desde el punto de vista agrícola? ¿Podrán los agricultores superar la crisis tan aguda que están atravesando en estos momentos, por diferentes razones?

Honestamente, mal que nos pese, tenemos que ser pesimistas en este sentido, pues tal como la hemos entendido hasta ahora, la agricultura ilicitana no tiene ningún futuro. Así de claro y de sencillo.

No queremos decir con esto, que vaya a desaparecer por completo, ni mucho menos, pero sí que de aquí a pocos años, va a quedarse reducida a su más mínima expresión, ya que solo permanecerán algunas explotaciones de pequeñas y medianas dimensiones, dotadas de los adelantos técnicos necesarios y regentadas por gente joven, para producir cultivos de primor, tales como plantas ornamentales, floricultura o algunas variedades de hortalizas de nueva implantación, que tengan más demanda en los mercados consumidores, que cada día son más exigentes en cuanto a la calidad y presentación de los productos.

Pero la agricultura tradicional en el campo de Elche, tiene sus días contados, por la sencilla razón de que ante el exceso de producción que hay en estos momentos en el conjunto de la Unión Europea, y la elevación de los costos de cultivo, los productos que se pueden cosechar aquí, no pueden competir, en igualdad de condiciones, con los que se producen en otros lugares, donde tienen el agua de riego gratis y de buena calidad, para regar cuando lo necesiten, cuando aquí el agua tiene un costo elevado, no se dispone de ella con regularidad y no siempre es de buena calidad. Ese es el mayor inconveniente que tiene la agricultura ilicitana.

Por otra parte, la población de Elche, con su actividad y dinamismo, que la ha convertido en un gran emporio industrial, comercial y de servicios, se va "comiendo" al campo poco a poco, y va desplazando a la agricultura, que a principios de siglo representaba más del 50% del producto interior bruto de la riqueza de Elche, y que ahora apenas llega al 10%. Esa decadencia en la valoración de

la agricultura ilicitana, se va incrementando más de día en día, y buena prueba de ello son la multitud de fincas rústicas incultas y abandonadas que se ven ahora a lo largo y ancho de todo el campo de Elche, y la gran cantidad de árboles secos que se ven por todas partes, como mudos testigos del gran deterioro que está sufriendo la agricultura, de unos años a esta parte.

El campo de Elche ha perdido actualmente, la fisonomía estructural agraria que tuvo en otros tiempos, cuando solo estaba cultivado y habitado por los agricultores, que vivían en casas rurales, con unas características arquitectónicas específicas y diferentes a las que se construían en el medio rural de los pueblos limítrofes. Hoy, el campo de Elche, se está convirtiendo en una zona casi residencial, donde se han construido miles de chalets, en pequeñas parcelas de tierra, propiedad de las gentes de la población, como segundas viviendas, donde pasan las vacaciones y los fines de semana, casi todos ellos cercados y convertidos en compartimentos estancos, aislados de los entornos que les circundan y con escasas relaciones de amistad y cercanía, con los restos del colectivo campesino que aun sobrevive y que cada día que pasa, se siente más arrinconado y marginado, dentro de lo que siempre fue su hábitat natural y que allí se está convirtiendo casi en una especie a extinguir, puesto que el destacado protagonismo que tuvo en otros tiempos, desde el punto de vista económico, social y cultural, va perdiendo relevancia a medida que pasan los años. Los agricultores del campo de Elche, como colectivo humano, va perdiendo paulatinamente, gran parte de la influencia y la significación que tuvieron en los tiempos pasados, paralelamente y a medida que la agricultura va perdiendo también una parte de la importancia económica que tuvo en otras épocas pasadas.

No obstante, este colectivo humano, merece todo el respeto y la consideración del mundo, pues sin ellos, la agricultura del campo de Elche no hubiera alcanzado el grado de desarrollo y de prosperidad que tuvo antes, por su entrega, por su bien hacer y por la dedicación a una profesión dura y sacrificada, que no siempre fue bien comprendida y valorada.

Los agricultores ilicitanos, a lo largo de muchas generaciones, crearon una cultura propia, con unos rasgos específicos, que hoy

podemos contemplar en el Museo Agrícola de Pusol, como fiel reflejo de como vivían y como cultivaban la tierra en unas circunstancias casi siempre adversas y mucho más difíciles de lo que son en estos momentos.

Aunque como hemos dicho antes, la agricultura del campo de Elche no desaparecerá del todo, en un futuro inmediato, es evidente que el porvenir del campo de Elche, no está en la agricultura, a pesar de que sus tierras son fértiles y productivas. El campo de Elche está llamado a ser zona residencial y de servicios de una población en expansión, que con su gran dinamismo, lo va absorbiendo poco a poco, en función de unas necesidades que van en aumento, a medida que pasan los años. El Parque Industrial de Torrellano-Saladas, la Institución Ferial Alicantina, el Polígono de Altabix, el estadio Martínez Valero, la futura Universidad de Elche de próxima construcción, entre otras cosas, son una prueba evidente de que cada día que pasa, se necesita más suelo rústico para dedicarlo a otras actividades que no tienen nada que ver con la agricultura, y que se manifiestan en detrimento de la misma.

Es el signo de los nuevos tiempos, que tienen otras tendencias y otras necesidades. Es la corriente del progreso que marca nuevas pautas y nuevas formas de entender la vida, en su desarrollo diario, en unas circunstancias nuevas, que cambian a un ritmo vertiginoso que nos marcan un camino a seguir y que debemos aceptar de buen grado, ya que rebelarnos contra la corriente del progreso, no nos conduciría a ninguna parte.

Cada época histórica, tiene sus tendencias y sus circunstancias. Y las circunstancias actuales en Elche, apuntan a que la agricultura tiene que ser la gran sacrificada en aras al creciente desarrollo desmesurado y la gran expansión urbanística de la población, aunque por nuestra parte, nos duela reconocerlo, por nuestra vinculación de siempre al medio rural. Y nada más. Muchas gracias.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

Otros libros del autor

1.- Impresiones y recuerdos de Canarias.
2.- El campo, entre la marginación y la esperanza.
3.- Cantos de amor y esperanza. (Poesía)
4.- Agrodelx
5.- ¡Salvemos los palmerales de Elche!
6.- S'ha perdut una cultura del camp d'Elx.
7.- La agricultura ilicitana de ayer a hoy.
8.- El futuro del campo de Elche.
9.- El paso de los días (Poesía)
10.- Tierras, pueblos y paisajes.
11.- La vida que pasa. (Poesía)
12.- Sociedades agrarias ilicitanas del último siglo. (1886-1986)
13.- Poemas a la Dama del Alba. (Poesía)
14.- Los palmerales de Elche, desde sus orígenes.
15.- De Estambul a Moscú.
16.- Del tiempo y de la vida. (Poesía)
17.- Viajar, ver y escribir.
18.- Memorias de mi tiempo.
19.- Juan Algorós.
20.- Pinceladas. (Poesía)
21.- El placer de viajar.
22.- La poesía de las ciudades. (Poesía)
23.- El camp d'Elx. Historia i tradició.
24.- Las Islas Canarias, vistas por un peninsular.
25.- Historias del campo de Elche.
26.- Por los caminos de Europa.
27.- Viajes y Congresos.
28.- Pascual Campos.
29.- Del jardín de mis tardes.
30.- El mundo visto a los ochenta años.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR